

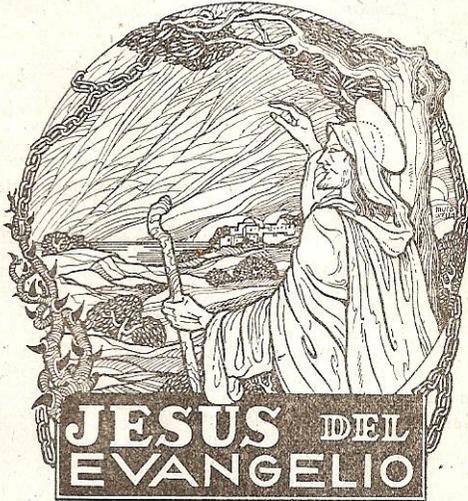
EDICIONES A. J. M.

JESUS 
DEL EVANGELIO



TOMO I

EDICIONES A. J. M.



**JESUS DEL
EVANGELIO**

Meditaciones sobre su vida pública

Tomo I

2.^a edición

POR EL

Rvdo. Sr. D. Antonio Amundarain

Director General de la Obra

Nihil obstat:
DR. JUAN JOSÉ PÉREZ ORMAZÁBAL.
Censor

Imprimatur:
Victoriae 29 noviembre 1947
Dr. Eugenius Beitia
Vicarius Generalis

Hay un sello que dice:
Obispado de Vitoria.

Para uso exclusivo
de la Alianza en Jesús por María

PRÓLOGO DE LA 1.^a EDICIÓN

¡Hermanita...!

Que este librito te haga buen provecho...

Nada nuevo hallarás en él; razón por la cual casi no merecía la pena de haberlo escrito...

Y en efecto, quede como no escrito para la mayoría del público, puesto que para el público no lo hemos escrito. Es para ti, hermanita amada, porque tú nos lo has pedido.

Que conozcas bien y a fondo a JESÚS, es nuestro primer intento. Que conozcas a Jesús auténtico, cuya fisonomía exacta y perfectísima nos la da el Evangelio, porque el Evangelio es “Jesús viviente”. Jesús al través del Evangelio, Jesús contemplado en el Evangelio, Jesús del Evangelio... es el verdadero Jesús. Y he ahí lo que primero verás...

Y que tú, al través de ese mismo Evangelio, viviendo ese Evangelio, siguiendo los mismos pasos, estudiando la misma doctrina, copiando los mismos ejemplos, los mismos rasgos y hasta los mismos detalles, las mismas pinceladas del Evangelio, seas otro Jesús. Que tú, pasando por el mismo molde, molde del Evangelio, seas perfecta imagen suya. Y ese es nuestro segundo intento.

El Evangelio mostrándote a Jesús amable, palpable, atrayente, imitable, y el Evangelio transformándote a ti, rasgo por rasgo, en perfecta imagen de Jesús, en un nuevo Jesús, pues eso debe ser la hermanita de la Alianza en Jesús por María, a eso aspira con eficacia constante; es lo que en este librito pretendemos.

Por eso, al comenzar cada una de las páginas que hemos escrito, y las que en adelante pudiéramos escribir, dirás siempre: Quiero aquí sorprender a Jesús; quiero aquí copiar a Jesús...

Y no quiero más.

San Sebastián, fiesta de la Virgen del Coro, 8 de septiembre de 1939.

PRÓLOGO DE LA 2.^a EDICIÓN

Para usarlo bien...

Si de este librito quieres hacer buen uso, hermanita amada, es del todo indispensable que sepas para qué lo hemos escrito.

Su razón objetiva y real es dar a conocer, a través de las páginas del Evangelio (así lo decíamos hace siete años), a Jesús verdadero y auténtico.

La razón subjetiva y personal es que tú y toda la Alianza, por medio de estas consideraciones, le conozcáis, le copiéis, le imitéis y le améis.

Solo el título te basta para que quedes confirmada en esta verdad.

Mas la realización de este objetivo depende del modo con que tú quieras utilizarlo. Aunque para todas diga las mismas cosas, no todas sacarán de su lectura el mismo fruto.

Guarda, ante todo, en tu alma este precioso documento que te da el Abad Marmión, en su hermosa obra “Jesucristo Vida del Alma”, al tratar de la oración: “La oración, dice el sabio benedictino, es una conversación del hijo del hombre con su Padre celestial... En la oración nos presentamos a Dios en calidad de hijos... Nuestra calidad de hijos de Dios por la gracia de Cristo, es la que debe condicionar nuestra actitud fundamental y, por decirlo así, servirnos de hilo conductor en la oración.

“Es, pues, la oración, como un perfecto reflejo de nuestra vida íntima de hijos de Dios, como el fruto de nuestra filiación divina en Cristo, como el desarrollo espontáneo de los dones del Espíritu Santo...”

“Pero es una conversación... En una conversación se escucha y se habla; el alma se entrega a Dios y Dios se comunica al alma.

“Para escuchar a Dios, para recibir sus luces, basta que el corazón se halle empapado en sentimiento de fe, de reverencia, de humildad, de ardiente confianza, de amor generoso...

“Para hablar con Dios, es preciso tener algo que decirle. Esto depende de la medida de la gracia que Jesucristo da al alma y el estado de la misma alma...

“Cada alma ha de examinarse, antes de imponerse a sí misma el modo de conversar con Dios; debe apreciar sus aptitudes, sus disposiciones, sus gustos, sus aspiraciones, su género de vida... y ser dócil y responder con generosidad a la gracia de Cristo...”.

Según lo dicho, y en esto están acordes todos los maestros, la oración propiamente tal no es un discurso, no es una reflexión del entendimiento, no es una meditación seca y fría... La oración es una íntima comunicación del alma, del corazón, muy afectuosa, muy confiada, muy filial, con Dios Padre, con Dios Hijo (Jesús), con Dios Espíritu Santo.

Esto supuesto, si la hermanita lee este librito en plan de estudio, para enterarse de los detalles de la vida de Jesús, no hace oración. Si lo lee solo para hacer un estudio comparativo de su vida de hermanita con la vida de Jesús que se revela en cada página, tampoco hace propiamente oración. Si de ese estudio y de esa comparación de ambas vidas, la suya y la de Jesús, concluye que va bien en su vida de hermanita, o que va mal; y eso le mueve a prorrumper en afectos de gratitud, de goce espiritual, de amor, de alientos, etc., o en sentimientos de dolor, de humildad, de santo temor, de resolución, de arranques generosos, etc., entonces la hermanita ha hecho una fervorosa oración.

Y puesto que existen almas que enseñadas en la escuela del Espíritu Santo, no necesitan consideraciones ajenas para llegar al fin deseado, sino que les basta el texto del Evangelio, y de sus palabras sacan raudales de luz y de vida, hemos creído hacerles un favor al dedicarles la primera página de cada meditación, copiando textualmente un trozo resumido del pasaje evangélico que luego se medita, y añadiendo breves afectos y súplicas, no precisamente para éstas, sino para aquéllas que están arando en tierra seca, y de cuyos corazones no brota ni una gota de devoción...

Pero éstas, y aquéllas y todas deben llegar a la oración. Sea conversando íntimamente con Dios, sea callando y escuchando con humildad y reverencia, sea gimiendo postradas ante su divino acatamiento, sea cantando salmos y cánticos espirituales en gozo y alegría del alma, sea mostrando agradecimiento eterno por todo lo que nos ha hecho y nos hace, sea pidiendo con lágrimas perdón y misericordia por nuestras ingratitudes, frialdades y mala correspondencia, interesa y es necesario que hagamos oración.

Si para conseguir este fin te ayuda este librito, hermanita amada, léelo y aprovéchate de él; mas, si no te sirve, sino que te estorba, yo te suplico que no hagas oración con este librito.

Fiesta de San José de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN.

1. Jesús bautizado por San Juan

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordán en busca de Juan, para ser de él bautizado. Juan, empero, se resistía a ello, diciendo: Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? A lo cual respondió Jesús, diciendo: Déjame ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Juan entonces condescendió con él. Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua se le abrieron los cielos, y vio bajar al Espíritu de Dios a manera de paloma y posar sobre él. Y oyóse una vez del cielo que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo toda mi complacencia.

(Math, III, 13-17).

—

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Jesús! ¡Cuánto nos cuesta salir de lo que amamos con amor humano: comodidades, amistades, regalos de la vida, satisfacciones de los sentidos y mil otros caprichos a que se apega nuestro pobre corazón! Y Tú, Señor, nos mandas tener un corazón despegado de todo lo terreno, para estar llenos de tu espíritu y de tu amor. Arrástrame, Señor, a un Jordán de penitencia, dame humildad en el reconocimiento de mis miserias con lágrimas de verdadera penitencia, y en ellas y en el agua pura de la gracia bautízame. Para que también a mi pobrecita alma se abran los cielos y descienda a ella la blanca paloma de tu divino Espíritu. Y que El imprima en mí la verdadera vida de hermanita...*

Lléname del don soberano de tu Espíritu y que mi alma virginal sea tu morada predilecta, y que yo, contra el espíritu mundano y sensual, viva siempre movida e informada, dirigida y elevada por su divino soplo. Amén.

—

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús se despide

Tenía Jesús treinta años próximamente, cuando en los designios eternos sonó la hora de dar principio a la predicción de su Evangelio.

Aquella vida apacible, tranquila, silenciosa, humilde, dulce y familiar (de hogar), tenía que trocarse por otra de agitación, de movimiento, de lucha, de zozobras y de acción continua.

Jesús tiene que dejar su tranquila morada de Nazaret, su humilde y amado taller, su modesta casita y cariñosos vecinos y... a su idolatrada Madre.

Despachó su último trabajo, recogió las herramientas y cerró para siempre la puerta de su inolvidable obrador (¡qué dicha poder tomarlo en traspaso!).

María, su tierna Madre, preparó lo más indispensable y urgente para los primeros días de su peregrinación, con solicitud y exquisito amor y... por la mañana, temprano, Jesús de Nazaret, el carpintero servicial, saludó y dio un abrazo a su Madre, y salió...; al pasar por el jardincito volvió a saludarla..., y se fue.

Costoso sacrificio para su fino, delicado y sensible corazón. Pero era aquella la voluntad de su Padre.

Un llamamiento, una vocación divina le forzaba a salir de su tierra, de su pueblo y de su casa para realizar la obra por la cual vino a este mundo.

Y ¿a dónde iba?

Casi sin rumbo; a donde su Padre quisiera marcarle la ruta; le era indiferente el norte o el sur.

Ya no iba a tener ni hogar, ni familia, ni residencia fija; las circunstancias de su gran misión fijarían en cada día y en cada momento el plan de sus caminos y de sus estancias. Y todo en medio de una sociedad enemiga, hostil o, por lo menos, sospechosa.

—

¡Oh, hermanita!, si ya lo eres verdaderamente, has tenido que pasar por algún trance muy parecido a este.

Tu vida tranquila, corriente, un tanto cómoda y semejante a la de todo el mundo, tuvo que sufrir, un día señalado, un cambio brusco y difícil.

Oíste la voz de tu Amado, tal vez donde menos y cuando menos lo esperabas, y hubiste de seguirla, virando radicalmente y dirigiendo tus pasos hacia la Alianza.

Hubo, para ello, despedidas dolorosas para tu corazón. Quedaron rotas desde aquel momento muchas ligaduras que te encadenaban al mundo, y cerradas las puertas del espectáculo y del pasatiempo; no faltó un adiós costoso a las amistades peligrosas; muchas cosas y objetos amados, como las herramientas de Jesús, quedaron bajo llave para siempre..., y tal vez sangró tu corazón. Pero...era la voz de la vocación.

La Alianza no manda salirse de la propia casa y del propio hogar, ni siquiera del empleo u oficio o carrera que una ejerce. Pero hay salidas, despedidas y renunciamientos costosos, que el corazón necesariamente ha tenido que hacer para abrazar plenamente la vida de una fervorosa hermanita aliada.

Desde un principio comienza la Alianza exigiendo a las almas, que a ella aspiran, grandes y difíciles desasimientos...

¿No es así, hermanita? ¿Y lo has hecho decididamente?, ¿queda algo por hacer...?

PUNTO II.- Jesús es bautizado

Unido tal vez a la caravana de devotos peregrinos que iban hacia el Jordán, va también el mansísimo Jesús, confundido con los demás, ¡uno de tantos!, comentando quizás en conversación amena la extraordinaria vida y apostolado especial del gran Juan Bautista.

Y, como si fuera uno de los pobres pecadores que necesita del bautismo de penitencia que predica y administra el profeta, al llegar su turno, baja humildemente al río... ¡Oh! ¡Y es Jesús...!

Juan le reconoce: “¿Tú vienes a ser bautizado por mí, cuando soy yo quien debo ser bautizado por Ti?”. Dicele Jesús: “Deja eso ahora, lo que es menester es que cumplamos toda justicia...”.

Juan se humilla, pero cumple su misión y bautiza a Jesús, lo mismo que a los demás...

Jesús pone, como fundamento y cimiento de su vida pública, un acto sublime de humildad. Cargado desde aquel momento con las inquietudes del mundo, recibe por ellas y para su remedio el bautismo de penitencia.

Jesús se muestra al mundo, y primero presenta su humanidad humilde; después presentará su divinidad sublime.

—

Eres alma consagrada a Dios, hermanita amada; pero no olvides tu vida, tal vez, de muchos pecados. Mira siempre por delante tu “humanidad” humilde, tu condición de arcilla.

Soy hermanita, dices. Bien; alégrate y da gracias a Dios. Pero viniste, tal vez, cargada de miseria y tuviste necesidad de pasar por un bautismo de penitencia y de perdón generoso de Jesús. Eres un alma regenerada...

Tu vida, pues, tiene fundamento y cimiento en la humildad de tu pobre miseria. No olvides esta verdad; no te levantes de este fundamento, aunque subas muchos grados de santidad, pues, si falla ese fundamento, se derrumbará...; y, aunque seas *interna*, fracasarás.

¡Hermanita! El principio de tu vida aliada, el cimiento de tu santidad, de todo tu progreso en ella, de tu apostolado y de todas tus acciones... sea siempre una bajada al Jordán, una humillación ante tus infinitas miserias...

PUNTO III.- “Este es mi Hijo”

“Bautizado Jesús y orando, se abren los cielos, baja el Espíritu Santo... y óyese la voz del Padre, que dice: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias”.

Jesús comienza a ser Jesús (Salvador). Con los pecados del mundo se sumerge en el bautismo de penitencia, y con humildad inefable ora en la orilla del río. Allí, en aquel anonadamiento imponderable, principia la magna empresa de la Redención del mundo.

Jesús no se revela como los grandes conquistadores...

Pero el Padre Eterno se complace en hacerlo de manera soberana, magistral: Se abre el cielo; es el diseño de la ruta que ha de llevar la obra de la redención. Viene el Espíritu Santo, revelando la Santidad del Hijo del hombre, ungiéndole de nuevo como Cristo Rey, que se lanza a conquistar almas para su reino inmortal de Amor. Ese Espíritu divino es su vida, y ese Espíritu de vida será la vida que comunicará a las almas que ha de ganar para su reino. Al soplo de ese Espíritu Santo, vivirá y se moverá la Iglesia que Él ha de fundar.

Ahora es sobre Él; mañana será sobre sus apóstoles, sucesores cuyos en su obra, la infusión, la venida solemne de este Santo Espíritu.

Óyese la voz del Padre: “Éste es mi Hijo muy amado...”. El Padre se complace en ver al Hijo Eterno en el momento de emprender la obra más grandiosa de su poder, de su sabiduría y de su amor.

Jesús, bañado en las aguas del Jordán y en las divinas infusiones del Espíritu Santo, es presentado al mundo por su Padre, para que todos crean que es Él el Enviado de las gentes, el Mesías anunciado por los profetas, el Rey de los siglos futuros.

—

¡Qué magnífico ideal para la Alianza!

Quisiéramos que cada hermanita, al ingresar en la Alianza, purificada en las aguas de la penitencia y de la oración humilde y confiada, fuese presentada en la Obra, no por sí misma, sino por el Padre Eterno.

Que se abriesen los cielos para que se viera su ideal último que es Dios, su ideal presente que es la vida celestial, la vida natural, sin nada terreno, despreciando lo caduco; su norte: *cara a Dios*.

Llena del Espíritu Santo.

En oposición directa y radical con el espíritu satánico y el espíritu del siglo, mundano y sensual. Ella en su vida virginal, morada predilecta del divino Espíritu, movida por Él, guiada por Él, enseñada por Él, regida por Él, inflamada por Él, fortalecida y ungida por Él, como reina y esposa del Rey divino.

Y que el Padre Eterno diera testimonio de su vocación, verdadera, como elegida de su corazón: “Ésta es mi hija muy amada...”.

¡Hermanita! ¿Hubo algo de esto en tu ingreso en la Alianza?
¿Existe hoy?, ¿lo reconoces?, ¿qué diría hoy el Padre Eterno de ti?

—

2. Jesús en el desierto

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Entonces, inmediatamente, Jesús, lleno del Espíritu Santo, fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado del diablo. Y estuvo en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, y era tentado por Satanás, y moraba con las fieras. (*Marc, I, 12-13*).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Dios mío! La soledad asusta al espíritu distraído en las cosas de la tierra. Por eso, Señor, pocos te acompañan al desierto, al silencio y al retiro...*

Tus primeros pasos en la vida pública son hacia la soledad; acabas de salir de una, y el Espíritu te empuja a otra mayor. Los que vivimos en medio del mundo no entendemos esta sublime lección. Veo que no hago bien mi oración, que me distraigo, que mi mente se derrama y mi corazón se disipa...

¡Oh, divino Espíritu! Arrástrame al desierto, llévame a la soledad..., y háblame allí, al corazón... ¡Pobre de mí!

Enséñame, Santísimo Espíritu, a vivir solo en medio de este barullo mundanal. Recógeme en Ti, cautívame de tal manera que yo, en medio del mundo, no sienta al mundo. Haz que yo no sienta en mi vida más que el ideal sobrenatural y divino. Destierra de mí las preocupaciones terrenas y ocúpame solamente el pensamiento de mi santidad y la de las almas que yo amo y quiero para Ti.

Arranca de mi corazón todo lo vano. Hazme vivir en Ti, dentro de mí...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Camino de la soledad

“Jesús, pues, lleno del Espíritu Santo, partió del Jordán y fue conducido por el mismo Espíritu al desierto” (Luc. IV).

Así habla San Lucas en su santo Evangelio. Recibida la plenitud del divino Espíritu en las aguas del Jordán, según visiblemente se manifestó en figura de una blanca paloma que vino a posarse sobre su cabeza, Jesús queda bajo la dirección de este Santo Espíritu, que le guiará tanto en orden a la obra externa de su gran apostolado evangélico en el mundo, como también en orden a la vida íntima, interior, divina del mismo.

Y el primer impulso del Santo Espíritu es hacia la soledad. Jesús, desprendido de su hogar, de su tierra y de los seres amados y conocidos, ya solo, es impulsado por el soplo divino al retiro, a la soledad de un desierto.

Es propio del Espíritu Santo impulsar a las almas a la soledad: “Llevaréle a la soledad y le hablaré al corazón...” dice este Santo Espíritu. ¡Hermosa lección, que es menester grabar para siempre en medio del corazón!

El Espíritu Santo no se da prisa para lanzar al Mesías al teatro de sus maravillosas conquistas.

Después de treinta años de preparación que podemos llamar *remota*, en la soledad de Nazaret, todavía le exige una nueva Cuaresma de más íntima, más rigurosa e intensa soledad, como una nueva preparación *próxima*. Santo retiro, dedicado exclusivamente al espíritu, desasido de todo roce y comunicación con el mundo, aún de lo más indispensable para la vida corporal; soledad rigurosa, retiro absoluto, casi fuera del mundo.

Hermanita amada: Para ser simple hermanita has tenido que vivir, al estilo de Jesús en Nazaret, una vida relativamente solitaria y retirada, pues en el bullicio mundanal difícilmente se siente la vocación a la vida de la Alianza.

Pero no basta aquella soledad que dio principio a tu vida de elevación.

Ahora que eres hermanita y en la Alianza posees con mayor profusión el altísimo don del Espíritu Santo, sentirás que eres impelida con mayor fuerza a la soledad y a la soledad más solitaria, si cabe hablar así. Cuanto más poseas este don, más fuertemente serás forzada al desierto. Y en eso conocerás qué clase de espíritu es el que te dirige y te guía.

La hermanita aliada, en el teatro de la vida seglar mundana, necesita ser llevada constantemente a la soledad interior de sí misma y con frecuencia también a la exterior.

Un gran desasimiento de los suyos: casa, padres, conocidos...; un gran desasimiento de las criaturas: cosas, objetos y asuntos que cautivan el corazón, es la característica de la vida perfecta de la aliada.

El primer paso, pues, de la aliada en su Obra es el impulso del Espíritu Santo, del que debe estar llena, hacia la vida retirada y oculta.

¿Es así tu vida y lo que en ti sientes?

PUNTO II.- Vida en Dios

Cuarenta días de oración continua y trato íntimo con su Padre Eterno fueron los que Jesús pasó en el desierto.

En la más completa y absoluta soledad y silencio. Sin comunicarse con persona alguna del mundo; sin ocuparse de nada

terreno, ni aun de atender a su sustento corporal; puesta exclusivamente la atención en su Padre amado, con Él, sólo con Él, en altísima oración, pasó Jesús su Cuaresma.

Vida de oración, y tal oración que no es posible concebir otra igual, tan continua, tan fervorosa y tan perfecta.

Allí ordenó y distribuyó todos sus trabajos apostólicos, y allí, al mismo tiempo, fortaleció su voluntad y fraguó su corazón, como más tarde lo haría en la oración de Getsemaní; allí templó sus armas de combate, como siglos más adelante templarán las suyas Ignacio de Loyola y otros muchos siervos del cristianismo.

Allí, tal vez, meditó en el pecado de los hombres, en la desgracia de sus almas, en la terribilidad del infierno a donde iban tantos, en la necesidad urgente del remedio por la Redención. Allí pensó en ti, hermanita amada; te vio en peligro de tu eterna perdición; te vio caída en el abismo del pecado y sintió ansias de salvarte y de ganarte para sí y para ti misma.

¡Cuarenta días meditando en la salvación del mundo y caldeando en la oración su alma divina para lanzarse a una empresa sin igual...!

—

¡Oh, hermanita! Esta es la ocupación de las almas llenas del Espíritu Santo. Las cosas terrenas, las preocupaciones de aquí abajo son propias de corazones movidos por el espíritu del siglo. El alma poseída del espíritu de Dios y guiada por su soplo sobrenatural sólo se ocupa en Dios, en su propia santidad y en la salvación de las almas. El celo de la gloria divina es fruto de las fecundas infusiones del divino Espíritu.

“Por sus frutos los conoceréis...” dijo un día el Maestro divino, refiriéndose a los hipócritas fariseos. Bien puede aplicarse esta frase al caso presente. Por sus frutos conoceréis el espíritu que obra en vuestro interior.

¿Es Dios, es el Sagrario, es la oración recogida, es el pensamiento sobrenatural, son las almas, su perdición, su desgracia, su salvación, etc., a donde con preferencia os sentís impulsadas con ímpetu irresistible? Entonces es de Dios el espíritu que vive en vosotras y que impulsa a vuestro corazón hacia su propio objetivo.

Así se ve claramente de qué espíritu son movidas y arrastradas esas infelices jóvenes del gran mundo, cuya vida es un remolino de preocupaciones y agitadas pasiones terrenas; quienes, desde la mañana hasta la noche, y muchas... desde la noche hasta la mañana, no tienen otra preocupación que la satisfacción y el bienestar temporal.

¡Hermanita! ¿Qué aires soplan en tu interior?, ¿qué ambiente respiras?, ¿qué tendencias sientes?, ¿a dónde eres arrastrada?, ¿a dónde va tu corazón?, ¿hacia arriba o hacia abajo...?

PUNTO III.- Vida de austeridad

¡Qué duro fue el plan de vida que el divino Espíritu trazó a Jesús en el desierto! No le bastó la soledad del lugar, la incomunicación absoluta con el mundo; ni la vida de recogimiento e interior actividad en oración y en alabanza continua a Dios; sino además rodeó su vida toda de una austeridad espantosa que asusta pensarlo.

Casi inaccesibles y peladas montañas, profundos barrancos, simas que dan vértigo, abruptos peñascales, estériles e inhabilitadas guaridas de fieras, que sobrecogen de temor al más esforzado caminante.

Unido a esto, el ayuno más riguroso y continuo, privándose de todo alimento, en tal forma que sus fuerzas físicas no hubieran podido resistir aquellos rigores sin la inmediata asistencia de la Divinidad.

Sometido además a terribles emboscadas del espíritu infernal, que le combate con tentaciones estudiadas, de manera astuta, osada y atrevida en extremo; dejándose llevar de él de una parte a otra, con incomparable mansedumbre y humildad.

Allí el Espíritu Santo le preparó para las batallas que, después, en su vida pública, habría de librar contra el mismo infernal enemigo, representado por los perversos judíos.

—

¡Hermanita! Aprende aquí dos grande lecciones, que, tal vez, más que a ninguna persona, entre las consagradas a Dios en el mundo, te interesan a ti.

1.^a Otra señal inconfundible para conocer la acción del Espíritu Santo es su moción a la vida de austeridad y de mortificación.

La vida muelle, cómoda y de regalo, la vida de placeres y de libertad de los sentidos no la ha inspirado jamás el Espíritu Santo.

Aunque, por desgracia, veas, que gente que se llama espiritual y piadosa, se afana en acomodar la vida cristiana de piedad a un plan de sabor acaramelado de Tabor y de Cenáculo; aun cuando muchas almas, que se dicen piadosas, vayan por caminos de regalo y de comodidad, satisfaciéndose, sin renunciar a ninguno, todos los caprichos y gustos imaginables entre los considerados con conciencia ancha, lícitos y pasables, cree que toda esa vulgaridad de almas regalonas no va guiada por el sopló del divino y Santo Espíritu.

Bajo un barniz espiritual, se oculta ahí la vida mundana, material, terrena y egoísta y no pocas veces del todo sensual.

La vida de una aliada, que huye del desierto, de la austeridad, si puede llamarse vida, es vida ficticia y de barniz, y esa aliada irremisiblemente... *fracasará*.

2.^a Para las grandes empresas de apostolado es preciso que las almas celosas, llamadas por Dios, pasen primero por la fragua de la oración y de la penitencia.

Primero hay que ganar a Dios misericordioso, a fin de que mire benigno la obra que para su gloria se emprende. Después hay que inflamar el corazón del apóstol en vida sobrenatural, en amor puro, desinteresado y divino, sin mezcla de egoísmos; y por fin, hay que templar las armas del combate en la austeridad, mortificación, interior vencimiento y penitencia corporal.

Resume, hermanita amada, estas ideas: Eres alma que debe vivir llena del Espíritu Santo. Él te guiará al desierto, a la soledad, al “retiro” y no al bullicio. Allí, desprendida de todo, desasida y vacía, te convidará a la vida interior de oración, de recogimiento sobrenatural... dando muerte a la vida de los sentidos por la austeridad...

¿Es ese tu plan?

—

3. Jesús tentado en el desierto

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- En aquella sazón Jesús fue conducido del Espíritu de Dios al desierto para que fuese tentado allí por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces, acercándose el tentador, le dijo: Si eres el hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesús le respondió: Escrito está: no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra (o disposición) que sale de la boca de Dios. Después de esto, le transportó el diablo a la santa ciudad de Jerusalén, y le puso en lo alto del templo. Y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Pues está escrito: Que te ha encomendado a sus ángeles, los cuales te tomarán en las palmas de sus manos, para que tu pie no tropiece contra alguna piedra. Replicóle Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Todavía le subió el diablo a un monte muy encumbrado: y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos. Y le dijo: Todas estas cosas te daré, si, postrándote delante de mí, me adorases. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo y a él sólo servirás. Con eso le dejó el diablo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían.

(Math, IV, 1-11).

—

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Señor!, ¿quién se creará libre de la tentación, si tú mismo permites ser tentado?, ¿el demonio tiene el atrevimiento y osadía de tentarte a Ti, Santidad infinita?*

¿Quién se creará tan algo, tan inaccesible e inmune a la tentación, viendo que el demonio se acerca a Ti a tenderte un lazo? ¿Quién no temerá la tentación viéndote a Ti tentado con tenaz insistencia? ¿Quién soy yo para no ser tentada, si lo eres Tú?

¡Oh, Señor!, ni la Alianza, ni el Convento, ni la austeridad, ni mi consagración, me libran de ser tentada...

He de ser tentada en alguna de mis concupiscencias o en todas ellas a la vez. Y persuadida de que he de ser tentada, no tengo más remedio que vivir en vela y orar para no caer en la tentación.

Señor, puesto que Tú permites, para mi bien, que sea tentada, no permitas que sucumba...

Señor, “no me dejes caer en la tentación”.

Mira que vivo en medio de un mundo tentador; por todos lados me acecha el enemigo... Levántame, Señor, y, por la gloria de tu nombre, líbrame siempre de la tentación.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Satanás

Es asombroso misterio éste de haberse Jesús querido someter a la prueba de la tentación. ¡El Hijo de Dios tentado, incitado, provocado a hacer mal!

Jesús se humilla hasta ponerse en contacto con el demonio, y Satanás se atreve, en su orgullosa osadía, a poner insidias y asechanzas al mismo Hijo de Dios.

Desde que Jesús se retiró al desierto, el enemigo le rondó en aquellas horribles soledades, y, cuando vio llegada la ocasión propicia, es decir, debilitada la santa humanidad de Jesús por aquella terrible austeridad de los cuarenta días, se acercó de manera insidiosa, y muy probablemente en forma humana, a tenderle un lazo.

Jesús habíase retirado a aquella soledad guiado por el Espíritu Santo; había, al parecer, huido del ruido mundanal, lugar propio de la tentación, a la soledad tranquila y pacífica... y, sin embargo, llegó allí el espíritu tentador y se atrevió a tenderle el lazo de la tentación.

¡Qué sublime lección, hermanita amada!

Saliste tú de los lugares que propiamente se llaman tentación; dejaste el mundo de los grandes peligros, donde abunda la incitación y la provocación al mal, donde Satanás anda suelto a sus anchas,

dueño de la situación, viniste quizás a la Alianza, huyendo de la tentación y del peligro...

¿Habrás quedado libre de ser tentada?, ¿no hay tentaciones en la Alianza?

Sí, hay tentaciones en la Alianza, hay tentaciones en la clausura más austera de un monasterio, hay tentaciones en las soledades más apartadas de la Tebaida.

Por secretos designios de la Providencia, el demonio tiene permiso para acercarse a las almas más santas y más apartadas de la tentación.

No porque seas alma escogida de Dios, consagrada a su amor, unida a Él con los vínculos más sagrados; ni porque vivas entre lirios y azucenas, en ambiente elevado y sobrenatural, apartada de las grandes ocasiones...; por nada de eso estás del todo libre de las astutas asechanzas de Satanás.

Tal vez por ser quien eres, porque sospecha que puedes hacerle más guerra que otras medianas, serás objeto preferido de sus insidias y continuas tentaciones.

Satanás no respeta a nadie, ni lugar, ni persona. La Alianza es y *será siempre* campo expuesto a la continua persecución del demonio. Satanás rondará a la Alianza.

Hermanitas, “velad y orad... para que no caigáis en la tentación”.

PUNTO II.- Primera tentación

Jesús, debilitado por el riguroso ayuno, por las vigiliass nocturnas y austeridad de aquella durísima vida, sintió naturalmente necesidad de alimento; y tuvo hambre.

Satanás barruntó en él esta necesidad; se acercó con disimulo, como más tarde lo hará al traidor apóstol, le mostró unas piedras y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, manda a esta piedra que se convierta en pan”, (San Lucas).

La cosa parecía obvia y natural. La necesidad era clara y manifiesta, el remedio razonable y justo, lo tenía en su mano.

En caso tal vez menos urgente, obrará así en las bodas de Caná, haciendo que el agua se convierta en vino. ¿Por qué no hacerlo ahora?

“No sólo de pan vive el hombre, dícele Jesús, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

El Espíritu Santo había llevado a Jesús al desierto a nutrir su espíritu del pan espiritual y divino; en cambio, el cuerpo había de ser sometido a los rigores de la penitencia, sin lenitivo alguno.

El espíritu diabólico quería cambiarle el plan, sugiriendo hábilmente un alivio, suavizando aquel rigor por medio de un milagro.

Jesús no da oídos a este espíritu, manteniéndose en su plan hasta el final.

—

El Espíritu Santo te ha traído a la soledad y retiro de la Alianza para que vivas la vida que brota de la boca de Dios, que es vida espiritual, pura, elevada, sobrenatural, santa, divina; reprimiendo al mismo tiempo las demasías de la vida corporal, material, carnal o sensual.

La Alianza es una pequeña soledad dentro del mundo, y en ella el Espíritu Santo invita a las hermanitas a vivir de Jesús y, al mismo tiempo, a sacrificar al hombre terreno, al viejo Adán, con sus concupiscencias. Pero el demonio tiene permiso para entrar dentro de esta soledad y de tender insidiosamente un lazo disimulado.

Aparentes necesidades, que primero exagera, en cada una, por métodos distintos, serán la excusa para sugerir ciertas atenciones a la carne. Y como instintivamente la carne pide “pan”, pan de alimento, pan de regalo, pan de molicie, pan de placeres, pan de satisfacer y recrear los sentidos, le será muy fácil invitar a las aliadas, en especial a aquellas que están un tanto débiles en la vida espiritual, a que todo lo que les rodea lo conviertan en “pan”.

-¿A qué tanto rigor?, ¿a qué tanta mortificación?, ¿a qué tanta austeridad?, ¿a qué castigar tanto la carne...? ¿Por qué no condescender un poco más con las exigencias de los sentidos?

¡Qué peligrosa es la tentación!

PUNTO III.- Segunda tentación

“Después de esto, dice San Mateo (c. IV), le transportó el diablo a la ciudad de Jerusalén y le puso sobre lo alto del templo y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo...” Replicóle Jesús: “No tentarás al Señor tu Dios”.

¡Jesús hecho como un juguete de Satanás! Se deja coger en sus garras infernales y transportar por los aires al pináculo del templo de Jerusalén ¡qué humildad! “Échate de aquí abajo...” ¿Qué pretende el demonio? Tentarle de orgullo, de vanidad, de presunción; sugerirle una gloria vana y un aplauso inútil de las gentes...

¡Cuántas almas son transportadas por Satán al pináculo de la gloria vana!

Las alturas del poder, del saber, de la habilidad, de las buenas dotes, de la belleza y hasta de la virtud son muy apetecidas por el demonio.

Y haciéndoles creer que, en efecto, poseen un grado sublime tales prendas, cegadas por la presunción, las ha lanzado a los espacios de la exhibición y aplauso del mundo hipócrita, yendo, casi siempre, a estrellarse contra el suelo de la humillación y desprecio.

-Si eres hija de Dios, si eres aliada, alma sublimada al coro de predilectas de Jesús, descúbrete al mundo como tal, lánzate a brillar como un sol en las oscuridades de un mundo que se desvía...

-Si eres aliada virtuosa, muestra que lo eres, practica actos heroicos, demuestra tu santidad...

-Si eres aliada, ya tienes defensa, no te asusten tanto los riesgos del mundo, como si fueses una niña, no vivas tan acoquinada, vamos, lánzate... que tu vida, como aliada, es vida en medio del mundo...

¡Cuántas han caído en esos lazos!

PUNTO IV.- Tercera tentación

Todavía le subió el diablo a un monte muy encumbrado y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos y le dijo: “Todas estas cosas te daré, si, postrándote, me adoras”. Respondióle entonces Jesús: “Apártate de ahí, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo y a Él solo servirás.

Y ahora es la ilusión de los bienes del mundo. Desde lo alto de la montaña descubre Jesús el panorama de las bellezas y riquezas de aquellas regiones de leche y miel. El demonio se arroga el derecho de propiedad de todo ello. “Es mío todo esto que ves, y todo será tuyo, si, cayendo a mis pies, me adoras”.

¡Qué pretensión la de este infame condenado! Jesús no la sufre un instante: “Apártate de ahí, Satanás...”.

Astuto es este lazo del demonio y muchas almas han caído en él.

Una salida por vía de recreo, por compromiso, por curiosidad, por necesidad, hacia la ciudad, a una fiesta, a una excursión, a unas vacaciones..., desde donde se contemplan panoramas de una vida deliciosa: alegrías, riquezas, comodidades, regalos, bellezas, todo fácil, todo encanto, todo satisfacción...

Y Satán, como dueño de todo ello, propone un ventajoso contrato del alma.

-Todo esto es mío, dice ¡qué ocurrencia la tuya, hermanita joven!, ¡dejar todo esto, pudiendo compaginar admirablemente ambas cosas! Si tú no vas a ir al claustro ¿quién te prohíbe disfrutar de todo esto? Gozando de estos bienes, puedes alabar y servir a Dios. Todo te lo daré... y otra será tu vida.

Y la hermanita vuelve de la excursión con un recuerdo y con una pesadilla. Va a jugar una partida difícil: o un acto enérgico de desprendimiento, radical, total, absoluto: “Apártate de ahí, Satanás”, o irremisiblemente caerá en el lazo, llegando a “caer” a los pies del infame condenado, como vil esclava suya.

No pocas son las que han abandonado la Alianza por una de estas tres tentaciones. Y muchas otras las que, pudiendo ingresar en la Obra, no se han decidido a ello, porque también quedaron sugestionadas por alguna de estas tentaciones.

Hermanita: Aprende la lección, que el Maestro nos enseña en las tres respuestas que dio a Satán.

1.^a) No regalemos demasiado el cuerpo con “pan” material: da pan de cebada al cuerpo y pan angélico al alma, para que seas virgen.

2.^a) No presumas de ti y de tus prendas... No busques la exhibición de tus dones, talentos, bellezas... No te fíes de tu virtud y de tu santidad... No tientes a Dios, lanzándote a más de lo que eres y puedes.

3.^a) No cambies los bienes de arriba por los bienes caducos de abajo... No te engañe el brillo de la corteza, prueba las espinas que punzan... Nada es lo que no es Jesús.

4. "Agnus Dei"

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Al día siguiente, vio Juan a Jesús que venía a encontrarle, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, ved aquí el que quita los pecados del mundo... (Joan, I, 29).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, dolor! En medio de nosotros... durante cerca de dos mil años... está aquel a Quien aún no acabamos de conocer.*

¡Oh, Señor!, ¡cuán pocos son los que han llegado a conocerte, cuanto en la vida presente nos es dado conocerte! ¡Qué oculto estás, Jesús mío, al mundo! ¡Qué lejos te consideran las almas! ¡Cuán pocas se dan cuenta de tu presencia y de tu proximidad!

Todos los días resuenan en las gradas del altar las palabras de Juan: "He aquí el Cordero de Dios". Es el primer nombre, el primer título que nos anunciaron públicamente de Ti en el Jordán, y hoy, con el mismo nombre y título, te das a conocer el mundo...

¡Oh, Cordero divino, Cordero humano!, ¡déjame saborear este dulce nombre! Cordero en tu humildad, Cordero en tu mansedumbre, Cordero en tu dulzura, Cordero en tu sencillez, Cordero que no infunde miedo, Cordero que se ama, Cordero que se come...

Cordero en las manos del Sacerdote, Cordero en los brazos de Inés, Cordero puro e inocente en el regazo de las vírgenes, en los apriscos, en los vergeles de la Alianza... Jesús Cordero, apaciéntate, pásate entre los lirios de tus jardines... ¡Hoy mi Cordero...; mañana mi Juez!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- ... A quien vosotros no conocéis...

Juan Bautista seguía bautizando en el Jordán y predicando la penitencia a las gentes. Su proceder llamó la atención extraordinariamente y el Sanedrín de Jerusalén decidió enviar una embajada de altos personajes para efectuar una investigación sobre su persona y su obra. Eran estos de la clase sacerdotal, dada la índole teológica que tenía el asunto que se trataba de aclarar.

Juan, ocultando con sublime humildad su propia personalidad y el carácter de enviado de Dios, va a dar testimonio de Jesús, diciendo: “Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está alguien, a quien vosotros no conocéis; Él es... a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato”.

¡Qué revelación tan sorprendente para aquellos enviados del Sanedrín! “En medio de vosotros está...”. “Vosotros, a pesar de ser la clase sacerdotal, no lo conocéis”. ¿Qué impresión llevarían estos hombres a Jerusalén?

¡Con cuánta propiedad podría decirse esto mismo a la mayoría de nuestros cristianos, a quienes sorprende la predicación de un Juan Bautista, a quienes admira la presencia de un enviado de Dios, del Papa, y se postran para besarle la mano...!

“En medio de vosotros está **Alguien**, a quien vosotros no conocéis.

¡Qué oculto está Jesús al mundo!, ¡qué lejos le consideran las almas!, ¡cuán pocos se dan cuenta de su presencia...!

En medio de vosotras, está, hermanitas amadas, Aquel a quien vosotras... ¡Oh!, ¡no me atrevo a terminar esta frase!

¿Es que tampoco vosotras le conocéis...?

En medio de la Alianza, en el fondo del ser de la Alianza, en la intimidad de su vida, de su espíritu... está Aquel, a quien tal vez algunas que en ella viven, aún no le conocen.

¡Qué dolor!

En medio de vosotras está, cierto; en medio de sus predilectas, a quienes Él ha escogido y separado del mundo, para estar en ellas, para vivir en medio de ellas, de sus corazones, de sus intimidades; ¡ahí está...! cierto, hermanitas, cierto, ¡ahí está, en medio!

Y vosotras..., confesadlo con dolor, vosotras, ¡no le conocéis, no le conocéis!

PUNTO II.- ¿Quién es Él?

Cuando Juan despedía a la embajada del Sanedrín, Jesús abandonaba el desierto, tomaba su camino hacia el valle.

De madrugada, al siguiente día, estando todavía Juan con algunos de aquellos delegados y discípulos suyos, pasaba Jesús a cierta distancia de ellos y él quiso aprovechar esta ocasión para dar públicamente un gran testimonio del Mesías.

Sobrecogido, pues, de viva emoción, mostrando con el dedo al Salvador, dijo estas sublimes y encantadoras palabras, que penetraron en lo más hondo del alma de sus circunstantes: “He ahí el Cordero de Dios, he ahí el que quita los pecados del mundo. Este es de quien yo dije: en pos de mí viene un varón, el cual fue antepuesto a mí, porque él era primero que yo..., para que fuese manifestado en Israel, por eso vine yo bautizando con agua;... ese es el que bautiza

en el Espíritu Santo... y yo di testimonio de que éste es el Hijo de Dios". (S. Juan, I).

Admirable y dulcísimo es este lenguaje del gran Precursor, Juan Bautista. Jesús, Cordero de Dios, que viene del desierto a los fértiles campos de Galilea y Judea, buscando pastos sabrosos y abundantes en que apacentarse; Cordero engendrado en el seno del Padre Eterno y que descendió al seno inmaculado de una Virgen para revestirse de un cuerpo pasible, para ser inmolado en sacrificio cruento por los pecados del mundo.

—

¡Hermanita amada! He ahí la primera manifestación pública que en Evangelio de San Juan se nos hace de Jesús, por su enviado especial Juan Bautista.

Jesús es revelado al mundo, no como un Mesías poderoso y arrogante, no como un gran Conquistador, ni como un Rey glorioso y dominador..., conforme lo esperaban los judíos. Jesús es revelado como un mansísimo, dulcísimo, humildísimo, sencillísimo y encantador Cordero: "Ecce Agnus Dei...".

He ahí la primera apología de Jesús en el Evangelio. Cordero de Dios, porque viene de Dios y Él es Dios; Cordero de los hombres, porque es para los hombres.

Bellísimo simbolismo, en el que se nos descubre la figura gráfica, perfecta y real de Jesús, su humildad, su mansedumbre, su sencillez, su dulzura, su asequibilidad...

Jesús Cordero... para ser amado tiernamente ¿quién no ama a un cordero...? Jesús Cordero, para ser imitado... ¡Oh! ¡Si Jesús Cordero tuviera muchos corderos en la Alianza! ¿No te atrae, hermanita, una estampa de Santa Inés con su corderito abrazada? ¡El Cordero de Jesús en brazos de... otro cordero!

Jesús Cordero para ser comida ¡qué regalado convite! La carne de ese Cordero es tu comida. Jesús se ha hecho Cordero para que le comas... ¿No te has fijado cómo el sacerdote, al levantar la Hostia para dártela, dice: “Ecce Agnus Dei...?”

Jesús Cordero para que te recrees y juegues con Él y a la vez juegue, se recree Él contigo. ¿Qué haces, hermanita, cuando te acercas al Sagrario? ¿No escuchas allí dulces balidos?

¿Quién es Él? Él es el Cordero de la Alianza: para ser amado, para ser imitado, para ser recreado, para ser comido.

PUNTO III.- “El que quita los pecados...”

El Precursor pronunció estas palabras y con ellas señaló a Jesús, recordando, tal vez, los célebres vaticinios mesiánicos del profeta Isaías, donde es descrito Jesús-Víctima como un cordero mansísimo, que calla entre las manos del que lo trasquila.

Juan, con visión profética, vióle sacrificado como un inocente cordero, bañado en sangre, para ser víctima de los pecados del mundo.

Jesús-Cordero es, en efecto, hecho por Dios víctima de los pecados del mundo. “. “El que de nuestra masa no tomó pecado, dice San Agustín, es El que quitó nuestro pecado...”

En ese Cordero “ha puesto Dios la iniquidad de todos nosotros”. “Él es propiciación por nuestros pecados; no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (Isaías, LXXX).

El divino Cordero nos redime con su muerte y con el derramamiento de su sangre inocentísima y purísima; y, una vez purificados, nos alimenta en banquete delicioso con su carne sacrificada. ¡Jesús-Cordero, Víctima y Comida!

Esta es la primera idea que Juan Bautista nos ha dado de Jesús, el cual viene al mundo como manso y humilde Cordero, para darse a los hombres en *Redención y Comida*.

¡Oh, hermanita! A los diez y nueve siglos vuelvo a mostrarte al mismo Cordero Jesús, que pasa muy cerca de ti: “Ecce Agnus Dei...”. Míralo ahí, en el fondo de tu Sagrario, tan humilde, tan manso, tan sencillo e inocente. Mírale, contéplale, ámale, abrázale..., cómele; embriágate y báñate en su Sangre.

No se diga de ti: “En medio de vosotras está quien vosotras no conocéis”.

Son muchos, en verdad, son legión los que todavía no le conocen. Pero a ti y a tus hermanitas “es dado a conocer este misterio del reino de Dios”. Jesús-Cordero se ha revelado a los parvulitos, a las almas pequeñas e infantiles. ¿Eres tú de ese número?

5. Los primeros discípulos

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Al día siguiente otra vez estaba Juan allí con dos de sus discípulos. Y viendo a Jesús que pasaba, dijo: “He aquí el Cordero de Jesús”. Los dos discípulos, al oírle hablar así, se fueron en pos de Jesús. Y volviéndose Jesús, y viéndoles que le seguían, díjoles: “¿Qué buscáis?”. Respondieron ellos: “Rabbi (que quiere decir maestro), ¿dónde habitas?” “Venid y lo veréis”. Fueron, pues, y vieron dónde habitaba, y se quedaron con Él aquel día; era entonces la hora de las diez. Uno de los dos, que, oído lo que dijo Juan, siguieron a Jesús, era Andrés, hermano de Simón Pedro. (Joan. I, 35-40).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Señor! ¡Qué humildes y sencillos son los principios y fundamentos de tu Santa Iglesia...! Y así son siempre tus obras en lo que mira al elemento humano...*

¡El paso de Dios...! ¡Cuántas veces has pasado junto a mí, y... alguien me ha recordado este paso! Tú no quieres forzar a nadie... Te muestras sencillo, atrayente, simpático, bueno, amante, y quieres que quien te mire, quede cautivo de tu amor y te siga...

Mi vocación a la Alianza fue tu paso junto a mí... y yo vi tu luz, entendí la verdad de tu vida, sentí tu amor, allí en unos ejercicios, en una charla con amigos...

Y mis primeros encuentros fueron contigo en aquella dulce intimidad... ¡Qué cuadro aquel que yo veía y vivía, tan distinto del que tal vez hasta entonces me había cautivado y distraído en mis ilusiones juveniles del mundo! ¡Con qué sencillez, con qué dulce suavidad y fuerza me arrancaste del mundo y me uniste a tu Colegio!

¡Oh, mansísimo Cordero! ¡Esposo mío amado! Con gratitud inmensa recuerdo y vuelvo con gozo a recordar aquellos primeros pasos que di en tu seguimiento... En la solitaria chocita de mi Sagrario, ¡cuántas cosas me has enseñado...! ¡Oh misterio de mi vocación...!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Llamamiento

Al día siguiente de haber pronunciado el Bautista las palabras que hemos considerado en la meditación anterior, hallábase acompañado de dos de sus discípulos, y he aquí que de improviso, silencioso y majestuoso, pasó de nuevo muy cerca de ellos Jesús. Miróle Juan con mirada penetrante y exclamó: “He aquí el Cordero de Dios”.

Juan vuelve a señalar a Jesús con el mismo simbolismo dulce y atrayente de “Cordero de Dios”.

Aquellas palabras del gran Bautista significaban una invitación a sus dos discípulos; así lo entendieron ellos, a la vez que en el fondo de sus generosas almas cruzó una ráfaga de luz de la gracia, la gracia de la vocación, y miraron a Jesús, quien también, probablemente, puso en ellos sus divinos ojos, con mirada dulce, amistosa, atrayente, simpática, conquistadora. Ellos, los dos, se miraron, se animaron, se encendieron...

-¿Le seguimos? ¡Vámonos...!

¡Primera conquista de Jesús en el mundo! ¡Conquista de dos corazones por amor...! Y ¡con qué sencillez y espontaneidad!... Sin fuerza, sin violencia, sin coacciones de ningún género.

¡Oh, hermanita! Vuelve a repasar los primeros momentos de tu llamamiento a la Alianza. Hubo, tal vez, un alma, un confesor que te señaló con mano maestra al divino Maestro: “He aquí el Cordero de Dios”.

Conociste a Jesús, porque alguien te lo enseñó. Es el primer paso, por lo regular, en el proceso de una vocación: la proposición del gran ideal...

A esto siguió un toque interior, una ráfaga de luz sobrenatural, con un gusto y un sabor especial, no de aquí abajo, sino de arriba,

impulsando al alma hacia un objeto amado. Y entonces pasó muy cerca de ti la figura majestuosa, atrayente, bondadosa, dulce y fascinadora de Jesús. Pasó Él por tu mente, por tu inteligencia, por tu corazón. Le viste al través de la celosía del Sagrario, tal vez en medio de tu mismo corazón, invitándote con amor, convidándote, llamándote.

¡Qué admirable es el misterio de una vocación! ¡Qué predilección la de aquellos dos primeros discípulos, que son llamados por el divino Mesías! ¡Qué predilección la suya, hermanita amada, con que Jesús te ha distinguido...!

¡Oh, Jesús! Tú me iluminaste con luz sobrenatural, Tú me hiciste conocer la senda de mi vocación, Tú me llamaste con voz amorosa, Tú pasaste junto a mí y me miraste y me cautivaste y, tal vez, cuando más distraída andaba yo en la vanidad de las criaturas...

PUNTO II.- Seguimiento

Arrastrados por un ímpetu irresistible, los dos jóvenes empezaron a seguir a Jesús a cierta distancia, tímidamente, sin atreverse a dirigirle palabra alguna.

¡Cuadro pintoresco y encantador en extremo! Jesús caminaba, aparentemente sin mostrar interés y haciéndose el distraído..., y, a unos cuantos pasos, los dos discípulos de Juan Bautista, un poco asustados, cobardes y retraídos, pisando con precaución el suelo para no hacer ruido, pero al mismo tiempo decididos, animosos, constantes, resueltos...

Cuando los hubo probado un poco, el Señor se volvió a ellos y con mirada divina, amorosa, alentadora, les preguntó: “¿A quién buscáis?”. Los discípulos comprendieron que no le disgustaba su compañía; respiraron, sintieron confianza y ánimo y, sin dar respuesta directa a la pregunta de Jesús, le hicieron esta otra:

“Maestro (Rabbi) ¿dónde moras?” En lo cual daban a entender el deseo que tenían de seguirle y de estar con Él.

Jesús, convidándolos cariñosamente, les dijo: “Venid y ved”. Se llegaron a Él, le miraron de cerca, se unieron amistosamente y caminaron hasta el lugar donde Él tenía su estancia. “Fueron, pues, y vieron dónde moraba”.

—

¡Hermanita! ¿Cómo han sido tus primeros pasos en el seguimiento de Jesús? Acaso se parezca a éste el proceso de aquellos tus pasos.

Incertidumbres, zozobras, temores... “¿Cómo me atrevo yo a entrar en estos caminos?, ¿quién soy yo?, ¿será cierto mi llamamiento?, ¿y si me he equivocado?, ¿no será esto quizás una osadía y una pretensión exagerada?”. Le seguiste a distancia, retraída, cobarde, asustada. Y, tal vez, estuviste a punto de volverte atrás... ¡Y cuántas se han vuelto atrás para desgracia suya!

Jesús parecía no hacerte caso, se hacía el distraído, parecía no acordarse ni ocuparse de ti; tú ibas sola... “¡Él no querrá...!, ¡es que no me habrá llamado!” ¡Qué angustias!, ¡qué incertidumbres! Pero seguiste; Jesús te probó, vio tu constancia y, por fin, se volvió a ti: “Hija mía, ¿a quién buscas?”

“¡Oh, Señor! Yo busco a Jesús; es un atrevimiento, pero una fuerza me arrastra...; busco a Jesús, quiero seguir a Jesús; Tú eres Jesús ¿dónde moras?” “Ven y verás”. Y te llevó hacia la Alianza, hacia el “retiro”, hacia el Sagrario...

“¡Oh, Jesús! Si Tú no hubieras tenido conmigo la especial predilección de darme quien me mostrase tu divina Persona: “He ahí el Cordero de Dios”; si en mi alma no hubiera alumbrado tu luz eterna con claridad extraordinaria, si Tú mismo no hubieras pasado junto a mí, amable, cariñoso, conquistador... ¡Oh! Yo no te hubiera seguido... ¡Cuánto te debo, Señor!”

PUNTO II.- Dulce morada

“Fueron, pues, y vieron dónde habitaba y se quedaron con Él aquel día... (Juan, I).

Era la hora de las cuatro de la tarde, próximamente, cuando Jesús y sus dos afortunados acompañantes llegaron a la modesta morada del divino. Peregrino, que muy probablemente no era más que una cueva, una gruta natural o una choza de follaje.

Jesús vino al mundo y apareció niño en una cueva de Belén. Jesús sale a su vida pública a inicia su carrera desde una guarida de bestias. ¡Qué humildes son los fundamentos de la gigantesca obra de la Redención...!

Jesús recibe a sus primeros seguidores, a sus primeros discípulos en el rincón de una *choza*. He aquí el principio de la Iglesia, he aquí el primer templo de Jesús...

¡Qué deliciosa tarde aquella! ¡Qué escena tan divina! Jesús recibe a sus huéspedes a la puerta de su tienda, se sienta con ellos sobre unas piedras o en la hierba; se miran y se hablan y se compenetran. A los setenta años, el discípulo amado recordará con todos los detalles aquella entrevista celestial.



Primera escena de la vida pública de Jesús, en la que el divino Maestro aparece en toda su encantadora belleza, sencillez, bondad, amabilidad, atracción. He ahí la realidad más exacta, la figura más auténtica, la fotografía más perfecta y acabada del Hijo del hombre, del Salvador del mundo, de Jesús.

¡Oh, hermanita! Contempla bien este cuadro; acércate, mira bien, míralo todo, no pierdas detalle. Ese es Jesús, Jesús verdadero, Jesús auténtico, Jesús real, Jesús Maestro, Jesús amigo, Jesús sencillo, familiar, íntimo, asequible, encantador... “Jesús del Evangelio...”.

Y Él te ha llamado a ti un día por vocación especial; a Él le seguiste; Él te ha llevado a su humilde morada, a su *chocita* encantadora, a su amado “retiro”; allí, tan sencillo, tan familiar, tan asequible, tan íntimo, sentándose a tu lado y en compañía de otras discípulas, ha conversado amigablemente contigo ¡qué contento!...

¿Qué tiene, pues, una *choza*? Nada, mucha incomodidad y nada más; pero allí estaba el Maestro, y Él lo es todo y Él basta...

Pregunta, si no, a aquellos discípulos afortunados: “¿Una gruta, una choza os ha cautivado?”. “No. ¡Oh, no!, nos ha cautivado Jesús, el Cordero que se guarece en aquella *choza*”.

¡Oh, si todos los “retiros” de nuestra Alianza fuesen unas *chocitas* al estilo de aquella, que, en medio de su sencillez, modestia, soledad y recogimiento, no admitiesen más que al divino Cordero y Pastor a la vez, y a las escogidas, fieles y amadas ovejas de nuestro rebaño!

¿Y tu Sagrario, hermanita amada?, ¿no es otra *choza*, donde desea Jesús encontrarse con amigos que le acompañen y le hagan menos solitaria aquella estancia? ¿Eres tú su asidua visitante?, ¿es allí tu morada preferida?, ¿te extraña que los *mundanos piadosos* busquen estancias lujosas e iluminadas? No te extrañe; no saben quién viven en esta *choza*.

La hermanita en buena hora le conoció; a Él sigue, con Él vive; por eso, su morada preferida es la *chocita* del retiro y del Sagrario.

6. Nuevos discípulos

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- El primero a quien éste (Andrés) halló fue Simón, su hermano, y le dijo: “Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo)”. Y le llevó a Jesús. Y Jesús, fijos los ojos en él, dijo: “Tú eres Simón, hijo de Joná (o Juan): tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro (o piedra)”. Al día siguiente determinó Jesús encaminarse a Galilea, y en el camino encontró a Felipe, y dígole: “Sígueme”. Era Felipe de Betsaida, patria de Andrés y de Pedro. Felipe halló a Nathanael, y le dijo: “Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés, en la Ley, y pronunciaron los profetas, a Jesús de Nazaret, el hijo de José”. (Joan. I, 41-45).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh misteriosa y humildísima choza, donde Jesús ha reunido a sus primeros discípulos...! He ahí la primera morada, la primera Casa que levanta Jesús en su Iglesia... ¡Oh, Jesús! Allí fueron tus primeras audiencias, tus primeras revelaciones, tus primeras conquistas... Si para nacer escogiste una cueva, para mostrarte al mundo escoges ahora otra semejante... ¡Qué afán, Señor, de mostrarte al mundo tan humilde, tan pequeño, tan sencillo, tan atrayente...!*

¡Oh, Señor!, ¡cuánto nos cuesta aprender esta lección! Tus obras llevan siempre el sello de la pequeñez... Lo grande en Ti y en tus obras se oculta y disimula en la pequeñez... Por eso, los pequeños, cuanto más pequeños, más adentro entran en la posesión de lo grande.

¡Oh!, ¡que la Alianza nunca pierda este sello de su encantadora humildad, modestia y pequeñez! Tú, Señor, lo has hecho así desde un principio... Tus chocitas son nuestros “Retiros”... Pero allí estás Tú, Maestro Divino, revelando los secretos de tu Corazón.

Llama, Jesús mío, a esas pobres almas que vagan distraídas por el mundo... Pasa, Señor, junto a ellas...; que te vean, que las cautives, que te sigan...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Simón Pedro

La *chocita* del Maestro ya no estuvo solitaria. Los dos discípulos, que allí hemos dejado en dulce coloquio con Jesús, se convertirán en pregoneros de aquella celestial morada.

Conocieron a Jesús, y era imposible no dárselo a otros a conocer. Es que, cuando un alma llega a conocer íntimamente a Jesús, es casi incontenible su ansia de darlo a conocer a otras almas, y su tormento insoportable el no poderlo hacer. Media tarde bastó a Jesús para darse a conocer a sus dos primeros seguidores, Andrés y Juan (evangelista), y estos dos discípulos se convirtieron en predicadores.

¡Oh, si lo que tenemos la misión de predicar a Jesús, llegáramos primero a conocerle bien! El mundo no conoce a Jesús, porque los que tenemos la visión de darlo a conocer, no lo conocemos a fondo...

Andrés tenía un hermano, Simón Pedro, y, apenas acabada aquella entrevista con Jesús, se fue apresuradamente a Betsaida y, con emoción incontenible, dijo a su hermano: “Hemos hallado al Mesías...”. Y no cabe duda, que a continuación le hizo la descripción de su persona, recalcando, tal vez, la nota simpática de su amabilidad, bondad y sencillez, su humildísima vivienda y todo lo sucedido a él y a su amigo Juan. Bastó poco para que este hermano se entusiasmara, dado su temperamento impresionable y arrojado; y ambos volvieron a Jesús, que los recibió tan amable y cariñoso, y, fijando los ojos en Pedro, díjole: “Tú eres Simón, hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro o piedra”.

¡Llevar almas a Jesús! ¡Convertir la *chocita* solitaria de Jesús en concurrida morada de buenos amigos del Rey de Amor!, ¡qué obra tan soberana y divina es ésta!

Si las hermanitas amaran de veras a Jesús, ¡con qué ardor buscarían hermanas y amigas para empujarlas hacia Él, describiéndoles, a través del Evangelio, los rasgos atrayentes de su bondad, humildad, asequibilidad y sencillez!

Si la hermanita amara la *chocita* de su “retiro”, ¡qué solícita trabajaría en llevar allá, del tráfago mundanal, a las almas buenas que viven en peligro!

¡Cuántas veces el principio de una gran vocación está en una simple insinuación, que con elevado interés hace un alma apóstol!

¡San Pedro! ¡La suprema figura de la Iglesia, sucesor inmediato de Jesús y fundamental piedra de su Iglesia! Y la primera insinuación de su vocación se la hace un hermano suyo.

¡Hermanita! Llénate de Jesús, rebose de su amor tu corazón virginal y por fuerza sentirás como una necesidad de buscarle amigos y seguidores; serás apóstol de aquellas que Dios quiere para la Alianza.

PUNTO II.- “Sígueme...”

Lo mismo que Andrés había conquistado a su hermano Pedro, habíalo hecho Juan con su hermano Santiago. Y ya eran cuatro los que estaban resueltos a seguir a Jesús. Y a la mañana siguiente, tal vez, despidiéndose del Bautista, abandonaron la humilde tienda, que parece un segundo Belén al principio de la vida pública del Maestro, y se encaminaron hacia Galilea.

¡Jesús con cuatro amigos...! ¡Ya no está sólo!, ¡qué buena compañía!, ¡qué alegre mañana aquella!, ¡cómo le rodean, cómo le

escuchan, cómo le preguntan, qué amena e interesante conversación...!

¡Síguelos, hermanita...!

Un hombre, al borde del camino, los mira con interés; es Felipe, probablemente conocido de los cuatro, también él de Betsaida. Cuando estuvieron cerca de él, vuélvese Jesús y dícele, sin más, “Sígueme”. ¡Oh! Con mirada divina había visto las disposiciones de aquella buena alma. Jesús le llama. Felipe siente la gracia de la vocación y, sin pedirle tiempo ni tregua, se une al grupo y sigue a Jesús generosamente.

Aquí no es un apóstol el que conquista a un alma para Jesús, sino que Él mismo, directa e inmediatamente, la llama con fuerza soberana. ¡Dichosas las almas tan bien dispuestas, que merecen oír de labios del divino Maestro la voz de su llamamiento!

—

¡Oh, hermanita! Es un apóstol algunas veces el que insinúa este llamamiento a las almas; otras veces es un libro, es una amiga, es un acontecimiento, es una cruz... Pero hay casos, tal vez bastante más frecuentes que lo que pensamos nosotros, en que es Él, el mismo Señor quien se acerca al borde de nuestro camino y en el fondo de nuestra alma deja oír su voz amorosa, diciéndonos: “Sígueme”. Y si no lo hace más veces, no es porque Él no quiera hacerlo, sino porque las almas no se disponen a oír su voz.

La oración recogida, las intimidades de la fervorosa Comunión, el coloquio amoroso junto al Sagrario, la soledad en el abrazo de mi Cristo de la Alianza, son momentos preferidos de Jesús para llegarse al alma y Él, directamente, si intermediario alguno, con el sople de su divino Espíritu, dice con fuerza sobrenatural: “Sígueme”.

Y este “sígueme” es algunas veces una nueva vocación, un llamamiento a tal o cual clase de vida, y otras veces lo es simplemente a un cambio de postura en la misma vocación.

“Sígueme” con paso más ligero, más apresurado, más decidido... “Sígueme” más de cerca, más unida, más íntima a Mí... “Sígueme” más desprendida, más desasida, más apartada del borde de la senda, menos distraída con las florecillas del camino... “Sígueme” más fervorosa, más espiritual, más generosa, con más amor, con más arrojo... ¡Hermanita!, ¿no has sentido alguna vez estos llamamientos?

PUNTO III.- Natanael

Caminaban en animada conversación el Maestro y los cinco discípulos, y, de pronto, otro hombre se pone al borde del camino, curioseando aquella pequeña patrulla que avanza. Era Natanael, natural de Caná de Galilea y conocido de Felipe. Este se acerca a él y le dice: “Aquél de quien escribió Moisés en la Ley y a quien han anunciado los profetas, lo hemos hallado: es Jesús, hijo de José, de Nazaret”. Natanael, no sin cierta extrañeza, le replica: “¿De Nazaret puede salir cosa buena?”. “Ven y ve” fue la respuesta de Felipe, y le acercó a Jesús.

Jesús, en cuanto le tuvo a su lado, dijo estas palabras: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez alguna”. Sorprendido Natanael, le dice: “¿De dónde me conoces?”, y dícele Jesús: “Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi”. Y al momento, Natanael hace esta sincera y franca confesión de fe: “Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”.

Notable es este cambio tan brusco. Poco satisfactoria fue, en verdad, la primera impresión que le causó la presencia de Jesús. Él, hijo de José, a quien tal vez conoció como un modesto artesano de Nazaret... ¡humilde alcuernia para un Mesías anunciado siglos atrás por los profetas...!

He ahí Jesús visto por su aspecto exterior, con mirada puramente humana...

¡Cuántos lo han mirado así y lo miran todavía hoy, hasta entre los que se llaman creyentes! ¡Un Jesús despreciable, simple, infantil...!

Bastó, sin embargo, un insignificante rasgo de su divinidad, para que, iluminándose aquella inteligencia con luz sobrenatural, confesara francamente: “Tú eres Hijo de Dios”.

—

¡Hermanita!, ¡qué distinta es la concepción e idea que se forjan de Jesús los que no están iluminados por la luz de la fe y aquellos que han recibido el gran beneficio de esta clara luz sobrenatural!

¡Qué distinto es un Jesús meramente histórico y científico, de un Jesús *evangélico*! ¡Hermanita!, ¿qué idea tienes tú de Jesús...?

Un alma dispuesta, franca y sin prejuicios era Natanael y pronto iluminó su interior la luz divina que entró en su espíritu.

Era un israelita sin doblez..., ¡magnífica alabanza en los labios del divino Maestro!

¡Oh, hermanita! De ti y de cada una de tus amiguitas debe decirse esta expresión evangélica de justa alabanza: “He ahí una hermanita sin doblez, sin fingimiento, sin hipocresía; hermanita sincera, sencilla, ingenua, clara, veraz...”

¿Diría Jesús esto de ti? ¿Lo dirán tus Directores? ¿Lo dirán tus hermanitas? ¿Lo dirá tu conciencia?

—

7. Bodas de Caná

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: donde se hallaba la madre de Jesús. Fue también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos. (*Joan. II, 1, 2*).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Jesús humilde! ¡Oh, Virgen prudente! ¡Cómo nos enseñáis a salvar y sortear delicadamente los compromisos sociales en la vida pública...! ¡Qué ejemplo el tuyo, Madre querida...! Ocupada humildemente en los preparativos de una boda de amigos o allegados, cumpliendo los oficios de una sencilla sirvienta, atenta a todo, dispuesta a todo, prefiriendo los oficios más bajos y humildes, embalsamando el ambiente de aquel hogar con encantadoras virtudes de humildad, pureza, obediencia, caridad, mortificación...!*

¡Oh, Madre y Virgen encantadora!, ¡qué bien me está a mí ésta tu conducta...! ¡Yo que, como Tú, me encuentro con harta frecuencia en semejantes compromisos... Y me es necesario recordar estos pasajes de tu vida, para copiar de Ti las lecciones que he de practicar...!

Y en el hogar perfumado por tu Madre, Jesús mío, Tú entras sin reparo alguno y te sientas a la mesa de los convidados a una boda... ¡Oh, Señor! Mi misión en la Alianza es prepararte con mi conducta, en mi virginidad, la entrada en lugares que, previamente, requieren la presencia de una virgen...

¡Oh, Jesús! ¡Oh, Virgen! Haced que yo cumpla bien esta misión en la Alianza.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- “Estaba allí la Madre de Jesús

Tal vez, cuando Jesús se despidió de Nazaret y de su amado rincón, María, su dulce Madre, no quiso quedarse sola y, levantando la modesta casita, buscó la compañía de algunos parientes y conocidos.

Es lo cierto que, al cabo de dos meses aproximadamente, la Escritura nos la descubre en el vecino pueblo de Caná, en casa de gente muy amiga y probablemente parientes.

La ocasión de celebrarse una boda en aquella familia nos ofrece en María rasgos de admiración y de imitación.

Veámoslos:

Un acontecimiento de esta naturaleza fácilmente saca a una familia de su habitual ritmo en la vida cotidiana. Los preparativos de una boda, conforme a las costumbres de aquellos tiempos entre los judíos, eran muy considerables; esta fiesta familiar duraba como quiera dos o tres días, y hasta siete algunas veces.

Contemplemos a la Virgen Nazarena, solícita y hacendosa, cooperando con los demás y llevando quizás el peso de todo el trabajo en aquel extraordinario suceso.

Vedla allí, una vez más, convertida en mujercita de casa, ocupada desde la mañana hasta la noche en toda clase de quehaceres, sin rechazar ninguna labor, por humillante y desproporcionada e inconveniente que fuera a su condición y estado sublime de Virgen y Madre de Dios. A todo se ofrece, a todo asiste, en todo ayuda, de todo se preocupa; ya con los padres, ya con los esposos, ya con los criados.

¡Ella, la Madre de Jesús, la Madre de Dios, la escogida de Dios, la preservada de Dios! ¡Ella, el prodigio de la creación, el

milagro de la gracia, la llena de gracia, la llena del Santo Espíritu, la llena de dones y virtudes y bellezas y riquezas sobrenaturales...! ¡Ella, la Reina de las Vírgenes y virgen por antonomasia! ¡Ella, ocupada en los menesteres de una boda...!

¡Oh, hermanita! No siempre andará a tono tu carácter de hermanita el oficio humilde a que la necesidad o la obediencia te forzaron alguna vez. Como hija del hogar, obrera en una fábrica, empleada en un oficio, sirvienta de amos poco comprensivos, habrás de humillarte a menesteres harto impropios de un alma que en la pureza virginal ha hecho profesión de amor al Divino Esposo, que se apacienta entre azucenas; entonces, acuérdate de tu Reina y Señora, la Virgen sin mancha, sirviendo en circunstancias tan impropias y tan humildes para su condición y dignidad.

PUNTO II.- Jesús convidado

De 80 a 90 kilómetros hubieron de recorrer Jesús y sus discípulos desde las riberas del Jordán, por Galilea, hasta el pueblo de Caná, situado a unos 6 kilómetros de Nazaret.

Estando, pues, allí la Madre de Jesús, anunciaron la llegada del Hijo, a quien invitaron a quedarse con sus discípulos, bien necesitados de descanso después de tres días de largas jornadas.

Aceptó, pues, la invitación y entró con sus buenos amigos a la fiesta.

Una boda, una alegre fiesta de familia, fiesta de aparato y de días, con las expansiones propias y explicables en tales actos.

Y Jesús, sin poner reparo alguno, acepta la invitación a una ceremonia, al parecer tan impropia de su persona.

Pero allí estaba la Madre... y, ¿qué inconveniente hay en que esté el Hijo, allí donde está su Madre? María vino al mundo a

preparar una morada digna del Hijo de Dios. Y María preparó morada a su Hijo en una cueva de Belén, en el destierro de Egipto y en la modesta casita de Caná, aun cuando las circunstancias no fueran tan favorables en aquel momento.

Por eso, parece que el Evangelio ha querido adelantar este detalle en su narración, diciendo: “Estaba allí la Madre de Jesús”.

Y Jesús está bien, está satisfecho, allí donde está su Madre; al amparo de la Madre está muy bien el Hijo.

—

¡Magnífica enseñanza para ti, hermanita amada...!

¡Cuántas veces, en lugares muy impropios e inadecuados para Jesús, puedes tú, adelantándote, preparar un buen recibimiento y una digna morada a su divina Persona!

Es esta una misión especial, delicada, propia y que entra de lleno en los fines de la Alianza.

Ved ese taller, esa fábrica, esa oficina, esa escuela, esa casa..., por donde, quizás, más de una vez ha pasado Jesús de largo y volviendo con indignación al otro lado su rostro divino... Y ahora, desde que allí ha entrado, por necesidad, por deber, por obediencia, la hermanita de la Alianza, ella, con la dignidad de su presencia, con el perfume de sus virtudes, con la blancura de su pureza virginal, con el atractivo de su modestia, con el fuego de su amor, con el celo de su caridad, con la elevación de su fervorosa oración silenciosa, ha convertido aquel lugar, manchado quizá muchas veces con graves ofensas de Dios, en dulce morada para Jesús, su Amado.

¡Qué bien, pues, podemos aplicar a una hermanita de la Alianza esta bella frase del Evangelio: “Estaba allí la Madre de Jesús”! ¡Allí, en la fábrica, en la cocina, en un puesto, en el campo... estaba la Madre..., la hermanita, la aliada de Jesús!

Con tal que la hermanita sepa cumplir el oficio que la Madre hizo con su Hijo, imitándola en todo lo que Ella era imitable, en su

pureza, en su humildad, en su recogimiento, en su gracia y vida sobrenatural, en su intimidad con Jesús, en su amor, en su celo, para ser siquiera en miniatura, imagen la más perfecta posible de Ella.

PUNTO III.- Jesús en el convite

Es hora; y Jesús, con los demás, se sienta a la mesa. Contemplemos este magnífico cuadro también.

Medio recostados en sus divanes, según costumbre de aquellos tiempos, los convidados han ocupado sus puestos. No es Jesús el que preside, ya que expresamente el Evangelio cita a otro con su nombre de maestresala o rey del convite.

Jesús es, pues, uno de tantos, un convidado entre los demás convidados. Nadie se da cuenta de Él; es el hijo de María y, como María es allí una humilde mujercita que sirve a todos y atiende a todos, de la talla de la Madre es también el Hijo; tan humilde y sencillo Jesús comiendo, como su Madre sirviendo.

¡Oh, hermanita!, ¡qué sublime esta humildad! Mira allí a Jesús completamente equiparado con los demás; nadie le distingue. Come, bebe, habla y da lugar a una sana y honesta expansión, evitando toda distinción. Es un simpático convidado, que se hace a las circunstancias en un momento harto comprometido y difícil. Ni excesivamente serio, ni pasando los límites de una discreta alegría, busca el medio y practica la virtud en grado asequible; bondad, amabilidad, sencillez, prudencia... Es cariñoso, comunicativo, simpático, atrayente; pero modesto, grave, atento, mesurado...

Conversa con todos, da interés y comunica sus impresiones sin petulancia. Como y bebe sin alardear de mortificado, pero practicando con llaneza la virtud de la templanza...

Mírale, hermanita, recostado en un diván en dulcísima fraternidad; alegre, con alegría franca y sana; solazándose

honestamente a tono con el ambiente propio de un ágape familiar, entre gente llana y conocida...

¡Oh! ¡Y es Jesús! ¡Es el Hijo de Dios, el Verbo del Padre, por quien son hechas todas las cosas, ante quien tiemblan las jerarquías angélicas y a cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos!

¡Oh, qué misterio!, ¡qué humillación!, ¡hasta qué extremos ha bajado el Señor para buscar al hombre! Jesús es el camino, y para todos los pasos de la vida del hombre Él se constituye en modelo y ejemplar; no hay situación en los caminos de la vida donde Jesús no vaya por delante, enseñándonos a andar con magnífica perfección...

—

¡Oh, hermanita! También tú eres un alma consagrada a Dios, que llevas dentro de tu corazón un gran secreto que el mundo desconoce. No lo descubras, mientras la voluntad de Dios no te lo ordene. Y entre tanto, pasa con soberana humildad por todas las situaciones que la voluntad de Dios quiera señalarte en tu vida, sin rechazar ni desdeñar hasta las más humillantes, siendo en todo y siempre modelo perfecto y ejemplar acabado y vivo, como Jesús y María. Sé tú el camino y camina delante, a fin de que los que te siguen, sigan tus pasos y los den como tú.

—

8. El primer milagro

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Y como viniese a faltar el vino, dijo a Jesús su Madre: “No tienen vino”. Respondióle Jesús: “Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Dijo entonces su Madre a los sirvientes: “Haced lo que él os dirá”. Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas a las purificaciones de los judíos: en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Dijoles Jesús: “Llenad de agua aquellas hidrias”. Y llenáronlas hasta arriba. Díceles después Jesús: “Sacad ahora *en algún vaso*, y llevadlo al maestresala”. Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era, bien que lo sabían los sirvientes que lo habían sacado, llamó al esposo y le dijo: “Todos sirven al principio el vino mejor; y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción, sacan el más flojo: tú al contrario has reservado el buen vino para lo último”. Así en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron más en Él. (*Joan. II, 3-10*).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Jesús mío! ¡Tú no puedes olvidar nunca la Alianza, porque es cosa que te la ha pedido tu Madre, ni tampoco a mí en la Obra, porque soy regalo de tu Madre para Ti...!*

Ella se ocupa de mí, como un día de los apurados esposos de Caná... Y como mi pobre alma muchas veces se encuentra sin vino, Ella se te adelanta, diciendo: “No tiene vino esta mi pobre hija...”

Si la Alianza tiene reservas de buen vino, obra es de tu inmensa bondad, porque, a ruegos de tu Madre, del agua de nuestras ánforas sacas el añejo y sobrenatural vino de la gracia y del amor...

¡Señor!, y ¿cómo es que yo, con todo, muchas veces me encuentro sin este sabroso vino...? Yo sé que mi Madre lo pide, sé también que Tú tienes poder y querer para embriagarme en tus celestiales dulzuras... ¿Qué me falta...? ¡Ay, ya lo sé, Señor!, tu sierva es perezosa; Tú me mandas

llenar mi ánfora del agua de mis obras, de mis esfuerzos, de mis sacrificios, de mis deberes y oficios...

¡Señor!, no te pido el rico vino...; te lo pide la Virgen... Yo te pido que me ayudes a llenar hasta el borde mi pobre alma, de lo que soy capaz... de agua... Lo demás...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- “No tienen vino...”

La alegre fiesta de aquella buena familia iba a tener al final un contratiempo lamentable.

Parece que los recién casados eran de condición humilde y, antes de acabar el convite, faltóles el vino. Humillante y bochornoso era el contratiempo, y seguramente, en cuanto de ello se dieron cuenta, trataron de remediarlo por medios que la prudencia les dictara en aquellos apurados momentos. Todo falló; y entonces, la Virgen compasiva, haciendo suyo el dolor de aquellos amigos o parientes, cree un deber advertírsele a su Hijo, considerándolo suficiente razón para recurrir a un prodigio.

No nos consta que María hubiese visto a su Hijo salir de su esfera humana, a pesar de muchos trances difíciles y apurados que hubieron de pasar en el transcurso de sus treinta años. Las cosas siempre se remediaron de un modo natural y humano. Pero esta vez la Madre solicita una gracia extraordinaria, efecto inmediato del poder omnipotente de su Hijo; pues no le sufría el corazón que los esposos se llevasen aquella humillación.

Y llamándole aparte o acercándose con disimulo al puesto que ocupaba, con toda la ternura de Madre, con interés y confianza, díjole sencillamente: “No tienen vino”.

Esta humilde súplica recuerda aquel otro recado que las hermanas de Lázaro enviaron al Maestro: “Señor, aquél a quien tú amas está enfermo...”. En ambos casos se pedía con confianza un prodigio de la diestra del Señor...

Jesús miró a su Madre, diciendo: “Señora, ¿qué nos va de eso a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora...”. Aparentemente, parece hallarse en estas palabras una repulsa disimulada... Aun cuando haya sido así, la Virgen confía y cree en el poder de su Hijo y en el amor y compasión de su bondadoso Corazón, y dirigiéndose a los criados, les dice: “Haced todo lo que Él os diga”.

—

¡Qué admirable se descubre aquí la intercesión y mediación de María Santísima!

Jesús no necesitaba que alguien le manifestase aquella apurada situación de sus amigos; lo veía todo perfectamente. Sin embargo, no quiso mostrar ningún interés en remediarlo hasta que su Madre interviniera y con su súplica confiada e interesada mereciera una gracia especial para aquella familia.

¡Hermanita! ¿No te has fijado que en la Alianza todo va a Jesús por María? Tú y tus asuntos todos los has de dirigir siempre por tu Madre a Jesús...

Pero atiende a otro pensamiento. ¿Ves cómo más tarde las hermanas de Lázaro hicieron con su Maestro lo que aquí la Madre?

Y ¿qué es una hermanita en su parroquia, en su taller, en la calle, en el hogar, sino lo que María en Caná y las hermanas de Lázaro en Betania? ¿No eres tú —o debes serlo— una miniatura de María? ¿Crees en el poder de un alma virgen junto a la puerta del Sagrario? ¿Sabes tú llegar al Maestro divino con aquella confianza y sencillez, a pedir “vino” para las almas?

¡Oh, si en el mundo hubiera muchas vírgenes mediadoras...!

PUNTO II.- Llenad de agua las ánforas

Parece que Jesús no dio entonces importancia a aquella petición. Cortés y respetuosamente contestó a su Madre, y todas las cosas quedaron como antes. Pero no; el Corazón de Jesús era y es demasiado compasivo para poderse quedar insensible ante una necesidad tan apremiante, y más acompañándole la recomendación tan eficaz de su querida Madre.

De improviso, pues, Jesús llegó a los criados y les dijo: “Llenad de agua las ánforas”. Y seis grandes vasijas, que en conjunto cabrían unos 500 litros de agua, se llenaron hasta los bordes. Momentos después díceles Jesús: “Sacad ahora y llevadlo al maestresala”. Y cuando éste hubo probado, vio que era un vino excelente, de que públicamente dio testimonio, diciendo al recién casado: “Todo hombre sirve primero el buen vino y, después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; más tú has guardado el bueno vino hasta ahora”.

Una circunstancia que a los nuevos esposos venía a originarles una bochornosa humillación, Jesús quiso trocarla en motivo de honra y aprecio para ellos.

¡Rasgo sublime de bondad, de compasión y de generosidad del buen Jesús, que se destacó en medio del regocijo con que se ha celebrado aquella fiesta de hogar...!

—

Aprendamos, hermanita, una provechosa lección: Unos criados vienen cargados de agua para cumplir la orden que ha dado Jesús de llenar las ánforas. Y la cumplen perfectamente, llenándolas hasta el borde...

Hecho lo cual, Jesús, por virtud divina y omnipotente, convierte esa agua en vino.

Y ocurre preguntar: ¿no pudo hacer Jesús que aquellas ánforas vacías, sin la cooperación de ningún criado, por divina virtud, se llenaran inmediatamente de vino exquisito? ¿Quién lo duda?

Sin embargo, aquí quiso el Señor que el hombre obrase cuanto el poder del hombre puede obrar, que era llenarlas de agua, y, después que el hombre hubo hecho lo que él pudo hacer, entró Dios para completar su obra.

¡Oh! ¡Cuántas almas están vacías del todo, a pesar de dar voces a Dios para que las llene de vino! ¡Todo lo esperan de Dios y se quejan de que no se lo da...! ¡Ah, infelices!, ¡quisieran llenar el vacío de su alma y santificarse, casi milagrosamente, sin prestar su cooperación personal!

¡Hermanitas! No basta con que seáis de Jesús y que Jesús esté entre vosotras, para que nunca os falte el vino... Puede faltar, y de hecho faltará, y vuestra alma estará sin vino, hasta tanto que con vuestro personal esfuerzo la llenéis de agua... de aquellas obras y ejercicios, que sin milagro podéis practicar...

Entonces, Jesús..., del agua de esas obras sacará exquisito vino embriagador para vuestros corazones...

PUNTO III.- El vino sobrenatural

El secreto del nuevo vino ha durado unos momentos nada más; los criados, testigos del prodigio, confiesan de plano el hecho con todos sus detalles...

Jesús, que hasta entonces era mirado como un simple convidado, comienza a ser considerado con admiración y asombro, con respeto y veneración.

¿Quién será Él...? “La primera señal con que ha manifestado su gloria...” Este es el primer milagro, a través del cual se descubre

la divinidad de aquel buen “hijo de José de Nazaret”. Un día le conocieron los de Emaús en la fracción del pan; ahora le han conocido los de Caná en la conversión del vino.

Y “los discípulos creyeron en Él”, y seguramente con los discípulos creyeron también los comensales y toda la casa.

San Juan que narra este precioso episodio, nos ha ocultado el epílogo de aquella fiesta, que tal vez era difícil describirlo en toda su viveza y realidad.

¡Cuál sería la impresión del mismo Juan, que lo ha ocultado!, ¡cuál la emoción enorme de Pedro! ¿Qué dirá ahora Natanael, el cual antes, por un simple detalle, confesó la divinidad del Maestro? ¡Oh, todos vieron la gloria de Jesús y creyeron más firmemente en Él...!

¡Prodigioso vino, que ha dado motivo para que Jesús sea revelado en la intimidad fraternal de un delicioso ágape!

—

¡Oh, hermanita amada! Insistamos. Cuando tú, con todo el fervor de tu espíritu, con constancia y perseverancia, con elevada y recta intención trabajas en llenar tu corazón con el asiduo ejercicio de las virtudes propias de la Alianza, con prácticas santas de piedad, con actos de celo, con constante vencimiento y mortificación, etc.; aun cuando todo eso, como obra tuya, no pase muchas veces de ser mera *agua natural*, puedes con humildad esperar el prodigio de su conversión en *vino sabroso y sobrenatural*, mediante el cual Jesús manifestará a tu alma el secreto de su gloria, de su belleza, de su amor.

Nunca te contentes con decir: “Jesús, *no tengo vino*; me falta el sabroso vino de la devoción, del recogimiento, de la unción divina, de la interior consolación, del amor sobrenatural...”; si, al mismo tiempo, no trabajas por vaciar y limpiar y llenar de nuevo el ánfora de tu alma.

Llénala, y llénala hasta el borde de tu alma, siquiera con agua limpia de aljibe, con ejercicio costoso de oración y mortificación... Y, cuando menos lo pienses, esa agua Jesús la convertirá en vino...

Y verás la gloria de tu Amado, y creerás más firmemente en Él, y gozarás de las intimidades de su divino amor.

—

9. En Cafarnaún

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Después de esto, pasó a Cafarnaún con su Madre, sus hermanos (o parientes), y sus discípulos, en donde se detuvieron pocos días. (*Joan. II, 12-13*).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Un milagro...! Es el primero que obra Jesús a ruegos de su Madre... En medio de modestos comensales vas a manifestar tu gloria... Y aquellos hombres que, por puro atractivo natural, por bondad y doctrina celestial, fueron un día conquistados para Ti, ahora, en presencia del portento, creyeron con más fe...*

Hace ya dos mil años que no cesas de hacer prodigios en la Iglesia y en las almas y ¿cómo es, Señor, que yo ando tan débil y tan fría en la fe...?

¡Dichosa jornada la que emprendes de Caná a Cafarnaún en compañía tan grata y animada...! En alas de la fe, contigo y tu Madre, entre hermanos y amigos, ¿qué son ocho horas de caminata...? Señor, ¿no es tu mansión y la de tu Madre la Alianza? Y en ella ¿no es tu mansión un alma virginal? ¿Qué jornada me podrá ser difícil, si camino contigo y con tu Madre y entre hermanitas y amigas que te siguen...?

Señor, confírmame en la fe... Que en medio del mundo, me acompañe tu presencia íntima y la de mi Santísima Madre. ¡Oh, Jesús!, ¡que no me desvíe de tan dulce compañía...!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Intimidades del viaje

A seis kilómetros de su pueblo, Nazaret, estaba Jesús; pero no quiso por entonces llegarse allí, sino que tomó el camino hacia Cafarnaún.

En compañía de su Madre, sus primos y discípulos, salió de Caná para recorrer en una sola jornada las siete u ocho horas de distancia que había entre estos dos pueblos.

Una caravana de ocho a diez personas, en animada conversación, caminan sin dar señales de fatiga.

Jesús ya no es para ellos, lo que tal vez en un principio se creyeron. Había manifestado espléndidamente su gloria, y ellos creyeron firmemente en Él y firmes estaban todos en seguirle...

Unas veces con Él mismo, otras veces con María, con quien tal vez entonces, por vez primera, tenían la suerte de conversar en la intimidad, otras veces entre ellos entre sí, iban comentando el gran suceso del que habían sido testigos oculares.

Sería interesante en extremo pulsar en cada uno de ellos su fervor, su entusiasmo, su generosidad de corazón. No asustaba a nadie la incomodidad y lo largo de la jornada.

¡Oh! “¡Creyeron en Él...!” La fe fortaleció su ánimo. ¡Qué dicha, qué gloria poder seguir al Maestro...!

Y, a pesar de haber mostrado su gloria, Jesús para ellos sigue siendo tan llano, tan sencillo, tan ameno, tan amigo. El resplandor de su divinidad, manifestada en el milagro, no cambió su condición amable, humana y atrayente del “Hijo del hombre”.

¡Era Dios y era hombre! Y ¡qué Dios!, y ¡qué hombre! Y casi se quería mostrar más hombre que Dios. Con la fe veían a Dios, con los ojos veían al hombre.

¡Oh, hermanita! ¡Caminar con Jesús y María!, ¡qué dicha! ¡Caminar de Caná a Cafarnaún; caminar a la Alianza; caminar a la perfección; caminar al Cielo...! He ahí tu carrera; hermanita, ahí andas. Te acompaña la Madre de Jesús, y el mismo Jesús va contigo.

Largo es el camino, cierto, como lo es tu vida, y es áspero y dificultoso y a muchas almas asusta. El sacrificio constante y la mortificación y vencimiento continuos lo sombrean y lo oscurecen... ¿Dónde está el secreto de caminar sin temor ni cobardías? ¡Oh! ¡Crear en Jesús, creer en su amor!

Con un solo milagro reveló Jesús ante los ojos de sus discípulos los encantos de su divino Corazón, y esto bastó para que aquellos hombres le siguieran sin desmayos.

¿Todo un Evangelio de maravillas no te basta a ti, para que veas toda la grandeza y belleza de Jesús... y creas en Él?

¡Oh, si el mundo llegase a descubrir un poco la gloria de Jesús! ¡Oh, si el mundo creyese en Él! ¿Ves cómo han creído esos innumerables mártires, tus hermanos, cuya sangre todavía está caliente en el suelo español? La fe les ha dado energía y valor para seguir a Jesús a la cárcel y al sacrificio.

¡Adelante, hermanita! ¡A las alturas de la santidad...! ¡A las alturas del Cielo...! ¡Oh!, ¿qué están lejos? ¿Y tienes fe? ¿Crees en Jesús...?

PUNTO II.- La casa de Simón Pedro

Después de aquella deliciosa jornada, llegaron a Cafarnaún. El Evangelio es parco en detallarnos los hechos de esta primera estancia de tres o cuatro días, a lo más, de Jesús en Cafarnaún.

Simón Pedro, a la sazón, vivía casado en aquella ciudad, y su casa fue muy probablemente la tranquila morada de Jesús, ya entonces, ya también después en las muchas ocasiones en que había de ejercer allí su ministerio evangélico.

No hay por qué ponderar el recibimiento que este su amado discípulo haría al divino Maestro. Pedro, que aún tenía vivo el recuerdo de la gran escena de la casa de Caná, comprendía perfectamente el honor inmerecido que le hacía Jesús hospedándose en su casa. Aquel, que, en otra ocasión y a la luz de otro prodigio, se postró a sus pies y con humildad sublime le dijo: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador”, ¿qué hará Simón Pedro? ¡Con qué afán, con qué solicitud dispondría todo cuanto en casa hubiera, dentro de su pobreza! Personas, muebles, objetos, atenciones, todo, todo sería para Jesús.

Marta andará solícita un día para preparar digno hospedaje a su Maestro; más ni ella ganará en generosidad, solicitud y amor al gran pescador de Galilea. Pobre era en verdad pero rico en generosidad y buena voluntad, que lo dio todo y lo puso todo al servicio de su Maestro Jesús.

Y ¡cómo gozaría el Corazón de Jesús al ver aquella disposición admirable de su futuro Primado!

—

¡Hermanita! En medio de un agitado Cafarnaún —o como quieras llamarlo— Jesús ha escogido, para morada de su divino Corazón, a la hermanita de la Alianza.

Como casita de pescador será tal vez esa humilde aliada; pero Jesús se ha fijado en la generosidad franca de ese... Simón Pedro, que da todo lo que posee.

¡Oh, sí, hermanita! Es cierto; tú eres la casita amada para Jesús, en medio de un mundo soberbio y revoltoso.

En medio de tu alma ha manifestado Jesús su gloria; la has visto o sentido íntimamente, entre prodigios de bondad y de misericordia, que Él ha obrado contigo. Y tú has creído en Él; has creído en su amor y has resuelto seguirle. Morada de Jesús eres en el mundo.

Pero, dime: ¿sientes todo lo que sintió Simón Pedro, cuando su Maestro tomó posesión de su modesta casita? ¿Eres generosa? ¿Es suyo todo lo tuyo? ¿Guardas algo para el “yo”?

Tus sentidos, tus potencias, tus afectos, todo tu corazón, tus intereses, tus talentos, tus obras, todo, todo..., ¿lo has dado a Jesús?

¿Es Jesús el dueño absoluto de tu casa...? Y ¿cómo se lo has dado?, ¿alquilado tal vez y con usura? ¡Oh, no! ¡En propiedad, Señor, y gratis con puro amor!

PUNTO III.- Jesús se revela

El Evangelio nos ha llamado lo que Jesús hizo en aquella ciudad, en los pocos días que por entonces estuvo allí. De otros pasajes se colige que, de hecho, Jesús en aquellos días predicó e hizo algunos prodigios.

Mientras Él se hospedaba en la casita de Simón Pedro, los demás discípulos, de los cuales algunos eran de allí, dieron la noticia de la persona del Mesías y de su llegada, lo cual fácilmente pudo despertar la natural ansiedad o curiosidad de verle y oírle.

Salió, pues, de aquella tranquila morada y dio principio a la predicación de su celestial doctrina, que confirmaba con milagros.

Cafarnaún comienza a ser, desde aquel momento, el teatro de las más estupendas gracias y prodigios que Jesús irá prodigando durante sus tres años de vida pública. ¡Oh, si la desgraciada y desventurada ciudad hubiera sabido aprovecharse, para su bien, de tanta misericordia y predilección señalada por su Salvador! ¡Temamos los juicios de Dios! Las ciudades, que más abundantemente recibieron los extraordinarios favores de su Redentor, fueron Cafarnaún y Jerusalén, y ¡oh, desventura!, las dos fueron destruidas por la ira de Dios.

“¡Oh, Cafarnaún... -dirá un día Jesús sobre esta orgullosa ciudad- tú, ahora ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás sumergida!” (Luc. X).

Hoy, a punto fijo, no se sabe ni el lugar de su emplazamiento. La maldición de Jesucristo la sumergió en el abismo, sin dejar rastro de ella.

¡Oh, hermanita! Desde la casita de Pedro se manifestó Jesús a la ciudad de Cafarnaún; desde aquella morada se dio a las gentes, desde allí habló a las muchedumbres, desde allí hizo tal vez sus primeras conquistas...

Desde la casita, desde la dulce morada, desde el corazón virginal de la hermanita se manifestará Jesús en una fábrica, en un taller, en una escuela, en el hogar. Desde un corazón que le pertenece, llama a las almas, hace conquistas gloriosas...

Un alma endiosada es morada de Dios; un alma, morada de Dios, lleva a Dios y da a Dios... ¡Oh, si lo que tenemos la misión de dar a Dios, fuéramos moradas de Dios...! ¿Cómo daremos a Dios, si no le llevamos?

¡Hermanita! Sé casita de Dios, templo de Dios, y Dios se dará a las almas que te rodean. He aquí la eficacia de nuestro gran apostolado. No hablemos de Dios, si no llevamos a Dios.

Es estéril el apostolado de las almas vacías y estériles; sólo “suenan como el bronce y hacen ruido como la campana” (San Pablo, I Cor. XII, 1).

¡Hermanita! Cree en Jesús, sigue a Jesús, unida a Jesús, en intimidad con Él, dale tu casa, toda tu casa, toda ¿lo entiendes?, toda. ¡Viva Jesús en... tu corazón! Y desde ahí, Jesús se dará al mundo.

—

10. Los profanadores del Templo

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Estaba ya cerca la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontrando en el Templo gentes que vendían sus bueyes, y ovejas, y palomas, y cambistas sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó a todos del templo, junto con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y hasta a los que vendían palomas, les dijo: “Quitad eso de aquí, y no queráis hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico”. Entonces se acordaron los discípulos que está escrito: El celo de tu casa me tiene consumido.

(Joan. II, 13-17)

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Señor! ¡Qué contrastes veo en el principio de tu vida pública! Entre la caravana de peregrinos que van a celebrar la Pascua en Jerusalén, alternas amigablemente con todos. Admiro tu sencillez, tu simpatía, tu amena y comunicativa amistad. ¡Qué buen amigo de viaje serías en aquellas largas jornadas! ¡Cuántas conquistas hubiste de hacer antes de llegar a la Ciudad Santa...!*

Y apenas has pasado los umbrales del suntuoso Templo, la indignación comienza a manifestarse en tu rostro... No puedes disimular la ofensa que se hace a Padre Santísimo con la profanación del lugar santo... Ocultase la encantadora atracción y simpatía de tu Humanidad y en aquel tu rostro asoma la mirada de un Dios ofendido..., y en un instante, como al soplo de un espantoso huracán, vuelcas aquel tinglado de traficantes, con efectos de catástrofe...

¡Oh, Señor! La inocencia y la santidad te cautivan, te atraen, te conquistan y te roban el corazón... El pecado, la ofensa contra tu Padre y contra Ti, irrita y provoca tu justicia...

*¡Oh, Señor! Reconozco mi misericordia..., me humillo y temo...
Admiro también tu misericordia...; me acojo a ella y confío...*

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús se revela en Jerusalén

Iniciada nada más la vida pública de Jesús en Cafarnaún, llegó la festividad de la Pascua y quiso Él asistir a la solemnidad, como lo había hecho muchas veces en compañía de sus padres.

Suspendió, pues, su apostolado en Cafarnaún y agregóse, con sus discípulos, a una de las muchas caravanas que, con el mismo objeto, se dirigían a Jerusalén.

Nuevo motivo de admirar la sencillez y asequibilidad del Maestro divino en aquellas largas jornadas, durante días, con sus amados discípulos, entre gente sencilla y piadosa, en general.

¡Qué rasgos de humildad, de mansedumbre, de bondad, de amabilidad, de simpatía, de atracción! ¡Qué buen *amigo de viaje* era Jesús... y lo es hoy!

Es de suponer que, durante el trayecto, hizo sus conquistas entre la muchedumbre y que, al llegar a la ciudad de Jerusalén, tenía a su lado muchos y entusiastas seguidores.

Estos pudieron abrirle ventajosamente el camino para revelarse en la gran ciudad, donde cabalmente, a los tres años justos, había de ser inmolado en el ara de la Cruz.

Miles, millones de peregrinos albergaba la ciudad en aquellos días de Pascua; admirable ocasión para mostrar a las gentes su misión divina.

El pueblo al mismo tiempo le buscaba, puesto que algo se había divulgado la noticia del Mesías, de sus predicaciones y de la fama de sus milagros.

Rodeáronle, pues, las muchedumbres y Jesús se presentó, no como simple peregrino, hijo de José de Nazaret, sino como legado de Dios y Maestro de Israel, como el verdadero y auténtico Mesías esperado.

Enseñaba sin disimulo, lleno de autoridad, una doctrina nueva y superior a la que otros maestros habían enseñado hasta entonces, confirmándola con portentos y milagros.

¡Con qué naturalidad y qué llana y suavemente se revela Jesús a las lamas de buena voluntad!

La santidad de su alma, su extraordinaria bondad, su encantadora amabilidad y su atrayente simpatía son el mejor pregón para revelar su persona y su misión redentora.

—

¡Hermanita amada! Si fuese conocido bien y a fondo el gran libro del Evangelio, sería también conocido, como lo que es, nuestro Redentor Jesús...

No se medita el Evangelio, y Jesús, a través de los siglos, es el gran desconocido...; ¡vive en el misterio!, ¡qué dolor!

Y tú, hermanita, ¿conoces a Jesús, como corresponde a tu condición de aliada, escogida de Él? ¿Le conoces a través del Evangelio, única fuente auténtica por donde debe Él ser conocido? ¿Tienes idea clara, precisa, completa de su Corazón y de su doctrina?

¿Eres de esas almas sencillas, de buena voluntad, a quienes Jesús llana y suavemente se revela y se da a conocer? ¿Estás dispuesta, como aquellas muchedumbres, para que Jesús se descubra a tu alma?, ¿o acaso eres de aquellas otras que, como los fariseos y pontífices, cierran su alma a la luz?

PUNTO II.- “La Casa de mi Padre casa de tráfico”

Comenzaba la Pascua y Jesús se acercó al templo. Un espectáculo bochornoso le llenó de indignación. Vio un abuso y una profanación escandalosa, que convertía la Casa de su Padre en casa de feria y de moneda: “vendedores de bueyes, de ovejas y palomas, y cambistas sentados en sus mesas...”.

Lleno de santa indignación y de ira, tomó unos ramales de bestias, hizo con ellos un azote y, amenazador e imponente, arrojó a todos del templo, y luego las ovejas y los bueyes, y echó a rodar la moneda de los cambistas y volcó sus mesas. Y dijo a los que vendían palomas: “Quitad eso de aquí y no os atreváis a convertir la Casa de mi Padre en casa de tráfico...”.

Nadie se resistió, nadie se atrevió a decirle nada. Mostraba Jesús entonces toda la grandeza de su poder y de su autoridad. Aquel que, en el día de su humillación, con una palabra ha de derribar al suelo a todos sus enemigos; ahora, en el día de su exaltación como Mesías, viene también a demostrar que Él es el Señor de las potestades.

Es de notar aquí un detalle de gran interés: la primera manifestación de su *divina autoridad* y la última, días antes de su Pasión, las hace Jesús para defender la santidad de la Casa de su Padre. La profanación del templo de Dios ha llenado de indignación y de ira santa al Corazón de Jesucristo y, abrasado por el celo, hace un escarmiento.

—

¡Oh, hermanita amada! Un día Dios habló a Moisés desde una zarza que ardía: “Moisés, Moisés, no te acerques aquí; quítate el calzado, porque el lugar que pisas es santo”.

Santo es el templo consagrado al culto divino; santa es la casa de Dios, donde realmente y en persona vive Dios; santa es la iglesia

donde se ofrece por la redención del mundo la Hostia divina. Y Jesús ha defendido esta santidad del lugar sagrado con toda la fuerza de su autoridad.

Y, no obstante, el lugar sagrado, la casa de Dios, el “Sancta Sanctorum” sigue profanado por los mercaderes de conciencias.

El celo de Dios acaso ha permitido, hoy mismo, que muchísimos de esos templos hayan sido arrasados por el furor de la revolución en nuestra patria, porque los malos cristianos los tenían convertidos en mercados de exhibición, de inmoralidad, de piadoso “espectáculo” y, tal vez, de sacrilegios y de crímenes. ¡Las casas de Dios convertidas en casas de sucios tráficos!

¡Hermanita! Tú eres, como reza el reglamento, la virgencita de tu parroquia; tú eres la llamada por vocación a ser alma reparadora de la Casa de Dios; tú eres la que, no con látigo, sino con tu ejemplo, debes enseñar a las almas el modo de estar con respeto en el acatamiento divino; tú eres el modelo viviente de la perfecta cristiana en el templo; tu modestia, tu recato, tu compostura, tu recogimiento, tu respeto, tu devoción, tu fervor, tu virtud, tu espíritu, tu oración, tu amor, desagravia al Señor, aplaca su furor, atrae sus misericordias, ayuda a las almas, las enseña, las recoge, las eleva, las une a Dios.

¿Cuál es tu conducta en este particular...?

PUNTO III.- Templo de Dios es mi alma

No es preciso buscar a Dios fuera de nosotros; en el fondo lo poseemos, dentro de nosotros está, siempre que la gracia vivifica nuestra alma.

Y tanto más grata y más plena es esta morada de Dios en los Santos, cuanto más animados están de su Espíritu y más encendidos en el fuego de la caridad: “Si alguien me ama, dice Jesús,... vendremos a él y en él haremos nuestra morada...”

“Si nos amamos mutuamente, Dios mora en nosotros...” “Quien está en caridad, en Dios mora y Dios en él”.

“El Espíritu Santo –dice el P. Granada- mora en el ánimo del justificado... Entrando en tal ánimo, la hace templo y morada suya y para esto Él mismo la limpia y santifica y adorna con sus dones...”

“¿No sabéis –dice San Pablo- que sois templos de Dios y que el Espíritu divino habita en vosotros? Si alguien viola el templo de Dios será exterminado, pues santo es su templo y lo constituís vosotros mismos”.

“¿Ignoráis –añade el mismo Apóstol- que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros...?”

Para hermostrar este templo, el mismo divino Espíritu derrama la caridad de Dios en nuestro corazón y para consagrarlo y agrandarlo nos *deifica*, de modo que podamos “*crecer* para digna morada de Dios en el Espíritu Santo”.

—

Magnífica y consoladora doctrina es ésta del gran Apóstol, hermanita amada: Tu alma y tus miembros, todo tu ser, toda tu persona están consagrados en templo de Dios.

Y “apresuradamente vendrá a su templo el Rey que vosotros buscáis y el Ángel del testamento que vosotros queréis”.

¡Dichosa tú, si el Rey de Amor, en su visita a su templo, lo halla todo cual corresponde a la Majestad divina! Pero... ¡ay de ti, si el templo que en tu virginidad le consagraste, por culpa tuya, lo han profanado los mercaderes del vicio!

¡Oh!, ¡en cuántas almas, que un día fueron templos deificados, habrá tenido Jesús que blandir el látigo de su justa indignación, para arrojar a los profanadores y traficantes!

¡El templo deífico de una hermanita, morada de Jesús, convertido en público mercado de bestias o de bajas concupiscencias

y pasiones de sensualidad, mostrador de cambistas o de intereses terrenos, escaparate de vanidad y de exhibición calculada, tráfico de palomas o de virtudes ficticias, de piedad superficial y de pura vistosidad, de hipocresía de amor y de pureza! ¡Qué horror...!

¡Hermanita! ¿Existe por desventura algo que ese bajo y sucio negocio profanador y sacrílego en el templo de tu corazón?, ¿tiene necesidad de ser reparado y purificado? Al contrario ¿eres templo vivo, consagrado, hermoseado, perfumado, iluminado, aireado, santificado, deificado, como corresponde a la hermanita, virgen consagrada a Jesucristo...? Piénsalo...

11. Renacimiento espiritual

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Había un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemo, varón principal entre los judíos. El cual fue de noche a Jesús, y le dijo: “Maestro, nosotros conocemos que eres un Maestro enviado de dios para instruirnos: porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, a no tener a Dios consigo”. Respondióle Jesús: “Pues en verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios o tener parte en él”. Dícele Nicodemo: “¿Cómo puede nacer un hombre, siendo ya viejo? ¿Puede tal vez volver al seno de su madre para renacer?”. “En verdad, en verdad te digo, respondió Jesús, que quien no renaciere por el bautismo del agua, y la gracia del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es: mas lo que ha nacido del Espíritu, es espíritu o espiritual. Por tanto, no extrañes que te haya dicho: Os es preciso nacer otra vez”. (Joan. III, 1-7).

—

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, misterio! Desde este suceso en que se manifiesta Señor y Soberano de todos, hasta el Viernes Santo en que bajará al sepulcro, Jesús, Divino Maestro, hablará y enseñará su Evangelio, confirmandole con portentosos milagros, y los obcecados y soberbios judíos cerrarán sus ojos a la luz y sus oídos a la verdad divina..., y en su ceguera y en su pecado morirán.*

¡Oh, qué mala condición es la fatuidad del propio saber para adquirir la sabiduría según Dios! Dame, Señor, la humildad de Nicodemo, para sentarme a tus pies y recibir los raudales de celestial doctrina...

No quiero fiarme nunca de mi propio talento, ni de mi propio saber. En parábolas y figuras hablas a los soberbios fariseos..., a los humildes discípulos es dado conocer el misterio del reino de Dios... Señor, a la puerta del tabernáculo, a los pies de tu cátedra ensangrentada del

Calvario, háblame, Señor, háblame y enséñame. Háblame de tu reino, enséñame a vivir en la verdad, en el verdadero renacimiento de la gracia sobrenatural, Tú que ocultas estos secretos a los soberbios y los revelas a los humildes...

Las almas sencillas de la Alianza son tus discípulos...; enséñales la vanidad de aquí... y la verdad de tu reino.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús y el Sanedrín

Mientras los discípulos reconocieron en aquel episodio de la expulsión de los profanadores una clara manifestación y revelación del gran Mesías, los judíos, los sacerdotes, los custodios del templo, los miembros del Sanedrín nada vieron allí de sobrenatural y divino; al contrario, lo tomaron como una usurpación, como un desacato a su autoridad y, llenos de odio, envidia e incredulidad, se acercan a Él en protesta y le piden una explicación, y que demuestre, por medio de un milagro, la autoridad y la facultad que se atribuye, recibida de Dios, diciéndole: “¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas...?” (Juan, II-18).

Su mala fe se manifiesta claramente; no les guiaba más que un odio refinado e implacable contra la persona del Salvador.

Es la primera vez que Jesús se manifiesta a Jerusalén, como el verdadero Enviado de Dios, el Mesías, el Salvador que venía a redimirlos. Lo prueba con la fuerza de su autoridad, de su dignidad, de su poder y de los prodigios que ha hecho apenas llegado a la ciudad, además de la fama de que venía precedido y que la predicaban los que con Él llegaron de Galilea.

Los sacerdotes, los maestros, los representantes de la autoridad, el Sanedrín, no le prestó oídos, volvióle las espaldas y

levantó desde aquel momento la bandera de rebelión contra su Salvador, cerrando sus ojos a la luz de la verdad, que, como sol resplandeciente, caía sobre sus desviadas inteligencias.

Jesús, conociendo la hipocresía de sus malas conciencias, no quiso darles una respuesta directa, clara y categórica, pues aún no estaban dispuestos a oírla ni merecían recibirla.

Ciegos estaban y ciegos querían estar, y con una respuesta velada que no entendieron, los dejó más cegados: “Destruid este templo y en tres días lo reedificaré...” (Juan, II-19).

—

¡Oh, hermanita! Las almas humildes, sencillas, rectas, ingenuas, deseosas de la verdad, oyen sin prejuicios la verdad divina, la entienden y la penetran. Pero las almas presuntuosas, orgullosas, soberbias, que hacen alarde de sus luces, de su talento, de su saber, llevan el castigo de su soberbia en lo mismo que alardean.

“A vosotros, ha dicho el Maestro a sus discípulos, es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan...”

Tres años oirán al Maestro divino los sedicentes Maestros de Israel y su orgullo no les dejará entender. Eclipsarán ellos al *Sol divino* en un sepulcro, y la noche de su ceguera seguirá a través de los siglos. ¡Castigo terrible de su presunción!

¡Hermanita! Arroja fuera las sombras de tu presumida sabiduría; acércate con humildad y sencillez a los pies del Maestro, para que de sus labios recibas los raudales de la divina sabiduría y conozcas, al par que tu infinita pequeñez, la infinita grandeza y hermosura de tu *Jesús*.

PUNTO II.- Jesús y Nicodemo

Esto no obstante, hubo en Jerusalén una persona, en quien Jesús produjo una impresión más seria. Llevaba el nombre griego de Nicodemo, frecuente entonces entre los judíos. De los pocos personajes, entre los principales del judaísmo y miembros del Sanedrín, él había tenido la gracia de sentir, en su noble corazón, el toque eficaz del llamamiento divino. Era del partido de los fariseos y probablemente doctor de la Ley.

Este, mucho más que sus colegas, había quedado asombrado de los milagros de Jesús, vio en Él mucho de extraordinario y sobrehumano y entró en ganas de conocerle en la intimidad.

¡Disposición admirable de un alma que se acerca a Dios con deseos nobles, rectos, sinceros y elevados!

Jesús, que leía en su corazón esta transparencia de espíritu y sabía de antemano lo aprovechado que había de salir de aquella secreta y nocturna entrevista, le recibió con suma bondad.

Podemos representarnos a los dos interlocutores, sentados uno al lado del otro en un modesto diván, dos maestros, el uno más que el otro: “Rabbi, sabemos que eres Maestro venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviera con él”.

Nicodemo se abre, confesando la divinidad del Maestro y anhelando conocer la verdad.

—

Hermanita amada: No es igual la disposición franca y noble de este hombre ilustre y la que mostraron sus colegas, incrédulos e insolentes. Y, por lo mismo, diferente fue también la conducta de Jesús con éstos y con aquél.

Un milagro piden ellos para poder creer en su divina autoridad, y Jesús los abandona en su orgullosa ceguera, por su mala fe.

Nicodemo, por el contrario, cree en los milagros ya verificados, de los cuales el pueblo, él y todos los judíos son testigos, y es merecedor de ser ilustrado por Jesús.

Más aún. Allí, interrogado por los miembros del Sanedrín, no responde sino con calculadas evasivas; aquí, Jesús no espera la pregunta del ilustre judío, sino que, apenas recibido el saludo respetable que le dirige, le toma la palabra y, viendo, tal vez, en su interior lo que más le intrigaba y deseaba conocer, le habla como Maestro...

-¡Oh! ¡Dios no me habla!- dice esa hermanita presuntuosa-. ¡Yo no siento el lenguaje interior del Señor! ¡Yo hablo, pregunto, insisto..., y Jesús no me responde!, ¡yo vivo siempre entre las oscuridades y sombras interiores de mi angustiada alma!

Bien, dime, hermanita amada ¿eres tal vez de esas almas, que siempre pretenden que Dios les pruebe sus palabras con milagros claros y patentes? ¿Andas acariciando milagros a la puerta de cada Sagrario...? ¿Crees que las oscuridades de tu alma obedecen a la falta de estas luces milagrosas de Jesús? Te equivocas.

Examina tu fe; Jesús no se descubrirá a tus ojos corporales, sino a los de la fe. Vete a Jesús con humildad, con rectitud, con sinceridad, con sencillez, con recogimiento..., y *verás*.

PUNTO III.- “Quien no naciere de nuevo...”

Jesús habla con Nicodemo de su reino, reino espiritual, reino sobrenatural, “Reino de Dios”.

Y, para poder vivir y reinar en este reino, es preciso un verdadero renacimiento por el bautismo en el Espíritu Santo, y así le dice: “En verdad, en verdad te digo, que quien no renaciere por el bautismo del agua y la gracia del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es; mas lo que ha nacido del Espíritu, espíritu es...”

Dios es Espíritu y, por eso su reino también es espiritual y además sobrenatural. Y para reinar en este reino sobrenatural, hace falta una vida sobrenatural. El nacimiento según la carne y la vida que de ese nacimiento se origina, vida según la carne, no producen efectos sobrenaturales, sino puramente naturales. Ese nacimiento y esa vida según la carne no nos hacen hijos de Dios y herederos de su reino divino; es preciso, pues, nacer de nuevo, un nacimiento espiritual en el Espíritu Santo. Y este *renacimiento*, verificado por el bautismo en el Espíritu Santo.

Todo lo cual es obra del amor. “Amó tanto Dios al hombre, - sigue Jesús diciendo a Nicodemo- que no paró hasta dar a su Hijo Unigénito; a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que vivan vida eterna...”

Y esta vida eterna es el reino eterno en el que vivirán los renacidos a la vida sobrenatural por la gracia del Sacramento en el Espíritu Santo. Y la conquista de este reino la ha dado el Padre al Hijo, para que Éste, con el gran Sacrificio de su muerte, consiga la vida eterna a sus redimidos.

—

¡Hermanita! Dos nacimientos, dos vidas. Discurre bien: Lo que nace de la carne, es carne y vive según la carne; lo que nace del Espíritu, es espiritual y vive espiritualmente, esta es la vida eterna.

Jesús ha venido al mundo a engendrar esta vida divina en los que han de vivir en su reino, dándoles su Espíritu vivificante. “Yo vine -dice Él- para que (las almas) tengan vida y vida sobreabundante”. Esta es la vida, que propiamente puede llamarse

vida, pues la otra, aunque se llame vida, va siempre con la añadidura de vida *mortal*, por lo que tiene de breve, miserable, dolorosa, incierta, humillante y deficiente.

He aquí el gran error del mundo, que los “hombres amaron más las tinieblas que la luz”; más la carne que el espíritu, más la muerte que la verdadera vida.

¡Hermanita, *mortifica* lo que es *mortal* y da vigor a lo que es vida verdadera!

Con la profesión de tu *vida virginal y pura* has renunciado a la vida de la carne y de los sentidos. El principio fundamental de tu vida, como hermanita aliada, es esta vida sobrenatural: sostenerla, fomentarla, vigorizarla, aumentarla, hermosearla, intensificarla, asegurarla y triunfar en ella, para reinar con Jesús.

12. Apostolado de la Judea

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Después de esto, se fue Jesús con sus discípulos a la Judea; y allí moraba con ellos, y bautizaba por medio de los mismos. Juan asimismo proseguía bautizando a Ennón, junto a Salim; porque allí había mucha abundancia de aguas, y concurrían las gentes, y eran bautizadas. Que todavía Juan no había sido puesto en la cárcel. Con esta ocasión se suscitó una disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos acerca del bautismo. Y acudieron a Juan sus discípulos y le dijeron: “Maestro, aquél que estaba contigo en la otra parte del Jordán, de quien diste un testimonio tan honorífico, he aquí que se ha puesto a bautizar y todos se van con él”. Pero Juan les respondió y les dijo: “No puede el hombre atribuirse nada, si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que ha dicho: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él, como precursor suyo. El esposo es aquél que tiene la esposa: mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atender a lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo. El que ha venido de lo alto, es superior a todos. Quien trae su origen de la tierra, a la tierra pertenece y de la tierra habla. El que nos ha venido del cielo es superior a todos. Conviene que él crezca y yo mengüe”. (Joan. III, 21-31).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Jerusalén!, ¡qué lección me das! He ahí el Mesías siglos atrás esperado por tus antepasados... Magníficamente se te ha revelado en su propia persona y en su doctrina, y le has cerrado tus oídos... La luz que hace treinta años brilló en Belén, vuelve a resplandecer en el templo de Jerusalén; más los hombres han preferido las tinieblas de su soberbia y de su vano saber...*

¡Oh, humilde Nazareno! La aristocracia de la ciudad y los Maestros del Templo te han rechazado..., y, abandonando a la ingrata ciudad, irás a los pueblos de Judea; ellos oirán, sin prejuicios, las sublimidades y encantos de tu Evangelio...

La Alianza, la Jerusalén de las almas sencillas y humildes; en ella ha resplandecido tu divina luz... La aristocracia de tu reino divino queremos ser nosotras... Alúmbranos, Señor, y háblanos como en la Judea... Que ninguna de nosotras cierre sus oídos a tu voz y a tus enseñanzas... Que no nos hable el mundo...; que no nos hablen los Maestros fariseos... Háblanos Tú, hablemos Juan u otro en tu nombre, y le oiremos.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús abandona Jerusalén

Terminada la Pascua, comenzó el desfile de las gentes a sus destinos. La ciudad volvía a su calma. El ministerio de Jesús por aquellos días en ella no dio un resultado muy fructuoso.

Predicó, hizo milagros y hasta quizás bautizó, como Juan en el Jordán. Y como fruto de aquella explosión de entusiasmo y fervor por el Maestro taumaturgo, hubo gente impresionable que creyó en Él, pero su fe debió de ser muy débil y poco estable, pues Jesús, que veía el fondo de sus corazones, “no confiaba en ellos”. Ellos creyeron a Jesús, pero Jesús no creyó a ellos. Una excepción honrosa fue el doctor de la ley, Nicodemo.

En cambio, la primera manifestación de su carácter mesiánico que Jesús hizo en el templo y en la ciudad, bastó para que los miembros del Sanedrín se rebelaran manifiestamente contra Él. He aquí el resultado de la primera aparición de Jesús, como su Salvador, en la capital de Judea. Aquel campo no estaba para recibir con eficacia la semilla evangélica que allí quería iniciar el divino Sembrador, y, con gran dolor de su amoroso Corazón, hubo de desistir por entonces, saliendo de la ciudad.

¡Hermanita amada! ¡Jerusalén!, la ciudad de los patriarcas y de los profetas, la ciudad religiosa por antonomasia, la ciudad de Dios, la amada de su Corazón, la predilecta..., donde Jesús tenía derecho a esperar óptimos frutos, desde su primera revelación como enviado de Dios. Y allí, Jesús se ha llevado un desconsolador fracaso... ¡Qué dolor...!

Unos breves fuegos fatuos, entusiasmo de momento, seguidores hasta la fracción del pan, hasta el cruce del sacrificio..., y, en cambio, muchos sospechosos y no pocos declarados enemigos... Y nada más.

¡La Alianza! La ciudad religiosa por sus cuatro costados, la ciudad de Jesús, la amada de su Corazón, su predilecta, su preferida..., donde Jesús tiene derecho a esperar fragantes flores y sabrosos frutos... La Alianza, hermanita amada ¿será por culpa tuya un nuevo fracaso para Jesús? ¿No habrá en ella más que entusiasmos de momento, impresiones pasajeras de unos ejercicios, reacciones superficiales, fuegos fatuos, seguidores hasta la fracción del pan, hasta el cruce del sacrificio? ¿No habrá algo estable, firme, vigoroso, constante en la Alianza?

¿Pasarás por el trance bochornoso de que te apliquen la expresión del Evangelio: “Muchos creyeron en su nombre; pero Jesús no se fiaba de ellos...”?

¡Oh! ¡No fiarse Jesús de una hermanita!

¿Eres tú de ese número? ¿Eres de aquellas almas que sólo viven de impresiones, de sacudidas?, ¿de aquellas que dan fuego como el pedernal?, ¿qué aman sólo en las solemnidades y grandes acontecimientos? ¿No hay más fondo y base en tu vida...?

PUNTO II.- Evangelizando los pueblos

Bien dijo Jesús a Nicodemo: “Vosotros no recibís nuestro testimonio...”

Era, pues, predicar en el desierto, y así, apresuróse a salir de la ingrata e incrédula ciudad.

Se alejaba de Jerusalén, pero no quería dejar todavía la Judea. Jerusalén no le recibía, pero los pueblos de la provincia, gente sencilla, no tenían tantas prevenciones contra el Galileo, y se retiró hacia el Jordán, para evangelizar los pueblos de la ribera, donde pasó unos ocho meses o una larga estancia.

Él y los discípulos que le seguían, no estuvieron allí inactivos. Anunciaban a las turbas el próximo advenimiento del Reino de Dios. Estas, poco a poco, se fueron reuniendo en torno del divino Maestro; pronto llegarían a ser grandes muchedumbres.

Sin embargo, el carácter principal de su ministerio era la administración del bautismo, que ejercía por sus discípulos.

Jerusalén no fue digna de recibir a Jesús de un modo estable, ni tampoco su celestial doctrina. Los pueblos humildes, en cambio, han tenido la inmensa dicha de hospedar al propio Mesías y de recibir de sus labios divinos la buena nueva que del Cielo les trae. En lo cual se cumplen aquellas palabras del profeta: “Escondiste estas cosas a los prudentes y sabios y las revelaste a los pequeños”.

—

¡Hermanita! Habrás notado que en el templo, en torno al Sagrario, en los claustros del Convento abunda gente sencilla, gente modesta, gente humilde...

También en la Alianza se ha repetido, en general, este mismo fenómeno: sus Centros están formados en su gran mayoría —con

honrosas excepciones de fervientes “Nicodemos”- de hermanitas sencillas, de modesta posición, de humilde carrera y origen oscuro.

¡Oh, qué difícilmente llegan a conocer el “don” de Dios, los que se creen dotados de aquellos dones que el mundo cotiza sobre los dones de Dios!

“Bienaventurados los pobres..., ha dicho el Maestro, bienaventurados los limpios de corazón...”

Estos son los que verán y conocerán a Dios, y de ellos será el Reino eterno del Cielo.

¿Qué no tiene Ilustre la Alianza...? ¡Bien! Pero que Jesús tenga en ella estancia larga... No interesa tanto el brillo de la posición elevada, cuanto la elevación de la santidad que brilla en la pureza y el amor de todas y cada una de las hermanitas de la Alianza.

Sed pequeñas, cual Teresita, ante el mundo; es la marca de fábrica de la Obra, y Dios os revelará sus secretos grandes y seréis grandes en vuestra pequeñez.

PUNTO III.- “Es menester que Él crezca...”

La fama de Jesús se iba extendiendo por los confines de la Judea, y las muchedumbres, cada vez más numerosas, iban tras Él y le seguían.

Esto, como consecuencia lógica, vino a eclipsar la fama que en aquellas cercanías tenía su Precursor, Juan Bautista. Así como para Jesús amanecía una radiante aurora, para Juan se acercaba el ocaso de su vida de mensajero y heraldo.

Aún le quedaban discípulos y muy aficionados. Estos, no tan perfectos como su maestro, se quejaron de esta manera: “Rabbi, mira que aquel que estaba contigo en la otra parte del Jordán, de quien

diste testimonio tan honorífico, he aquí que se ha puesto a bautizar y todos van con él”.

Y Juan dio esta sublime respuesta, que la hermanita debe meditar palabra por palabra: “No puede el hombre atribuirse nada, si no es dado del Cielo... Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de Él, como precursor suyo... Mi gozo es, pues, ahora completo... El que ha venido de lo algo es superior a todos. Quien trae su origen de la tierra, a la tierra pertenece y de la tierra habla. El que nos ha venido del Cielo es superior a todos. Es menester que Él crezca y que yo mengüe...”

—

¡Oh, hermanita amada! Toda alma apóstol debiera aprender de memoria estas admirables expresiones de Juan Bautista.

Comienza por no atribuirte nada como cosa tuya, sino todo venido y dado del cielo; dotes, talento, saber, elocuencia... de arriba son y de arriba los has recibido.

“Yo no soy Cristo...” La hermanita no se busque a sí, no busque su gloria vana; la mayor gloria de Dios, como fue de Ignacio de Loyola, sea la *recta* de todo su apostolado. Nada para sí, todo para Dios.

“Es menester que Él crezca...” Que crezca, que se extienda, que aumente de día en día el reino de Cristo Jesús. Que el mundo crea en Él, que las muchedumbres le sigan, que su amor triunfe. Que los hombres se den a Él, que los corazones se consagren al suyo amantísimo, que su amor cautive a las almas generosas. Que Jesús sea conocido a través del Evangelio; que Él sea en la sociedad la verdad, la vida y el camino.

Heraldos de Jesús, como Juan, deben ser las hermanitas, para anunciar su reino de amor en las fábricas, en los talleres, en las escuelas, en las calles, en los campos, en los hogares.

“...Y yo mengüe”. Humildad, humildad profunda, tanto más humilde la hermanita cuanto más ensalzada. Suba Jesús..., eclípsese la hermanita; entronícese a Jesús, sea Él glorificado, quede olvidada en su pequeñez la hermanita.

Queda Jesús; la hermanita... ha desaparecido.

—

13. Prisión de San Juan Bautista

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Poco después que Juan fue puesto en la cárcel, vino Jesús a la alta Galilea, predicando el evangelio del reino de Dios... Porque es de saber que el Rey Herodes había enviado a prender a Juan, y le aherrojó en la cárcel por amor de Herodías, mujer de su hermano Filippo, con la cual se había casado. Porque Juan decía a Herodes: “No te es lícito tener por mujer a la que lo es de tu hermano”. (Marc. I, 14; VI, 17. 18).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Señor! Los que piadosa y fervorosamente quieren vivir en Ti, padecerán persecución. Cuando tu Iglesia estaba en sus preludios, comenzó contra ella la persecución. El mundo es enemigo de tu causa y de tu doctrina... Nunca, en el transcurso de los siglos, ha faltado un Herodes o una Herodías para perseguirte. Sello de tus obras es la oposición del mundo...*

Y Tú, Señor, por altísimos secretos de tu providencia, permites que Juan vaya a la cárcel, y Tú mismo huyes de la persecución..., para que yo, tu discípula, no presuma de poderme librar de la persecución de este mundo. Las que queremos vivir tu Evangelio íntegro, condenamos con la nuestra la conducta y las costumbres del mundo, y los mundanos con sus dichos o sus obras condenan nuestro retiro, nuestro silencio, nuestra piedad.

¡Buena señal, Jesús mío! No hemos entrado en la Alianza para seguir la corriente mundana; no nos asusta la mofa y el insulto, ni la persecución, ni las mismas cadenas. A todo estamos dispuestas para seguirte a Ti y serte fieles hasta la muerte.

Conserva, Señor, a tu Obra, libre y limpia de todo contagio mundanal. Nuestra gloria es sufrir persecución por tu nombre y por tu amor.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Entereza de San Juan

El rey Herodes vivía a la sazón criminal y escandalosamente, y por él la moral pública sufría un gran detrimento, por ser visible este escándalo.

San Juan que seguía bautizando y predicando en las riberas del Jordán, con entereza de apóstol le increpaba, reprochándole el pecado público con que ofendía a Dios y ofendía y escandalizaba a sus vasallos.

Bien sospechaba que con esto corría peligro de incurrir en la enemistad y odio del rey incestuoso, pero San Juan a nadie temía sino a Dios, de quien era enviado para anunciar a todos la verdad.

Él era la voz del que clama en el desierto; su voz se dejaba oír a través de las montañas de Judea, y llegaba severa y con insistencia al palacio de los ricos sensuales.

Él, para preparar los caminos del Mesías, predicaba con el ejemplo y la palabra la necesidad de la penitencia, de la austeridad de vida, y, como era natural, los regalados y los entregados al placer no podían escuchar con agrado la doctrina del penitente del Jordán.

¡Oh, hermanita de la Alianza! Esta escena se repite hoy con los mismos contrastes que entonces.

En populosas ciudades, lo mismo que en aldeas de corto vecindario, existen, por desgracia, focos escandalosos de infección sensual, y los despreocupados que de espaldas a Dios buscan ahí la satisfacción de sus bajos apetitos, son siempre los comensales asiduos de esos festines herodianos.

La hermanita que vive en la vecindad, será siempre un contraste, y su conducta de austeridad y de perfecta continencia será una silenciosa acusación contra ellos.

¡Herodes y San Juan...! ¡El mundo y la Alianza! Aquel en su lujoso palacio, regalándose en banquetes y deleitándose licenciosamente entre cortesanos, y él en la soledad del desierto, viviendo de ayuno y de oración.

Las gentes que buscan el paraíso en la tierra, y la hermanita que pisa con desprecio la tierra, para buscar el paraíso en el cielo.

Y aun cuando su ejemplo y su palabra, porque su palabra debe estar en armonía con su ejemplo, a los modernos Herodes y Herodías sea un reproche y una acusación, ella, con entereza de apóstol, deberá seguir predicando la continencia y la austeridad de una vida más cristiana y más religiosa.

Ello será ocasión para crearse enemistades y odios entre aquéllos; pero la hermanita es enviada de Dios y sólo a Dios teme.

¿Es así tu conducta? ¿Hay entre ti y el mundo la diferencia que existe entre San Juan y Herodes?

PUNTO II.- San Juan apresado

Instigado por una mala mujer y probablemente por los fariseos, de los cuales Juan era molestísimo censor y elemento peligroso para sus fines reprobables, Herodes resolvió y ordenó la detención del Santo, encerrándole, tal vez, en el castillo de Magueronte, situado en la parte oriental del Mar Muerto.

Juan no opuso ninguna resistencia. Como más tarde había de hacer su divino Maestro, se entregó, como manso cordero, en manos del trasquilador.

Mirad, hermanitas, al gran Precursor del Salvador encerrado en una oscura prisión. El hombre extraordinario que movió hacia sí a las muchedumbres, a quienes predicó y trazó el camino del Señor, cuya fama de santidad era públicamente reconocida y admirada, de repente ha desaparecido, cubierto quizás con el estigma afrentoso de algún crimen que motivase su encarcelamiento.

El Jordán queda desierto, las gentes dispersas y sin pastor, y el Santo Bautista comienza su descanso en la humillación, hasta desaparecer por completo..., a fin de que crezca Aquel cuya gloria y exaltación vino a predicar.

Recordará ahora lo que dijo: “Conviene que Él crezca y yo mengüe...”

Ahora su apostolado será de oración y de sacrificio.

Estas vicisitudes, hermanitas de la Alianza, estos cambios bruscos en la escena de nuestra vida son casi inevitables.

El que busca la gloria de Dios, choca necesariamente con los enemigos de Él, y éstos, en más de una ocasión, quedan victoriosos aparentemente, y, por un momento Jesús y sus discípulos sufren la humillación y la afrenta de la derrota.

¡Admirables secretos de la Providencia!

La hermanita que, viento en popa, avanzaba en su gran apostolado, de ejemplo y de palabra, entre las almas que le siguen y le admiran, va a sufrir de improviso un serio contratiempo. La persecución sistemática, la antipatía de los que se creen humillados al resplandor de sus virtudes y éxitos, un inesperado designio de Dios, la enfermedad inoportuna, etc., truncan de súbito los vuelos a su actividad apostólica, y la hermanita desaparece, cae en el olvido quizás, y, en una vida solitaria y aparentemente inútil, tendrá que consagrarse a otro apostolado menos lucido de oración y sacrificio.

¡Cuántas así, al estilo de Teresita y de Juan Bautista, glorificaréis a Dios, santificaréis vuestra propia alma y seréis misioneras de almas por la ofrenda de vuestra oración y la inmolación de vuestra vida en el sacrificio, en el dolor y en el olvido!

¿Estáis dispuestas...? Fiat! ¡Es voluntad de Dios!

PUNTO III.- Jesús vuelve a Galilea

No muy lejos del lugar donde fue detenido San Juan, predicaba también Jesús y fácilmente pudo enterarse de la prisión de su amado Precursor y con ello el peligro que corría, de seguir su misma suerte, puesto que los enemigos de Juan eran también sus enemigos.

No era, pues, aquel, por entonces, campo a propósito y tranquilo para su divina misión y optó por trasladarse a la región pacífica de Galilea, en la cual, al mismo tiempo, cumplía la voluntad de su Eterno Padre que así se lo manifestaba.

Atento sólo a esta voz, calló también la voz de Jesús por toda aquella región de castillos y aldeas y, tomando a sus discípulos, emprendió su viaje a Galilea.

Quedaba bruscamente interrumpida una labor apostólica, tal vez de óptimos frutos. Las almas hambrientas de vida y de doctrina, quedaban huérfanas y sin sostén. ¿Quién cuidará de ellas?

¡Todo es providencial...!

“No he venido, dirá Jesús, a cumplir mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió. Él cuidará de estas almas; yo cuido de hacer la voluntad de mi Padre y su voluntad es que yo calle”.

Magnífica enseñanza, hermanita amada, que volverá a repetirse en el transcurso de estos pasajes evangélicos y que es preciso que tú guardes esculpida en tu corazón.

En efecto, una vez será la persecución descarada, será otra vez un acontecimiento simple e imprevisto, será muchas veces la enfermedad o el achaque crónico lo que motive una brusca interrupción en nuestras obras de celo, que nos parecían tan fecundas a favor de las almas y de tanta gloria de Dios; pero, en realidad de verdad, quien así dispone esa repentina suspensión de nuestros trabajos apostólicos es solamente la voluntad de Dios, de aquel Dios a quien queremos y tratamos de glorificar.

Dios cambia, cuando le place, los obreros de su viña, sustituyéndolos por otros nuevos en la misma tarea. Dios manda sembrar a unos y hace que otros entren en lo que aquellos sembraron. Que unos siembren y otros sieguen lo que aquellos trabajaron. El que siembra no verá la cosecha de lo que sembró y el que siega la mies dorada no podrá gloriarse vanamente de la mies que él sembró.

Y todo es, a fin de que ni el que siembra ni el que siega mire tanto el fruto de sus trabajos, sino solamente el haber cumplido perfectamente la voluntad del amo que mandó sembrar y segar.

Trabajad, hermanitas, pero no os gloriéis de vuestros éxitos, más o menos pomposos; gloriaos, más bien, de haber cumplido la voluntad de Dios en todo. Y esta voluntad, lo mismo se cumple predicando en el Jordán que consumiéndose en una cárcel, o caminando hacia Galilea...

14. Jesús junto al pozo de Jacob

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Debía por tanto pasar por la provincia de Samaría. Llegó, pues, a la ciudad de Samaría llamada Sicar o Siquén, vecina a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Aquí estaba el pozo llamado la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, sentóse a descansar así sobre el brocal de este pozo. Era ya la hora de sexta. Vino entonces una mujer samaritana a sacar agua. Díjole Jesús: “Dame de beber”. (Es de advertir que sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer). Pero la mujer samaritana le respondió: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana? Porque los judíos no se avienen (o comunican) con los samaritanos”. (*Joan. IV, 4-7*)

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Señor!, desde que viniste al mundo (y fue en una encrucijada, de paso...) siempre te encuentro caminando, sudoroso y fatigado, y siempre sediento; de sed terminarás tu carrera, y atormentado de sed vas a morir... ¡Sentado junto a un pozo..., y de sed, con el agua a la vista, y de sed, pidiendo con solicitud un poco de agua, y sin poder remediar tu sed...!*

¡Qué misterio es éste, Señor!

Tu amor de Dios sediento busca el agua del amor de tus criaturas, y éstas, con el ánfora siempre vacía, corren a los aljibes, cuya agua turbia ni llena ni satisface... ¿Qué agua te darán, Señor, si sus almas son como tierra sin agua para Ti?

¡Oh, Señor! Es preciso que Tú lluevas del cielo lo que el corazón del hombre va a darte después... Juega, Señor..., como el padre lo hace con sus hijitos; esconde primero, Jesús, en nosotros el don que Tú quieras, y muéstranos después el deseo de poseerlo, y dinos luego: “Dame de beber”. Y verás..., tus hijas de la Alianza te daremos con amor, lo que Tú con amor nos has dado.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús llega fatigado

Era hacia fines de Mayo o primeros de Junio; la mies aparecía dorada a uno y otro lado del camino y en algunos puntos comenzaba la siega. Jesús, como se ha meditado en la consideración anterior, abandonando la Judea, se dirigía hacia Galilea.

Al segundo día, probablemente, de su viaje, después de fatigoso caminar por senderos ásperos y montañosos, en largas jornadas y siempre al raso, llega en compañía de sus amados discípulos, al corazón de Samaría.

Era la hora de sexta (mediodía), el calor sofocaba y el sudor surcaba sus divinas mejillas. Jesús, polvoriento y cansado, busca una sombra para descansar y respirar.

Cerca del camino que va de Jerusalén a Naplusa y hacia la mano derecha hállase el llamado pozo de Jacob, a unos dos kilómetros de la antigua Siquén, a donde probablemente sus discípulos habían ido a comprar víveres. Y allí, a la sombra, queda Jesús sentado sobre el brocal de la fuente. El polvo y el sudor le queman el rostro, siente sed, “sitio”, y no tiene con qué alcanzar el agua que ve en el fondo del pozo.

Jesús se resigna, sufre, calla y espera.

Hermanita de la Alianza. No te des a discurrir mucho; llégate a la fuente y sentada, como más tarde lo hará la felicísima Magdalena en su terraza, sentada sobre el poyete que allí sirve de asiento, ponte a su lado y mira y contempla al dulcísimo Hijo de María.

Su rostro encendido por la fatiga y el calor, su túnica empolvada, el sudario en molesto desorden, sus sandalias y sus pies

confundidos con la tierra que pisan..., respirando con ansiedad... ¡qué humano!, ¡qué sencillo!, ¡qué resignado!, ¡qué paciente!

Y ese es, hermanita amada, el Hijo de Dios y Dios como su Padre..., hecho Jesús, hecho hombre, hecho un pobre caminante, hecho un mendigo..., rendido por el cansancio, fatigado, necesitado, sediento..., triste.

“Sitio”, ¡tengo sed...!

Mira, hermanita, mira nada más, mira con fe; es tu Jesús, es tu Amado, tu Amigo, tu Esposo, Jesús del Evangelio, el auténtico Jesús, el verdadero, real y divinísimo Jesús.

Adórale, porque es tu Dios; sírvele, porque es tu Señor; consuélale, porque es tu Amigo; acompáñale, porque es tu Esposo; ámale, porque es tu Amado.

PUNTO II.- Llega la Samaritana

De improviso, por el sendero que conduce al pozo, llega una mujer, joven aún, con un ánfora bajo el brazo, a buscar provisión de agua para la comida.

Distraída, pensando en vanidades y en goces materiales, pues su vida dejaba mucho que desear, vana, ligera y orgullosa, se acerca a la fuente y, echando con curiosidad una mirada despectiva a Jesús, que sigue sentado sobre el brocal, extiende su mano a la sogá, aplica el cántaro y lo desliza a lo largo del borde y lo sube lleno de agua...

Y Jesús la mira... Es una mirada divina que penetra los más íntimos arcanos de su alma, “todo está descubierto y claro a sus ojos”, la reconoce; es una infeliz desviada, una oveja descarriada, un alma miserable, esclava de la sensualidad.

Ella le ha mirado con desdén, con desprecio, porque, según la vestimenta, cree que se trata de un judío atrevido y piensa darle la espalda sin dirigirle una palabra.

Jesús, en cambio, la ha mirado con bondad, con misericordia, con compasión.

Se adelanta la gracia, el amor urge a Jesús, va a descubrirle su Corazón, hay que salvar a esa pobre alma...

¡Qué cuadro! ¡Qué contraste! ¡Ella..., una infeliz! ¡Él..., el Amor!

—

¡Oh, hermanita! ¿No fuiste nunca como esa pobre Samaritana? ¡Dichosa tú mil veces! Jamás podrás pagar al Señor el beneficio de tu preservación en la inocencia; grande ha sido la predilección divina contigo.

Pero... ¿fuiste alguna vez distraída en vanidades del mundo, como esta pobre mujer? Entonces, escúchame: Recuérdalo bien; con el ánfora vacía de tu corazón, distraída, muy distraída en vanidades, pasatiempos, diversiones, amistades peligrosas, ibas sedienta, corrías los senderos que conducen a una fuente, acaso a un pozo, a un aljibe roto, en busca de agua, agua de satisfacciones, alegrías, placeres... ¿te acuerdas?

Poco o nada pensabas entonces en Jesús; andabas de lado, tal vez de espaldas, a Él; el mundo y lo mundano ocupaban entonces tu pensamiento y tu corazón, y... Jesús... ¿quieres que te lo diga...? Jesús no tenía interés para ti; te interesaban las criaturas.

Pero Jesús tenía designios amorosos para contigo, Jesús pensaba en ti y Jesús te salió al encuentro y te esperó allí mismo a donde fuiste en busca de algo que... ¡tú lo sabes!

Jesús se puso a tu lado; tú no le viste, no pensabas en Él..., ni te interesaba. Él te vio, te miró con mirada divina; todo estaba claro a sus ojos..., y su Corazón se compadeció, y salió de Él una gracia, la

gracia del divino llamamiento. Tú no la mereciste, fue gratuita; se adelantó ella, se adelantó la misericordia, se adelantó el amor... ¿Eres agradecido?, ¿correspondes a tanto amor?

PUNTO III.- “Dame de beber”

Jesús comienza a revelarse a la mujer, revelándole su propia necesidad.

La larga caminata y el sol asfixiante produjéronle una gran sed y Jesús, con humildad y sencillez, se dirige a ella y le dice: “Dame de beber”.

Para herir el orgullo de aquella pecadora, comienza Jesús por exponer con gran humildad una necesidad, tratando al mismo tiempo de conmover sus entrañas, si es que en tan ruin corazón quedaba aún algún rasgo de compasión.

Y a la verdad, todo corazón medianamente sensible tuviera compasión de Jesús, cuyo aspecto, de hombre cansado y sediento, sentado sobre el brocal y que pide de beber, fácilmente podía conmover aun al más insensible.

Pero tropezón con un corazón carcomido, insensible y egoísta, como lo demuestra la dura y arrogante respuesta que le dio:

“¿Cómo tú, siendo judío, te atreves a pedir de bebe a mí, que soy mujer samaritana?”

Malo era negar un poco de agua a un caminante sediento, pero aún fue peor el desprecio y desaire con que responde a la humilde petición.

¡Pobre Jesús!

El primer encuentro de Jesús contigo, hermanita amada, tuvo quizás estos mismos percances, y Él hubo de proceder contigo con la misma cautela y delicadeza.

Ibas tan lejos de Él, tan distraída, tan arrogante, tan mundana, que fue necesario que Jesús comenzara llamándote como de lejos y pidiéndote un favor: “Soy un necesitado, soy un mendigo, soy un caminante, que se muere de sed...; hermanita, “dame de beber”. Tú, que eres tan pródiga con el mundo, con el capricho, con la vanidad, con tu propio regalo, con tu sensualidad... ¿no quieres dar nada a este pobre Mendigo?

Y es Jesús, que se esconde en un confesor, en un predicador, en una amiga, en un libro, en un secreto remordimiento, el primer mensajero de este llamamiento.

Y tú, hermanita, rechazaste esta primera petición del gran Desconocido.

-¡Vaya! ¡Qué exigente ese confesor!, ¡qué importuna esa amiga!, ¡qué exagerado ese predicador!, ¡qué infantil ese remordimiento! ¡Bueno!, que no estoy para eso... - Y te quedaste con el agua del aljibe, bebiste en el pozo, disfrutaste de las alegrías mundanas, seguiste tu sendero... ¡Pobre infeliz...!

Pero Jesús... ¡qué bueno es Jesús!, Jesús repitió el lance, siguió llamándote: “Dame de beber”. Huiste por segunda vez, no querías oír su voz; huiste por tercera vez.

Pero Jesús..., su amor te persiguió: “Dame de beber”.

Hermanita ¿huyes todavía?

15. "Agua viva"

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Díjole Jesús en respuesta: "Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido a él, y él te hubiera dado agua viva". Dícele la mujer: "Señor, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo: ¿dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados?" Respondióle Jesús: "Cualquiera que bebe esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed. Antes el agua que yo le daré, vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna". La mujer le dijo: "Señor, dame de esa agua para que no tenga yo más sed, ni haya de venir aquí a sacarla". (*Joan. IV, 10-15*).

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Señor! ¿Cómo te va a conocer el mundo, si aun nosotras, tus hijas, que vivimos regaladas por Ti, en tu propia casa, no conocemos tu don, ni te conocemos a Ti...? ¡Qué doloroso fue para tu divino Corazón el que, a los tres años cumplidos de intimidad y confianza, ni Felipe, ni sus compañeros te llegaran a conocer...!*

¡Oh...! Y veinte siglos de vida pública y manifiesta vive tu Iglesia y Tú en ella, y los cristianos, hijos de ella y tuyos, no conocemos aún el don incesante que, cual torrente, corre y se derrama de su seno a nuestras almas.

Yo miro a Cristo ensangrentado de mi alcoba y paréceme oírle: "¡Si conocieras el don de Dios que de estas llagas se te ofrece!". Y miro a la puerta de tu Sagrario, y allí suena en mis oídos la misma eterna voz: "Si conocieras bien el don celestial que aquí, en esta soledad, te aguarda y te espera..."".

¡Oh, Jesús!, que yo conozca tu don...; conocer tu don es conocerte a Ti, porque el don eres Tú mismo, es tu amor, es tu Corazón...

¡Señor!, y que el mundo, que corre ciego a los pozos..., conozca que no es ahí..., que su don está en otra parte... ¡está en Ti!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- “Si conocieras el don de Dios”

A la respuesta desairada y arrogante de la Samaritana, que le niega un trago de agua, Jesús, humilde y manso, contesta con la máxima dulzura de su Corazón: “¡Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber...!”

En verdad, Jesús para ella no era más que un judío osado, que entra en los dominios de los Samaritanos, con los cuales no tenían trato alguno.

¡Cuán lejos andada la pobrecita de la verdad! Su alma, entregada a la sensualidad, no era capaz de entender las cosas del espíritu; faltábale el “don de Dios”, el don de la fe, el don del divino Espíritu, la gracia de la vida sobrenatural.

Por eso la infeliz no sospechaba quién podría ser aquel que le decía: “dame de beber”, y no tuvo empacho en soltarle aquella respuesta tan desabrida y hasta insultadora. Y de ahí que Jesús no se la tomara en consideración, sino que, disimulándolo cuanto pudo, suavemente le insistió con estas insinuantes y significativas palabras: “¡Si tú conocieras... quién es el que te dice: ¡Dame de beber...!”

Fíjate, hermanita amada, con qué amargura y dolor se queja el Señor por el profeta Jeremías con estas palabras: “Pasmaos, oh cielos, sobre esto... Dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a Mí,

que soy fuente de agua viva, y cavaron para sí aljibes rotos, que no pueden contener las aguas...”. (Jerem. II-13).

Las almas que ignoran el don sobrenatural, las almas “quae terrena sapiunt” “que sólo gustan de cosas terrenas” y no entienden de las cosas espirituales, o nada piden a Dios o tan sólo le piden el agua del pozo (cosas temporales y materiales).

No sólo los paganos, sino también muchos cristianos desprecian la verdadera fuente de agua viva y cavan con afán aljibes de agua sucia que arrastran tierra y lodo.

¿No fue tal vez esta tu conducta en los primeros años de tu vida? ¿Qué buscabas entonces?, ¿qué pedías con preferencia?, ¿agua del aljibe o agua del costado de Jesús...?

Y ¿qué pides hoy? Una hermanita que ha llegado a conocer el don de Dios y quién es aquel que, recostado sobre el brocal de su corazón virginal, le pide unas gotas que quedan en el fondo ¿qué pedirá, sino lo que con tanto anhelo desea Él darle?

PUNTO II.- “Tú me pedirías... y yo te daría...”

Muy lejos estaba la Samaritana de pedir nada a aquel judío, puesto que nada mostraba tener, como no fuese una gran necesidad, manifestada al pedirle de beber...

Pero, sin embargo, Jesús habla con claridad, y categóricamente le dice: “Tú me pedirías... y yo te daría agua viva”.

Jesús comenzaba a revelarse; quería decirle que no todo en Él estaba a la vista, sino que encerraba un secreto..., y la mujer, sorprendida con palabras que no entendía, dio lugar a la curiosidad propia de querer saber quién sería aquel hombre y qué podría darle. Detúvose, pues, dejó tal vez el cántaro sobre el brocal y reanudó el diálogo con un tono un poco más respetuoso:

“Señor, le dice, tú no tienes con qué sacar el agua, y el pozo es profundo, ¿dónde tienes, pues, esa agua viva?”

Bien se echa de ver aquí que esta pobre mujer no poseía el “don de Dios”. Para ella no existía más agua viva, que aquella, más bien muerta que viva, con que había llenado su ánfora. Ignoraba que otra fuente de agua viva corría a torrentes a su lado, de la que pronto su corazón había de rebosar y en cuya comparación aquella del aljibe sólo era una imagen y simple figura.

Pero todavía era terreno su pensamiento, terrenos sus afectos y terrena su vida entera, y no podía entender los secretos altos y divinos.

¡Oh, hermanita amada!, ¡qué pocas almas poseen el “don de Dios”! Las infelices amadoras del mundo y de sus mentidos goces no pueden penetrar los secretos del mundo invisible, ni los misterios del mundo invisible, ni los misterios divinos y las grandezas soberanas de la vida sobrenatural.

¡Oh, si tuvieran el don de una fe luminosa, el don de la inteligencia y de la divina sabiduría, que el Espíritu Santo infunde en los corazones purificados y mortificados!

Sólo los limpios de corazón conoce a Aquel que pide con ansia: “Dame de beber”, y sólo ellos descubren en Él el escondido manantial.

¿Y no fuiste quizá tú una de esas almas pobres, vacías del don de Dios? Cuando por primera vez oíste el llamamiento divino ¿sabías quién era el que te llamaba?, ¿no fue un judío importuno aquel confesor, aquella amiga, aquella inspiración?, ¿sospechabas que Jesús estuviese tan cerca de ti y que era Él aquel que te decía: “Dame de beber”?

Pero... ¿por qué mirar el pasado? Hoy mismo acaso, el fatigado caminante que se acerca a ti habrá de decirte con dolor: “¡Oh, si tú, hermanita de mi Alianza, conocieras el “don de Dios”! “¿Es que aún no posees el don sublime de Dios?”

¿Todavía no conoces quién es el que te dice: “Dame de beber”?
¿Todavía eres Samaritana o eres ya hermanita?

PUNTO III.- “Agua viva”

Jesús convida a la Samaritana a levantar un poco más arriba su mirada y su pensamiento: “Cualquiera que bebe, le dice, de esta agua (del pozo) tendrá otra vez sed, pero quien bebiere del agua que yo le daré, no tendrá jamás sed”.

Como si le dijera: “Tú piensas y crees que yo hablo del agua de esta fuente; esa agua y todas las cosas materiales que se poseen con tanto afán, quitan la sed de gozarlas por sólo un momento, y de nuevo el corazón que las ha poseído vuelve a tener sed más ardiente de ellas. Las cosas del mundo no sirven más que para avivar la sed, y no para quitarla. Yo tengo otra agua superior y más excelente que ésta que tú buscas; es “agua viva”, la cual dentro de quien la bebe se convierte en fuente que salta hasta la vida eterna y, por eso, quien de ella bebe no tendrá sed, porque siempre se está produciendo, ni tendrá sed de las cosas materiales, porque después de gustada esta “agua viva”, las cosas terrenas y materiales a nada saben, ningún gusto tienen y nadie las apetece, no dan sed, sino más bien un gran hastío.

Si tú la conocieras, ¿con qué ansia me la pedirías! Y ¡Yo con qué amor te la daría...!

Hermanita amada, por triste experiencia sabes que el agua de los aljibes cuesta trabajo y no quita la sed, sino que la aumenta. ¡Cuántas veces tú y yo hemos ido en busca de esta agua de mundanas satisfacciones, y hemos vuelto con más ser, después de haber apurado la copa hasta las heces!

El escarmiento nos ha dicho que la sed misteriosa de nuestro corazón necesita otra agua, no la que cae de las nubes, sino la que

viene de más arriba; que no es otra que aquella que anunciaba un día Jesús, en el pórtico del templo: “Si alguien tiene sed, venga a Mí, y beba” (S. Juan, 7)

Jesús es, sí, hermanita amada, la fuente de “agua viva”, y vino Él cabalmente a darnos de beber de ella en abundancia, a fin de que vivamos en Él.

Agua viva es su divino Espíritu con sus gracias y dones, -para que, como Huésped permanente, more en nosotros, convertido en fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna.

Esta “agua viva” sustenta nuestra vida sobrenatural, aparta los ardores de la concupiscencia, abona la tierra de nuestro corazón...

Hermanita, ¿bebes de ella?, ¿vives de ella?

—

16. “Yo soy el Mesías”

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- (Continúa hablando la Samaritana). “Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros los judíos decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar”. Respondióle Jesús: “Mujer, créeme a mí, ya llega el tiempo en que ni precisamente en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre, sino en cualquier lugar. Vosotros adoráis lo que no conocéis, pues sabéis poco de Dios: pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud (o el Salvador) procede de los judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu y la misma verdad: y, por lo mismo, los que le adoran, en espíritu y verdad deben adorarle”. Dícele la mujer: “Sé que está para venir el Mesías (esto es, el Cristo): cuando venga, pues, Él nos lo declarará todo”. Y Jesús le responde: “Ese soy yo, que hablo contigo”. (*Joan. IV, 20-26*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor! Dame de beber... Es preciso comenzar por aquí... ¡Oh, sí!, si Tú no nos das de beber de tu misericordia, de tu caridad, de tu amor, el hombre cegado por sus pasiones y encharcado en las aguas sucias del aljibe, no llegará a conocerte... Dame de beber... Me mandas que te pida... Me prometes darme, si te pido... Pídote, Señor, para mí, para todas mis hermanitas, para todo el mundo... Danos una gran pureza de alma... Las almas puras y angelicales te conocen, porque a ellas te revelas sin parábolas...*

He ahí, Señor, tu Alianza, tu grey lavada en el torrente de tu amor..., Dale de beber... para que se purifique más, te conozca mejor, te adore en espíritu y en verdad...

¡Oh, Jesús! Cuando te miro en mi Crucifijo, dime: “Yo soy...” Cuando te contemplo en la blanca Hostia, dime: “Yo soy...” Cuando te siento en mi corazón, dime también:

“Yo soy...” “Yo, el que estoy en esta Cruz, yo el que estoy prisionero en este Sagrario, yo el que escoge tu corazón para morada mía... “Yo soy...” “¡Yo soy el don... la fuente... la vida...!”

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Gran pureza de vida

Aun cuando la Samaritana no tenía conocimiento ni idea remota de aquella agua misteriosa que Jesús le brindaba, parece, sin embargo, que comenzó a sentir alguna sed de ella y, en efecto, se la pidió: “Señor, dame de esa agua para que no tenga yo más sed, ni haya de venir yo a sacarla”.

Pero esta agua requería otra sed, sed espiritual, para lo cual era menester una sincera confesión de sus grandes fragilidades, y, cabalmente, a ese fin, Jesús la sacude fuertemente, descubriéndole toda su conciencia y avisándole, con suma delicadeza, del lastimoso estado de pecados carnales en que vivía.

Dio la saeta en el blanco; la culpable tuvo que confesar su vergüenza y reconocerse mancillada. Al mismo tiempo que Jesús le hablaba, una luz sobrenatural iluminó su alma y le hizo ver el estado miserable de su conciencia y que aquel Señor que le hablaba era algo más que un simple judío; por lo menos un hombre de Dios, tal vez un profeta.

La gracia iba disponiendo a aquella pobre alma, progresiva y gradualmente, para merecer “el don de Dios” y el “agua viva” que se le prometía.

¡Oh, hermanita! Para sentir sed de lo divino es necesaria una gran pureza de alma. La sensualidad es agua de aljibe, que sólo disimula la sed, y las almas que de ella beben no sienten apenas aquella otra. Ciertamente, la Samaritana pedía aquella agua; pero, la verdad, no sabía lo que pedía, porque no supo distinguir la sed de ella.

Muchas veces pedimos el agua de Dios sin saber lo que ella es ni a qué sabe. Su sabor espiritual, sobrenatural, divino, lo perciben las almas que no viven según la carne, sino según el espíritu y en gran pureza de vida.

¡Cuántas almas repiten en las fuentes del Sagrario las palabras de la Samaritana: “Señor, dame de esta agua”! Y Jesús se la da, y ellas la beben, y la beben con frecuencia, quizás diariamente, y, sin embargo, ¡oh dolor! No saben qué gusto tiene. Son almas terrenas, almas esclavas de la carne...

La hermanita, alma mortificada y pura, es la llamada a conocer a qué sabe el agua de Dios. ¿Lo conoces tú, hermanita? ¿Has gustado su divino sabor?

PUNTO II.- Adoradores en espíritu y en verdad

“Señor, dice la Samaritana, veo que eres profeta...”

Al reconocer en Jesús una ciencia superior, sobrehumana, que le revelaba toda su vida irregular y desordenada, sintió también una impresión superior y más elevada. Ya comenzaba en ella a alborear la fe, y su pensamiento se acercaba a Dios. Desde este momento no le interesaba tanto el agua del aljibe y, puesta en terreno más alto y profundo, le dirige una pregunta acerca del lugar donde Dios debe ser adorado.

Jesús, amablemente, le da una respuesta de grande enseñanza: ¡Mujer, créeme..., se acerca la hora, y es ya venida, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad...!”

Los judíos adoraron con ceremonias puramente externas y en figuras, donde los homenajes a su Dios se expresaban por medio de sacrificios simbólicos.

Pero Jesús señala ahora dos cualidades especiales de la verdadera adoración: a) *en espíritu*, es decir, interior, espiritual, en el alma, en el corazón, con ejercicio de virtudes de fe, esperanza, amor, etc.; b) *en verdad*, no en figuras y en sacrificios de animales, sino inmolando a Dios, la Víctima por excelencia, del cual eran figuras, nada más, las víctimas del templo.



Jesús busca, hermanita amada, verdaderos adoradores que adoren a su Padre, a Dios uno y trino, en espíritu y en verdad.

El pecador, que hinca una sola rodilla en la consagración, está lejos de ser un verdadero adorador. Y el pueblo cristiano, que con los labios honra al Señor, teniendo alejado de Él su corazón, ni adora en espíritu ni adora en verdad. Es un hipócrita, cuya adoración no pasa de ser una ceremonia externa, cuyo espíritu miente lo que sus labios afirman.

La hermanita *adoradora*, consagrada a Dios, que sabe adorar a Dios en el templo y en el monte, en su celda y en la calle, en el trabajo y en el silencio del retiro, adora con los labios y con el interior de su alma, con actos externos y con actos puramente internos y espirituales de fe, de esperanza, de amor, de reconocimiento, de compunción, de contrición; con ofrecimiento, no de la sangre de los toros y corderos, sino de la Víctima divina, Cordero inmaculado, Cristo Jesús.

¡Cuánto escasean entre los cristianos estas verdaderas e interesantes adoraciones...! ¡Qué superficial es el culto de muchas almas!, ¡cuánto se parecen a los fariseos...! ¿Te pareces tú...?

PUNTO III.- “¡Yo soy...!”

Para la Samaritana era demasiado elevada aquella doctrina; no la entendió, y se contentó con responder a Jesús: “Ya sé que ha de venir el Mesías...” Y dícele Jesús: “Yo soy, yo que estoy hablando contigo...”

Sublime revelación, con que Jesús quiso coronar aquel interesante diálogo y que honraba la buena intención y voluntad de la mujer.

Aquel, que en un principio no pasaba para ella de ser un antipático judío, resultó al fin el mismo Mesías, Salvador del mundo. ¡Qué transformación debió verificarse en el corazón de aquella infeliz pecadora...! Tan conmovida quedó y tan impresionada con esta inesperada revelación, que inmediata y apresuradamente partió para su pueblo, abandonando olvidada el ánfora de agua sobre el brocal del pozo...

“Venid, dice a los hombres, y ved a un hombre, que me ha dicho todas cuantas cosas hice yo ¿no será, por ventura, él el Mesías?”

He ahí a una pobre pecadora convertida en apóstol de Jesucristo...

—

Dime, hermanita amada ¿quisieras oír de los labios de Jesús esta magnífica revelación de su divina persona? ¿No sospechas que acaso una de esas íntimas manifestaciones de Jesús a tu alma no se ha verificado, precisamente por culpa tuya? ¿Has examinado el proceso maravilloso de esta entrevista de Jesús con la Samaritana?

Una mujer terrena, que desconoce por completo el “don de Dios” y el “agua viva”, poco a poco, con admirable sencillez, pero al mismo tiempo con eficacia, es atraída y elevada a un orden completamente espiritual y sobrenatural.

¡Oh! ¡Si fuese así el proceso de nuestra oración diaria, de nuestras comuniones, de nuestras entrevistas con Él sobre el “brocal” del Sagrario!

Si comenzáramos por escuchar el “dame de beber” de nuestro Dios sediento, y prestáramos, con recogimiento, atención amorosa a su dulce y divino llamamiento, dejándonos, nada más, dejándonos atraer y elevar de lo terreno a lo divino, dejándonos cautivar de su amor, entonces el “don de Dios” haría luz en nuestra alma, distinguiríamos el agua del aljibe del “agua viva”, gustaríamos y viviríamos de ella y... ¿quién sabe?, si Jesús quisiera, llegaríamos a oír el dulcísimo, “Yo soy... el Mesías...!”

17. Entrada en Galilea.- El Reino de Dios

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Pasados, pues, dos días, salió de allí y prosiguió su viaje a Galilea. Porque el mismo Jesús había atestiguado que un profeta, por lo regular, no es mirado con veneración en su patria. Así que llegó a Galilea, fue también recibido de los galileos, porque habían visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén durante la fiesta: pues también ellos habían concurrido a celebrarla. (*Joan. IV, 43-45*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor! ¡Cuánto nos movemos...! ¡Qué afanes de conquista para buscar tu reino espiritual...! Una fiebre de apostolado nos devora a todos... Todos nos creemos capaces de conquistar el mundo para tu reino...*

¡Oh!, ¡si siempre nos moviese tu espíritu; si una rectísima intención acompañase de continuo nuestras acciones...! ¡Oh, Señor! Tú que lo ves todo, ¿no verás, más de una vez, que nos buscamos a nosotros mismos en vez de buscar tus intereses y tu gloria?

Tú dejas un campo... y buscas otro para tu evangelización, porque así se manifiesta la voluntad del Padre, y a ello te impulsa el Divino Espíritu. Haz, Señor, que yo no me incline a uno u otro campo por propio capricho, sino que sea tu Espíritu Santo el que me ilustre y me guíe a cumplir siempre y en todo la voluntad del Padre.

Dame celo, Señor, pero que sea discreto; dame celo, mas que sea prudente; dame celo, Señor, mas sólo para buscar tu reino en el campo que Tú quieras.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Por virtud del Espíritu Santo

Rogado por la Samaritana y los vecinos de Siquén, permanece Jesús entre ellos dos días, al cabo de los cuales prosigue su viaje a Galilea.

Jesús iba a su país, tierra amada donde vivió en intimidad con sus sencillos ciudadanos hasta cumplidos los treinta años.

Sin embargo, lo que más le movió a retornar a su provincia amada y poner allí, por entonces, preferentemente su habitual residencia, no fue ninguno de estos afectos humanos...

Según la felicísima expresión del Evangelista San Lucas, resolvióse Jesús a este solemne paso hacia Galilea “impulsado por la virtud del Espíritu Santo” (Luc. IV-14).

Y esta impulso era muy conforme con la ventajosa disposición en que se hallaba por entonces la provincia de Galilea, para la realización de los designios que Él llevaba. En ninguna otra parte, como en Galilea, podría gozar de la independencia y tranquilidad con que llevar a cabo la obra de su misión divina.

El Espíritu Santo la impulsaba y el Espíritu Santo preparaba los caminos. Galilea era un sueño generoso, en que pronto germinaría el buen grano de la doctrina mesiánica y daría frutos excelentes.

Hermanita amada: ¿te anima acaso un gran celo misional por las almas? Examina, ante todo, el primer y principal impulsor de este celo que te devora: ¿no será un excesivo afán y entusiasmo demasiado *humano*?, ¿no cabrá alguna vez el bajísimo prurito de una

vana y orgullosa exhibición? ¿Tienes preferencias entre “Galilea” y “Egipto”? ¿entre las obras lucidas y brillantes y las humildes y poco vistosas?, ¿son las almas, sólo las almas, las que te mueven y te arrastran? ¿Dices con San Agustín: “Señor, dame almas y quédate con lo demás”?

Para eso, es preciso que el único impulsor y guía sea la interior y sobrenatural moción del Espíritu Santo. Por esta purísima y santa moción divina deben sacrificarse las demás intenciones, inclinaciones, afanes, impulsos y preferencias.

Tu “vida de acción” debe tener, como soberano regulador, la luz y la virtud del Espíritu Santo. Muévete siempre guiada por Él.

PUNTO II. El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se acerca

Con estas palabras, y con las del siguiente punto, comienza Jesús su apostolado en Galilea.

Han transcurrido los siglos en que Dios vino anunciando la redención; ya es llegada la hora en que el Señor va a poner por obra los decretos que su amor le ha sugerido, de levantar al caído linaje humano. Una nueva era de salud y de vida va a comenzar con la predicación del Mesías, y esta era, que será el principio de una nueva historia del mundo, es la era del “reino de Dios” o “reino de los cielos” (expresiones equivalentes, que los evangelistas, en especial San Mateo, usan sin poner distinción entre ellas); reino fundado por el Señor; reino en el que Él solo ejerce legítimo señorío, en donde Él reina y gobierna; reino de justicia y de verdad; reino de misericordia y de amor; reino, cuyo principio se remonta al primer hombre, Adán y que, dividido con el pecado por Satán, recupera la conquista de Jesús.

Este es el “reino de Dios” que Jesús comienza a predicar en Galilea.

A los veinte siglos ¡oh hermanita amada!, venimos ahora a recordarte esta verdad del Evangelio, precisamente al son de las trompetas victoriosas, que resuenan en nuestras calles, anunciando en España una nueva era de justicia y de paz, de salud y de vida; una era que es un reino, “un reino de Dios”, que deja atrás vencido al reino de Satán, de injusticia y de iniquidad; un reino que se funda y se cimenta en la sangre de innumerables mártires y en el sacrificio cruento de héroes a millares; un reino que, para ser perfecto, sobre ser humano debe ser reino divino, reino de Dios, reino de Jesucristo, reino de su amor, reino de su Corazón.

“El tiempo se ha cumplido, vamos a decir, y el reino de Dios se acerca”.

Es aquel reino que anuncia Santa Margarita: “El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reino de amor en todos los corazones, y destruir el de Satán”.

Así dice al Padre Hoyos: “Reinaré en España con más veneración que en otras partes”.

Y a Sor Benigna: “Yo quiero una resurrección de la sociedad y quiero que sea la obra del amor”.

Habla Pío XII: “... Saboreamos de antemano las alegrías de aquel día venturoso, en que todo el orbe, de voluntad y con gusto, se someterá obediente al imperio suavísimo de Cristo Rey...”

Y ¿cuál será tu misión, hermanita amada, en esta nueva plenitud de los tiempos? ¿Qué misión tiene la Alianza en el principio de esta nueva era? ¿Será quizá la Alianza la buena y abonada tierra de “Galilea”, para dar comienzo en ella al “Reino de Dios”?

PUNTO III.- “Convertíos y creed en el Evangelio...”

El “reino de Dios” exige, necesariamente, una verdadera y sincera conversión.

El Precursor del Mesías, San Juan Bautista, dio comienzo a su misión por las riberas del Jordán con estas mismas expresiones: “Convertíos y haced penitencia, pues se acerca el reino de Dios”.

Esta penitencia que predicán el Precursor y el Maestro, significará una rotura completa con la vida pasada, en lo que ésta tuvo de malo; un cambio total, radical de la vida en sus disposiciones interiores; una reforma de costumbres y de conducta moral en todo el hombre; una generosa vuelta a Dios, rompiendo con las máximas del mundo y con los mentidos y engañosos bienes y goces del reino de Satán.

Y a esta conversión radical debe seguir la vida de fe, el reconocimiento de la doctrina que predica el Mesías, la fe en el Evangelio. La buena nueva que trae Jesús, es el fundamento de su reino. Él es la verdad, y su reino es reino de justicia y de verdad. Él es el camino y Él es quien marca la ley, la moral y la recta senda de la vida a todos los hombres. A eso ha venido al mundo y éste será el gran programa de su misión divina.

“Convertíos y creed en el Evangelio”. He ahí la condición y el medio necesario para que llegue a nosotros el “reino de Dios”.



Hablamos con gozo y satisfacción del reino de Amor del Corazón de Jesús, pero acaso no preparamos dignamente los caminos de ese reino universal.

No basta poner un pedestal y un trono al Señor en las fachadas, en los salones, en las cumbres de las montañas, en las encrucijadas y en las plazas públicas.

“Mi reino no es de este mundo”, ha dicho Jesús. Su reino más bien es reino interior; comienza en el espíritu, en el alma, en el corazón; es reino de Amor, reino de Justicia, reino de Pureza, reino de Santidad.

Jesús, y los mártires que han dado ayer su vida por su amor, nos repiten ahora con San Marcos: “Convertíos y creed en el Evangelio”.

Romped con el mundo, con sus doctrinas, con sus máximas, con sus costumbres y relajada moral, y vivid vida de fe, vida de Evangelio, vida espiritual y sobrenatural.

Hermanita: he ahí tu programa, para vivirlo tú y para predicarlo a las almas. Así prepararás el camino al “reino de Dios”.

NOTA.- No bien terminadas las precedentes líneas, resuena en todos los ámbitos de España la voz augusta del Papa Pío XII en su providencial Mensaje, donde nos dice que los designios de la Providencia se han vuelto a manifestar sobre la heroica España... Que el pueblo español es, una vez más, campeón de la fe y de la civilización cristiana... Que espera que Dios en su misericordia conducirá a España por el seguro camino de su tradicional y católica grandeza... Que su Santidad inclina su frente augusta a la memoria de los que han sellado con su sangre la fe y el amor a Jesucristo, siendo ésta la mayor prueba de Amor.

¿No es éste el camino para el “reino de Dios”?

18. Curación del hijo del régulo

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Y fue Jesús nuevamente a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había en Cafarnaún un señor de la corte, que tenía un hijo enfermo. Este señor, habiendo oído decir que Jesús venía de Judea a Galilea, fue a encontrarle, suplicándole que bajase de Caná a Cafarnaún a curar a su hijo que estaba muriéndose. Pero Jesús le respondió: “Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis”. Instábale el de la corte: “Ven, Señor, antes que muera mi hijo”. Dícele Jesús: “Anda, que tu hijo está bueno”. Creyó aquel hombre a la palabra que Jesús le dijo y se puso en camino. Yendo ya hacia la casa, le salieron al encuentro los criados, con la nueva de que su hijo ya estaba bueno. Preguntóles a qué hora había sentido la mejoría. Y le respondieron: “Ayer a las siete de la mañana le dejó la calentura”. Reflexionó el padre que aquella era la misma mañana en que Jesús le dijo: Tu hijo está bueno; y así creyó él y toda su familia. Éste fue el segundo milagro que hizo Jesús, después de haber vuelto de Judea a Galilea. (*Joan. IV, 45-54*).

AFECTOS, SUPLICAS.- *¡Oh, Señor! No sé si te amo a Ti por Ti, o amo primero lo que das o puedes dar luego; por lo que das te busco y no por Ti mismo... ¡Oh, Señor! Es tan ruin mi corazón y tan mezquino su amor, que primero piensa en sí y en su bien para quedarse en él, sin elevarse al bienhechor... Pienso en la desgracia, en la necesidad, en la tentación, y esto me arrastra hacia Ti... Pido, lloro, insisto pensando en lo que te pido... ¿Cuándo lo haré pensando sólo en Ti?*

Sin embargo, Señor, eres bueno; tu Corazón pronto se conmueve... El hombre llega a Ti a través de la desgracia, de la necesidad ; Tú vas a él directamente, por caridad, por misericordia, por amor. ¡Oh, Señor!, ¡cuán fácil es interesar y ganar tu Corazón...! ¡Qué harías, Señor, si fuéramos a Ti con más fe, con más desinterés, más derechamente, por Ti mismo, por puro amor!

¡Señor!, dispón mi alma para la oración; auméntame la fe, despégame el corazón de las cosas terrenas, haz que te busque a Ti por Ti, como la amada al amado, por lo que eres, por lo que quieres, por lo que amas...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- En busca de Jesús

Entrando Jesús en Galilea, dirigióse primero a Caná y se detuvo a ruegos, tal vez, de aquellos que fueron testigos del prodigio de las bodas obrado allí, los cuales le forzaron a quedarse unos días. Estando allí obró otro prodigio no menos señalado que el cambio del agua en vino.

Vivía en Cafarnaún un personaje de cierta categoría, un funcionario, probablemente agregado a la Casa del Rey Herodes, y a quien el pueblo atribuía el título de rey. Éste tenía un hijo joven gravemente enfermo, de quien se temía una muerte próxima.

Sabedor de la llegada de Jesús a Galilea, quiso recurrir a Él; y, desde las orillas del lago, subió a todo andar el regio funcionario, y buscó con ansia al gran taumaturgo, suplicándole con insistencia bajase con él a Cafarnaún a sanar a su hijo moribundo. No se sospechaba que Jesús pudiese tener la virtud de curar a un enfermo, no estando a su cabecera.

Por las trazas parece que se trataba de lo que en general llamamos un hombre de bien. Mas, en este caso, lo que le movió a buscar al Señor fue la necesidad y la gran desgracia que le venía con la muerte de su hijo, muerte que, en efecto, era inminente y que, agotados los recursos de la medicina, sólo Jesús podía remediar.

Hermanita amada: ¡Cuántas veces lamentamos la conducta parecida de aquellos que ponen más solicitud en buscar a Dios los bienes temporales que los eternos!

Mientras no falta lo que satisface al bienestar terreno, poco se ocupan de Dios. No interesa Dios, cuando los intereses materiales y terrenos abundan con relativa holgura. Es preciso que los visite la desgracia, la enfermedad, la grave necesidad que no tiene remedio humano, para que vuelvan los ojos a Dios; sólo entonces se ora, siquiera por puro egoísmo. ¡Cuántos entre nuestros cristianos se parecen a este régulo! ¡Cuántos de éstos que recurren a Dios, lo hacen por pura necesidad, por fuerza y después de probar todos los medios humanos! ¡Cuán pocos buscan a Jesús por afecto, por devoción, por reconocimiento, por amor...!

Quiera Dios, hermanita amada, no seas tú del número de esas almas que, en vez de acercarse al Señor para honrarle, adorarle y amarle, van a importunarle, no buscándole directamente a Él o a su gloria, sino beneficios y consuelos personales.

¡Oh, hermanita! Como el régulo, a todo andar, sube tú a Dios, sube a Jesús; pero no a impulsos del amor de un ser que enferma, sino a impulsos del amor a Él.

¡Busca a Jesús por Jesús...!

PUNTO II.- ¡Si no veis prodigios, no creéis”

Jesús no debía estar solo, cuando el régulo le hizo esta súplica, y en las gentes que le acompañaban notó quizás excesiva curiosidad de presenciar un nuevo prodigio, y tal vez se lo pedían a una con el angustiado funcionario, pues a ellas parece se dirigió Jesús, cuando dijo: “Vosotros, si no veis prodigios, no creéis”.

Los judíos eran, de un modo especial, los que pedían milagros; eran ellos los que, con miras puramente humanas, eran

atraídos por los milagros. Primero *ver*, después *creer*, era su lema; y eso quería la mayor parte de ellos. Creer, sí, pero no tanto por lo que decía y enseñaba, sino por los prodigios que hacía; esta fe casi no era fe, porque se mantenía de lo que los ojos veían; esta fe, como quiera, era muy superficial, y el Maestro divino tenía sobrados motivos para desconfiar de ella.

Ya lo recordará más tarde, cuando en ocasión solemne, después de su resurrección, dirá a su discípulo Tomás: “Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron...”

—

No es hoy día muy raro para oír a muchas gentes: “¿Por qué no hay milagros ahora?” “Nos narran prodigios pasados hace siglos; Dios ahora no hace milagros; si los hiciera, nuestra fe sería más robusta y más fuerte”.

Los que así hablan poco entienden del Evangelio. Nuestra fe está bien cimentada para todos aquellos que, con un poco de interés, quieren repasar sus fundamentos. La fe deja de ser misterio para los que quieren ir al Cielo caminando sobre prodigios tangibles. Eso es como querer andar a la luz del mediodía con una antorcha encendida.

Y no faltan ilusiones de esta naturaleza hasta entre gente buena y piadosa. En vez de avivar la fe y practicarla con actos vivos, intensos y reflexivos, se ocupan en sueños de ciertas manifestaciones extraordinarias, fingiéndose, tal vez, realidades vanas, acaso deseando que el Señor hiciese con ellas un pequeño regalo visible y palpable: que les hablase en la oración, que le viesen en el Sagrario, que le sintiesen en la Comunión, que les manifestase su voluntad o que oyesen su voz por modos o métodos superiores...

¡Cuántas fantasías se *fabrican*!

¿Hay algo de eso en ti, hermanita amada? ¿Buscas y quisieras que a tu lado Dios se hiciese un poco tangible?

¿Crees con facilidad, como una feliz realidad, lo que no pasa de ser un simple efecto de tu imaginación viva y exaltada?

Mira siempre lo invisible y divino con la vista sencilla de la fe; que ésta aumente en ti, que sea viva y penetrante y que por ella veas las maravillas que no caen bajo ningún sentido.

PUNTO III.- “Vete, tu hijo vive”

La respuesta, aparentemente dura, que hemos considerado en el punto anterior, dirigida por Jesús al distinguido funcionario y a los circunstantes, no abatió a aquél, antes al contrario, sostenido por el grande amor que tenía a su hijo, insistió en la demanda con súplica más conmovedora: “Señor, baja, antes que muera mi hijo”.

Jesús se compadeció; su divino Corazón, abismo de infinitas ternuras, se conmovió hondamente y, aun cuando la fe de aquel buen padre era muy imperfecta, visto que buscaba a Jesús con sinceridad, que reconocía su poder y, sobre todo, que perseveraba en la súplica con toda confianza, se dispuso a concederle la gracia de la curación. Pero, al mismo tiempo, Jesús sometía la fe del régulo a una nueva prueba, curando a su hijo a distancia y sin que al momento pudiese saber la verdad del hecho: “Vete, le dijo el Señor, tu hijo vive”.

Breve y un tanto oscura era la respuesta de Jesús; no se veía clara la curación del muchacho. Pero creyó el suplicante a las palabras de Jesús y, sin pedir ninguna aclaración, echó a andar.

Cuando ya llevaba recorrido gran trecho del camino entre Caná y Cafarnaún, saliéronle al encuentro los criados de su casa, anunciándole que su hijo vivía. Preguntando la hora de la curación, resultó ser la misma en que el Señor había asegurado a aquel padre que su hijo vivía.

¡Cuán fácil es, hermanita amada, conmover, interesar, y ganar enteramente al Corazón de Jesús! ¡Qué compasivo es!, ¡cómo ama al pobre necesitado...!

Dentro de las muchas imperfecciones de una petición, ve Jesús la nobleza de un buen corazón, ve el sacrificio que supone la caminata cuesta arriba de los cuarenta kilómetros entre Cafarnaún y Caná, ve la perseverancia humilde de su petición, y se rinde su Corazón compasivo, y hace un prodigio todavía más señalado que el que se le pide, puesto que, sin necesidad de estar presente, cura al moribundo.

Lo que Jesús quiere es *fe*; Jesús pide mucha fe. “Si crees, dirá en otro pasaje, todo es posible al que cree”. La fe sencilla, humilde, firme, robusta, sincera. Fe, hermanita, cuando oras; fe ante el Sagrario, fe ante tu mismo corazón, cuando Jesús está allí en la Comunión y luego de ella.

Sacrificio es buscarle y buscarle con afán, con dificultad alguna vez, cuesta arriba; con amor, con recta intención, por Él, por su gloria y por las almas.

Peticiones fervorosas, confiadas, perseverantes, insistentes...

Y aun cuando inmediatamente no veamos con claridad el despacho favorable de lo que se ha pedido, salgamos de su presencia creyendo y esperando que somos escuchados y atendidos con ventaja.

¿Es así, hermanita, tu conducta con Jesús?

19. Jesús de Nazaret

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Habiendo ido a Nazaret, en donde se había criado, entró, según su costumbre, el día de sábado en la sinagoga, y se levantó para encargarse de la leyenda e interpretación. Fué dado el libro del profeta Isaías, y, abriéndole, halló el lugar donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor reposó sobre mí y por lo cual me ha consagrado con su unción divina, y me ha enviado a evangelizar”. Y arrollado (o cerrado) el libro, entregósele al ministro, y sentóse. Todos en la sinagoga tenían fijos en Él los ojos. Su discurso lo comenzó diciendo: “La escritura que acabáis de oír, hoy se ha cumplido”. Y todos le daban elogios y estaban pasmados de las palabras tan llenas de gracia, que salían de sus labios, y decían: “¿No es éste el hijo de José el carpintero?”. Díjoles Él: “Sin duda que me aplicaréis aquel refrán: Médico, cúrate a ti mismo: todas las grandes cosas que hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlas también aquí en tu patria”. Mas añadió luego: “En verdad os digo, que ningún profeta es bien recibido en su patria”. Al oír estas cosas en la sinagoga, todos montaron en cólera. Y levantáronse alborotados, le arrojaron fuera de la ciudad y condujéronle a la cima de un monte, sobre el cual estaba su ciudad edificada, con ánimo de despeñarle. Pero Jesús pasando por medio de ellos, iba su camino (o se iba retirando). Y bajó a Cafarnaún, ciudad de Galilea, donde enseñaba al pueblo en los días de sábado. (*Luc. IV, 16-31*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh dulcísimo “Hijo de José”! Durante treinta años de vida en Nazaret no ganaste otro título más insigne que éste... Modesto obrero de pueblo, sin pretensiones de más categoría... ¡Oh, Jesús mío!, ¡qué lección de humildad para mí, que siento la tentación de ambicionar cargos, puestos, títulos, distinciones, categorías, etc...!*

¿Cuándo sabré ocultar, Señor, mis pequeñas e insignificantes buenas prendas, letras o habilidades, virtudes o santidad?...

Y Nazaret no ha querido reconocer en Ti otra condición. El pueblo que te vio manejar las herramientas de un taller, al verte manejar con igual destreza los rollos de las Divinas Escrituras, se ha escandalizado, y como si fueras un sacrílego, trata de despeñarte. ¡Oh!, ¡ni Tú serás profeta en tu patria...! Si algún día entra el Evangelio en tu pueblo amado, lo habrán de predicar otras voces...

¡Señor! También yo tengo un pueblo que me vio nacer, crecer y vivir años de amistosa vecindad... Yo lo amo y guardo sinceros y arraigados afectos a sus moradores... Que no falten voces de tus enviados para enseñarles lo que yo llevo en mi alma, y que eso mismo sepa revelar a otros en el mundo.

—

CONSIDERACIONES

—

PUNTO I.- Jesús se revela...

Pobre artesano e hijo de padres artesanos, modestos y sencillos, era todo lo que de Jesús se sabía y se creía siempre en Nazaret.

Así le conocieron de niño, así volvió de muchacho y así, con oficio de carpintero, terminó sus treinta años de reducida vecindad, donde a la sazón seguían viviendo muchos de los que como tal le conocieron y le trataron.

Al año, próximamente, de la salida de su querido pueblo, volvía el buenísimo Hijo de María y José, no sólo por motivos puramente naturales de afecto ordenado a su familia, a sus parientes y amigos, que los tuvo sin duda, sino también, y muy principalmente, con el altísimo fin de procurar a sus buenos convecinos su divino mensaje de *salvación*.

Y, como lo tuvo siempre de costumbre, se dirigió a la Sinagoga y entró en ellas; y, cuando estuvo el pueblo reunido, se levantó de su sitio, subió las gradas de la tribuna y se encargó de hacer la lectura y explicación de la Santa Escritura, lo que casi siempre corría a cargo de algún rabino o doctor de la Ley.

Al ver que el que iba a leer era Jesús, el buen hijo de María, despertóse una gran curiosidad; callaron todos, fijaron en Él su atención... y habló Jesús. Y con tanta profundidad, gracia, elocuencia y sabiduría habló, que todos se miraban y se admiraban, preguntándose con sorpresa: “¿Pero no es éste el hijo de José?”

¡Qué maravilla de sencillez y ocultamiento!

Por eso, al revelarse ahora como Mesías y Salvador del mundo, se maravillan y se llenan de estupor y de admiración... El que no supo más que manejar las herramientas de un modesto taller, se muestra repentinamente como el más sabio doctor de la Ley y habla con más sublime elocuencia que los maestros de Israel...

—

¡Oh, hermanita! Bien quisiera yo que, en todas partes y de muy especial manera en tu propio pueblo, supieras guardar el gran sacramento de tu pureza virginal y de tu amor de serafín al Rey divino. Que hasta tanto que el Señor, con vocación especial, no te llamara a una misión pública, no se pensara de ti en tu pueblo, ni se supiera otra cosa que tu vida sencilla, buena, honesta, piadosa y humilde de hija ejemplar de tus padres.

Haz que entre los tuyos y nada más se sepa de ti; no te adelantes a descubrir tus dones, no te reveles antes que los supiera el Señor.

PUNTO II.- Jesús perseguido en Nazaret

Entre aquel auditorio de convecinos, la mayoría gente modesta y sencilla, no faltaron algunos murmuradores y envidiosos. En medio de muchos aplausos y enhorabuenas, también se dejó oír el susurro de los celos, de las envidias, de los desprecios, y aun cuando abiertamente no se atrevían a ello, en los corrillos serpenteó la voz enemiga que venía a oscurecer la fama del Señor: “¿Cómo? ¡Si ese no es más que un hijo de carpintero, y carpintero como su padre! ¿A qué creerle? Que dé pruebas de su autoridad; que haga aquí los prodigios que dicen ha hecho en Cafarnaún, y le creeremos”.

Jesús adivinó lo que entre sí decían los envidiosos, lo cual no dejaría de extrañarles, y luego añadió: “Ningún profeta es acepto en su tierra”, y probóselo con ejemplos del viejo Testamento, dándoles a entender que no creían en Él y que por eso pedían milagros...

El resultado fue triste... El entusiasmo de los primeros momentos convirtióse en contradicción; encendiéronse en ira, pusieron sobre Él las manos, y, sacándole fuera de la Sinagoga, le arrastraron hasta el borde de un cercano despeñadero con intención de precipitarle al abismo. El humilde hijo del carpintero se dejó conducir por sus amotinados compatriotas, como un día se dejaría arrastrar al Calvario. Pero, luego de llegar al borde del precipicio, Jesús se detuvo, volvióse en medio de ellos y, “pasando por entre ellos, se fue”. ¡Milagro! Fue el único que hizo Jesús para sus nazarenos.

—

Muy doloroso debió serle, hermanita amada, a Jesús de Nazaret el proceder ingrato manifestado por su querido pueblo.

Con predilección, antes de evangelizar a otros pueblos de Galilea, llegó allí Jesús para anunciarles la buena nueva de la Redención, “y los suyos no le quisieron recibir...”

Que hicieran esto con Él en Jerusalén los judíos, o en Tiro y Sidón los gentiles, era tolerable, pero que aquellos, en cuyas casas había derramado a torrentes los tesoros de su caridad, de su bondad, y de sus atenciones, hubieran concebido la idea inicua de precipitarle por un barranco, parece imposible concebir.

¡Oh, hermanita! Una mala pasión no reprimida a tiempo... ¡qué estragos causa en un alma!

La pasión de la soberbia, de los celos, de la ira, de la envidia, de la lujuria... ¡cuántas veces ha rasgado la túnica inmaculada de Jesús!

Mira el ejemplo de Caín, de Esaú, de Saúl, de Judas, de Lutero... y de mil otros. ¡Cuántas almas, que quizás en muchos años fueron de las íntimas de Jesús, arrastradas después por una mala pasión que no reprimieron a tiempo, llegaron a arrojar de sus corazones al divino Salvador!

Y es más... ¡aquéllas que un día fueron hermanitas fervorosas, a quienes luego una pasión no mortificada puso fuera de la Alianza, y que ellas, después, pusieron a Jesús fuera de sus corazones...!

¡Oh, hermanita! ¡Teme a tus pasiones!

PUNTO III.- Jesús abandona Nazaret

Con la majestad de su divina mirada dejó en suspenso a los amotinados vecinos, se abrió paso por en medio de ellos, sin que nadie osara atacarle y apresuróse a salir de Nazaret, probablemente para no volver.

Solo, ya que nadie le acompañó de los ingratos moradores, solo atravesó las calles y caminos, recordando a cada paso los años pacíficos y tranquilos transcurridos en su humilde oficio de

carpintero; salía despreciado y perseguido por los suyos y silabeando tal vez en su corazón las palabras que dos años más tarde pronunciaría a la entrada de Jerusalén: “¡Oh, Nazaret! ¡Si conocieras hoy en este tu día lo que yo traía para tu paz y tu bien...!”

Y pasó Jesús por las puertas de aquella su casita amada; la vio cerrada, la miró con lágrimas... ¡Qué recuerdos cruzaron por su mente...! Su Madre... su padre...

¡Salió afuera..., miró por última vez..., y aquel pueblo ingrato que abandonaba a su Salvador, quedaba también abandonado por Él...!

¡Nazaret pudo ser el pueblo mimado y regalado de Dios! ¡No lo mereció...!

Un Nazaret es cada hermanita de la Alianza; Jesús ha puesta en ella su dulce morada.

Aun cuando nos e revele a ella como tal, ni ella se dé cuenta de Él, el divino Salvador vive allí y despliega sus actividades en bien de ella.

El hijo del carpintero sigue disfrazándose, y la hermanita, en su soledad recogida, va recibiendo los regalos del Hijo de Dios.

Pero se dan casos muy tristes, en que Jesús, expulsado de su pequeño Nazaret, sale de la morada que tanto amó y regaló y, al ser abandonado por una alma ingrata, vese también forzado a abandonarla.

¡Oh, hermanita! Si no vences con la oración y mortificación tus secretas pasiones, darás en la locura de abandonar a tu Huésped divino, Jesús Salvador; y, si abandonas a Jesús, te expones a que Él se vea obligado a abandonarte... y, si Jesús te abandona ¿a dónde irás?, ¿qué será de ti?

20. Cafarnaún

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Y, dejando la ciudad de Nazaret, fue a morar a Cafarnaún, ciudad marítima, en los confines de Zabulón y Neftalí. Con que vino a cumplirse lo que dijo el profeta Isaías: “El país de Zabulón, y el país de Neftalí, por donde se va al mar de Tiberíades a la otra parte del Jordán, la Galilea de los gentiles. Este pueblo que yacía en las tinieblas, ha visto una luz grande; luz que ha venido a iluminar a los que habitan en la región de las sombras de la muerte”. Desde entonces empezó Jesús a predicar, y decir: “Haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos”. E iba Jesús recorriendo toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio (o buena nueva) del reino celestial; y sanando toda la dolencia, y toda la enfermedad en los del pueblo. (Math. III, 13-17; 23).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Cafarnaún! ¡El pueblo que estaba sentado en tinieblas ha visto una luz grande! ¡Oh, Jesús!, ¡qué misterios son éstos...! Tu pueblo, por el que sientes amor, cuyo nombre inseparable de Ti te sigue como apellido propio, allí queda en silencio y en tinieblas; en vano tratarán sus vecinos de borrar de su memoria el recuerdo de tu vida... Y Cafarnaún, la populosa ciudad comercial, va a recibir la luz, con que Tú viniste a iluminarnos... Por sus calles resuena tu voz divina invitando a todos a la penitencia, para que venga a ellos el reino de tu amor. ¡La casa de Simón! Pacífica vivienda, donde Jesús es querido y servido...*

¡Señor!, permíteme que yo piense en mi Alianza, en mi casita del “Retiro”. La Alianza, como Cafarnaún que te abre sus puertas, mi “Retiro”, tu vivienda, donde se te quiere y se te sirve...

Pero, Señor, Cafarnaún, en su orgullo y gran soberbia, llega a serte infiel y rechaza tu doctrina..., y Tú lo abandonas y lo humillas, hasta borrarlo de la faz de la tierra...

*¡Oh, Jesús! ¡Que tu Alianza, siempre humilde, se mantenga fiel...!
¡Oh, Jesús!, ¡que no la abandones nunca...! ¡Que viva ella y Tú en ella!*

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- La Ciudad de Jesús

Frustrado en su primera tentativa de establecerse acaso en la patria de su juventud, su amado Nazaret, Jesús baja decididamente a Cafarnaún y fija allí su morada; aquél será el centro de su gran apostolado, el teatro de sus maravillosos prodigios y la irradiación sublime de sus enseñanzas divinas.

Cafarnaún, situada en las riberas del lago de Tiberíades, fue, en efecto, la segunda ciudad patria de Jesús. Como pueblo importante y floreciente en aquellos tiempos, con sus vías de comunicación, su plaza de gran comercio, su aduana y guarnición de soldados romanos, ofrecía ventajas para las actividades evangélicas que ÉL iniciaba.

Contaba, además, desde un principio, con gente conocida, con una gran casa que generosamente le abría su apóstol Simón Pedro, el cual, en compañía de su hermano Andrés, vivía allí; y en general, contaba con el ambiente favorable que se había ganado en su anterior visita.

Enviemos, hermanita amada, un postrer recuerdo al ingrato pueblo de Nazaret que queda allá lejos, en la oscuridad de las montañas, del que ya casi no se volverá a hacer mención en el Evangelio.

Sus vecinos, dispersos por las calles, después de la intentona que se ha considerado en la meditación anterior, han preguntado tal vez por Él con intentos aviesos. Pero ya no está Jesús en Nazaret. Según muchos expositores, no se dejó oír más la voz del divino Maestro en su pueblo y, por maravillosa providencia, hasta la casita donde Él vivió sus treinta años, la arrancaron de allí los ángeles para trasladarla a Loreto. ¡Justos juicios de Dios!

Jesús está, pues, en Cafarnaún; Jesús se revela a los cafarnaítas, Jesús abre allí los tesoros de su inagotable caridad; allí suena en la sinagoga, en las calles, en los portales y en la playa la voz dulce y subyugadora del Maestro; allí se prodigan milagros, prodigios y maravillas; allí el pueblo enamorado le sigue, le escucha, le admira, le cree, le ama y le aclama.

¡Oh, hermanita! ¡Qué contraste entre estos dos pueblos! ¡Nazaret, *pueblo de Jesús*, queda desierto y estéril...! ¡En Cafarnaún crece y fructifica la semilla del Evangelio!

Hay almas ¡que fueron de Jesús!, y quedan desiertas y estériles, y otras hay, extrañas tal vez, ¡que han dado sazonados y abundantes frutos!

¡Qué será de ti, hermanita!, ¡qué será de la Alianza...!

PUNTO II.- Jesús en casa de Simón

Aunque natural de Betsaida, como su hermano Andrés, tenía Simón Pedro aquí, en sociedad con él, una casa, ya propia, ya de su hermano, o acaso de su esposa, que vivía en ella con su madre. Esta casa escogió Jesús para morada suya.

¡Predilección delicada para con su querido discípulo!

Casas hubo, sin duda, más confortables en Cafarnaún, entre sus conocidos y favorecidos, como el memorado régulo; pero Jesús tuvo sus preferencias con Simón.

Y el amado pescador, agradecido, puso todo a su disposición. ¡Qué afán la de este apóstol para aderezar en su obsequio cuanto en su pobreza poseyera! ¡Qué honra y qué felicidad poder hospedar al divino Mesías, vivir con Él, sentarse a la mesa con Él, tratarle íntimamente, en familia!

Todo y todos allí están consagrados al servicio y al cuidado del gran Huésped, y ¡con qué desinterés, con qué solicitud, con qué cariño, con qué amor...!

Y a Jesús ¡qué dulce y qué agradable le fue allí la estancia!, ¡qué horas tan suaves y tranquilas pasó!, ¡qué bien descansaba de sus fatigas!, ¡con qué confianza desahogaba con ellos su divino Corazón, muchas veces amargado por la persecución de los unos y la hipocresía de los otros...!

¡Qué felicidad la de aquel hogar hospitalario, bendecido y santificado por el Señor!

—

¡Oh, hermanita amada!, ¿no ves ahí el ideal y el modelo más perfecto de “un retiro” de la Alianza? Y si el “retiro” tiene la facilidad de poseer un “Sagrario-habitado” ¿no es allí una realidad ese ideal y ese modelo?

Modesta y sencilla es la casa de Simón; modesto y sencillo es también casi siempre un *retiro* de la Alianza y ¿qué importa, si es Él el que escogió aquélla y ha escogido éste...? ¡Qué felicidad la de aquélla y la de éste...!

Simón lo puso todo, y todos estaban al servicio de Jesús; no hay egoísmos allí, todo es generosidad; la Alianza debe ponerlo todo, y todas deben estar al servicio de Jesús, sin egoísmos, con generosidad.

Jesús vive allí tranquilo, bien en intimidad, vive en familia; todos le asisten, todos le atienden, todos le quieren y nadie le olvida... ¡Oh! Que en el “retiro” Jesús viva como en casa de Simón: tranquilo, en santa paz, en dulce armonía, en cariñosa intimidad, en vida familiar, asistido de todas, acompañado de todas, consolado y regocijado de todas, adorado y amado de todas...

Y ¡tu corazón, hermanita amada!, ¿no es por ventura tu corazón la miniatura de un fervoroso “retiro”? ¿no lo escogió Jesús para morada suya? ¡Tu “corazón retiro”! ¿Es como la casa de Simón?

PUNTO III.- ¡Cafarnaún maldecido...!

¡Secretos y justos juicios de Dios!

Un país delicioso, Cafarnaún, semillero de grandes vicios...

El tráfico y la industria acumularon allí muchas riquezas; la comodidad de la vida fue reclamo de los forasteros de toda raza y religión, que, entregados a la molicie y a la sensualidad, cayeron en toda clase de vicios.

Jesús, en verdad, tuvo un pueblo que le seguía con fervor; mas no dejó de advertir a su espalda otra gran masa, que no admitía la austeridad de su Santo Evangelio, y esta gente, si bien admiraba sus prodigios, no quería ajustar su conducta a la conducta que Él, con su ejemplo y su doctrina, venía señalando.

Triste y airado estaba el divino Maestro contra este espectáculo desolador que le ofendía, y un día salió de su Corazón amargado esta terrible exclamación: “Y tú, Cafarnaún, que has sido elevada hasta el Cielo, hasta el abismo serás sumergida; porque, si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que han sido hechos en ti,

tal vez hubiera permanecido hasta este día... En el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti..." (Mat. 11).

Y, a su tiempo, la maldición de Jesús la arrasó por completo. Hoy apenas se puede descubrir rastro del sitio que la soberbia ciudad ocupó. Los peregrinos que allí buscan vestigios y recuerdos de Jesús, no hallan más que una inmensa soledad en aquellas riberas. Parece que allí no vive nadie. Ninguno sabe a punto fijo el lugar de la maldecida ciudad.

Jesús derrochó allí los tesoros de su infinita bondad; fueron innumerables los prodigios que obró y las maravillas con que probó la divinidad de su persona y de su doctrina. Mas la arrogante ciudad olvidó pronto, en su prosperidad terrena, las misericordias de su divino Salvador, y Cafarnaún (la Jerusalén de Galilea) fue aniquilada por la ira de Dios.

—

¡Oh, hermanita!, ¡qué amarga es la ingratitud para Aquél que amó y esperó amor!

Amó Jesús a Cafarnaún, y Cafarnaún no amó, sino que despreció su amor... ¡Ni con Sodoma se tendrá tanto rigor en el día del juicio!

¡Oh, Jesús! Tú amas la Alianza y sus hijas; ¡que no haya en ellas ingratas, que merezcan tu maldición, y su ruina y desaparición...!

—

21. La pesca milagrosa

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Sucedió un día que, hallándose Jesús junto al lago de Genesaret, las gentes se agolpaban alrededor de Él, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto, vio dos barcas a la orilla del lago: cuyos pescadores se habían bajado, y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una de ellas, la cual era de Simón, pidióle que la desviase un poco de tierra. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso. Acabada la plática, dijo a Simón: “Guía mar adentro, y echad vuestras redes a pescar”. Replicóle Simón: “Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido: no obstante, sobre tu palabra echaré la red”. Y habiéndolo hecho, recogieron tal cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas a los compañeros de la otra barca, que viniesen y les ayudasen. Vinieron luego, y llenaron tanto de peces las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen. Lo que viendo Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: “Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador”. (*Luc. V, 1-8*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, mi gran Dios! ¡Terrible serás un día para el hombre orgulloso! La majestad soberana, la santidad infinita, la justicia recta e inexorable envolverán un día, como librea de tu divinidad, tu sagrada Persona... ¿Quién no temblará?*

Mas aquí, Señor, ahora que te veo como despojado de esos atributos, de esas divinas vestiduras, ahora hecho hijo del hombre, humilde y asequible, desde la modestísima tribuna de una barca, ahí sentado sobre uno de sus travesaños, renunciando a brillantes formas de pomposa oratoria, en charla familiar, abres tu Corazón y tus labios para enseñar el camino de la verdad, el Evangelio de tu reino de amor. ¡Oh, Señor! Déjame que me acerque a Ti con fe y confianza...; porque eres el mismo, el que eres y el que serás; y para quien ahora eres Jesús, Padre, Amigo, Salvador, lo serás entonces desde las alturas de tu divina realeza...

Ahora Tú te acercas amorosamente al hombre, para que el hombre no se asuste de acercarse a Ti...

Ven, Señor..., y déjame ir a Ti. Los dos, Señor..., aunque Tú eres todo y yo nada...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús comienza

No era Jesús del todo desconocido en Cafarnaún. En su anterior visita dióse a conocer lo bastante, como hombre extraordinario, y, por eso, luego de llegar de nuevo, desde el primer momento las gentes fueron acercándose a Él...

Comenzó, pues, su gran apostolado, dirigiéndose a los grupos de almas sencillas que, tímidas y un tanto curiosas, se iban hacia Él.

No fue, a la verdad, como un acontecimiento extraordinario, preparado con solemne aparato, el principio de su misión evangélica y su presentación al pueblo de Cafarnaún. Todo lo contrario; casi pasan desapercibida los evangelistas esta magna empresa que Jesús inicia en la ciudad de los grandes prodigios.

Las almas ingenuas y sencillas, los niños y los pobres serán seguramente su primer auditorio. A las almas sin doblez, que se abren sin prejuicios, es a quienes se abre Jesús con celestial encanto. Y en las encrucijadas, en las plazas, en los portales, en los arrabales y a orillas del mar se oirá, sin rebuscadas oratorias, la doctrina divina del Hijo del Hombre.

¡Qué poco podía prometerse, a primera vista, de aquel apostolado tan insignificante, humilde, modesto y pobre!

Así lo tomaron probablemente los arrogantes y orgullosos Maestros de Israel, que se rieron de Él y le despreciaron.

A un grano diminuto de mostaza, que después crece y se convierte en árbol frondoso, donde anidan los pájaros, comparará Jesús su Obra maestra: la Iglesia. Su principio es diminuto y casi despreciable; hoy, a los veinte siglos, es árbol gigantesco donde anidan millones de almas.

¡Cuánta luz irradia esta verdad sobre nuestra modestísima Obra de la Alianza!

No hablemos de su principio en 1925, porque, sin dejar apenas huella, se pierde allí... en nada; y lo que hoy sea, vosotras, que vivís en sus ramas, lo sabéis bien.

Y así, de la misma manera, poco más o menos, es el principio de cada uno de los Centros de la Obra: una o dos almas sencillas y humildes, que se abren con ingenuidad y buena voluntad a Jesús, y en su Corazón beben una doctrina nueva y celestial, desconocida de la mayoría de los mundanos, que ellas asimilan y quieren vivir íntegra. Eso fue el principio de vuestros Centros.

¿Queréis a vuestros Centros? Comenzad como Jesús en Cafarnaún...

No digáis que sois poca cosa, incapaces para una empresa, ignorantes, sin dotes de orador y de conferenciante. No digáis eso, porque nada de eso hace falta.

Poseed a Jesús en vuestro corazón virginal, y un poco de doctrina en vuestra inteligencia y mucho amor a Dios y a la Alianza, y eso basta.

Con sencillez y buen ejemplo atraed almas sedientas y humildes, y comenzad; pronto el grano de mostaza se convertirá en árbol.

PUNTO II.- Jesús en la playa

Uno de aquellos días Jesús salió de la ciudad hacia la orilla del mar..., y, al instante, arremolinóse la muchedumbre ávida de escuchar la dulcísima y maravillosa doctrina; y tanta era la gente y el afán de oírle, que poco a poco, oprimiéndole, le iban estrechando contra la orilla, expuesto a caerse al agua.

Dirigió entonces Jesús su mirada al lago y vio flotando dos lanchas; subió a una de ellas y mandó a los remeros, que eran Simón Pedro y su hermano Andrés, la apartasen un poco de la tierra; y desde allí, sentado en uno de sus bancos, habló a las turbas que en la orilla seguían escuchando.

¡Cuadro, en verdad, sublime y encantador! Mecida la barca suavemente por las aguas, Jesús, Maestro humilde, bondadoso y sencillo, en charla íntima y familiar, se dirige a las gentes atraídas y cautivas, no sólo por lo que *dice*, sino por lo que *es*; oyen y ven las turbas; ven cabalmente aquello mismo que oyen; la doctrina de Jesús es aquello mismo que Él vive, y *vivido* les da aquello mismo que habla. Cautivadora es la doctrina; pero más cautivador es Él.

—

¡Oh, hermanita! Cierra aquí, si quieres, el libro, cierra tus ojos y tu mente, y... contempla.

¡Desde la humilde “tribuna” de una pobre barca pescadora, en la solitaria arena de Tiberíades y al soplo de la pura y dulce brisa mañanera, se revela a las almas hambrientas el Hijo del Hombre, que es el Hijo de Dios!

¡Oh, hermanita! ¡Ese es Jesús...! ¡Créelo, ese es Jesús, Jesús auténtico, el verdadero! ¡Jesús del Evangelio...!

Y, a la luz de ese cuadro arrebatador, escúchame: ¿quieres ser hermanita apóstol de fructuosa labor y de abundante cosecha para la Alianza?

Sé primero *verdadera hermanita*, hermanita auténtica, de tal suerte que quien te oiga la doctrina de nuestra Obra, la oiga confirmada con tu ejemplo; que vean en ti *vivido* aquello que dicen tus palabras; que atraigas a las almas sedientas, no sólo por lo que *dices*, sino por lo que *eres*; que no seas distinta *siendo* de lo que eres *hablando*.

PUNTO III.- A pescar almas

Concluida la plática, Jesús despidió a la muchedumbre... y dijo a Simón: “guía a altamar y echad las redes para pescar...”

Ciegamente obedeció Simón. Remaron hacia adentro y, cuando estuvieron distantes de la tierra, en el lugar que Jesús creyó oportuno, echaron las redes, y ¡oh maravilla! Tal fue la abundancia de pesca, que se rompían las redes; hubieron, pues, de llamar a los de la otra barca para ayudarles, y aún las dos barcas corrieron el riesgo de irse a fondo por el peso de tanto pescado recogido.

A la vista de aquel prodigio, Simón conmovido se echó a los pies del Maestro, diciéndole: “Sepárate de mí, Señor, que soy un pecador...” “No te asustes, le dijo Jesús, desde hoy tú serás pescador de hombres...”

Jesús había sido bueno y bondadoso para todas las gentes, pero guardó deferencias y predilecciones para sus queridos amigos. Sólo ellos fueron favorecidos con el milagro, al cual siguió una sublime *vocación*.

—

Tú, hermanita amada, la predilecta de Jesús, eres la llamada a *remar* mar adentro; Jesús quiere separarte de la tierra y de lo terreno, que le sigas a Él, y que, llevándole contigo en tu barquilla, sigas remando hacia el alta mar de la soledad, al “retiro”... La Alianza no es para las gentes, que se quedan en la playa de la vida corriente y

fácil. La Alianza es para aquéllos, que saben remar mar adentro y que, venciendo el vaivén de las olas, de las lanchas, de las dificultades, avanzan llevando a bordo a Jesús consigo.

Éstas son las que merecen ser testigos de las divinas maravillas, y a éstas, con llamamiento especial, Jesús destina a ser pescadoras de almas; éstas son las que harán, con la gracia divina, pescas milagrosas, abundantes, para Dios y para la Alianza.

Hermanita, ¿cuál es tu lugar?, ¿te quedas en la arena?, ¿vas con Jesús mar adentro?

—

22. Jesús libra a un endemoniado

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Hallábase en la sinagoga un cierto hombre poseído de un demonio inmundo, el cual gritó con grande voz, diciendo: “Déjanos en paz. ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Jesús Nazareno? ¿Has venido a exterminarnos? Ya sé quién eres; eres el Santo de Dios”. Mas Jesús, increpándole, le dijo: “Enmudece, y sal de ese hombre”. Y el demonio, habiéndole arrojado al suelo en medio de todos, salió de él sin hacerle daño alguno. Con lo que todos se atemorizaron, y conversando unos con otros, decían: ”¿Qué es esto? ¿Él manda con autoridad y poderío a los espíritus inmundos, y luego van fuera?”. Con esto se iba esparciendo la fama de su nombre por todo aquel país. (*Marc. I, 23-28*).

—

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor!, ¡qué grande es tu poder contra Satán!... Si en tu vida mortal hacías temblar al infernal espíritu, ¿qué harás, cuando vengas a juzgar al mundo?... Y si Satán es impotente ante tu divina presencia, ¿qué hará el hombre, arrogante y soberbio, delante de Ti?...*

¡Tú y él, Señor, sois dos rivales irreconciliables...!

¡Oh! Soy hermanita; soy, Señor, tu regalada esposa; soy tu hija; ¡y él, como para Ti, también para mí será siempre el eterno rival, el irreconciliable enemigo...!

En medio del mundo, donde Él es rector y casi dueño, la Alianza le hace guerra... Él y sus posesos nos persiguen con saña y astucia infernales... Así queremos que sea siempre; en la Alianza no admitimos paces con él... Dos campos, dos frentes en lucha incesante; nosotras, las hijas de la Alianza, y el mundo esclavizado y poseído por él...

¡Oh, Jesús! No admitimos condiciones ni componendas; no cedemos un palmo de nuestros campos virginales... Todo en la Alianza es para Ti...

Señor, muestra tu poder en la Alianza; guárdala y defiéndela en tus combates contra él... Sé nuestro invicto Caudillo... ¡Somos tuyas!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- El demonio es nuestro enemigo

Al siguiente día era sábado, y, muy de mañana, los nuevos pescadores de “hombres” salieron juntos de las sinagogas para asistir a los oficios matutinos, seguros, al mismo tiempo, de encontrar allí auditorio numeroso y bien dispuesto, ya que los que allí se reunían iban a honrar a Dios.

Ocupó Jesús aquel día la tribuna de la sinagoga y dirigió su divina palabra con autoridad y de manera muy distinta que los escribas, lo cual causó admiración entre los oyentes.

Mas he aquí que un incidente imprevisto va a redoblar todavía la admiración de la concurrencia.

Hallábase entre los oyentes un desgraciado “endemoniado” o “poseído del demonio inmundo”, el cual, no bien Jesús hubo terminado su explicación, comenzó a exclamar: ¡Oh! ¿Qué hay en Ti y nosotros, Jesús de Nazaret? Has venido a perdernos. Sé quién eres: el Santo de Dios”.

Magnífica lección, hermanita de la Alianza, que debes guardar en tu corazón.

Jesús, divino Maestro, enseña su celestial doctrina a un escogido auditorio, en un lugar sagrado. Difícilmente podría ofrecérsele ocasión más ventajosa; escogido era el auditorio y escogido el lugar de su predicación.

Y allí, no obstante, su enemigo eterno levantará la voz de su impotencia contra el divino Redentor: “Déjanos en paz, dice el demonio, inmundo ¿qué tenemos que ver contigo? Tú has venido a exterminarnos”.

¡Oh, hermanita! Si de veras eres hermanita de la Alianza, en donde quiera que estuvieras, no sólo en medio del mundo, sino en la misma soledad del Santuario o del “retiro”, experimentarás la oposición del espíritu inmundo.

Así conviene que sea; el demonio inmundo, el demonio de la lujuria ha de bramar siempre contra ti, por ser tú, por la especial condición y estado en que vives, su mayor y más temible enemigo.

Cuando oras ante el Sagrario; cuando enseñas a las niñas el catecismo; cuando atraer a las almas al amor de la pureza; cuando, con tu ejemplo y angelical conducta, perfumas de aromas celestiales el taller donde trabajas, la fábrica, la oficina, la escuela o el campo, el demonio mismo o algún poseso o posea de él, levantará la voz de su impotencia: “¡Ay!, ¿qué hay entre ti y nosotros? Déjanos en paz. Tú vienes a perdernos...”

¡Dichosa la hermanita, a quien así aborrece y teme el demonio inmundo! No hay mejor señal de que existen rivalidades entre ambos.

Hermanita: ¿sois de hecho rivales?, ¿o contemporizas con él en algo?

PUNTO II.- “Enmudece y sal de ese hombre”

Al escuchar Jesús, en medio del silencio de su devoto auditorio, aquella protesta que, por boca del desventurado poseso, le dirigía el demonio, calló y, fijándose en él, con tono de severidad y de gran imperio, le intimó dos órdenes tan breves como tajantes. La primera es: “Enmudece”. El texto griego emplea aquí la palabra “amordazar”, para dar a entender que el Señor aplicaba al demonio

una “mordaza”, impidiéndole hablar ni a favor ni en contra de nadie, puesto que él, en todo caso y siempre, es mentiroso, engañador y peligrosísimo sofista.

Y en el mismo tono de severidad e imperio, añadió: “Sal de ese hombre, a quien tan duramente cautivas y atormentas; sal de ese infeliz, de quien Yo soy el Señor y Criador, y a quien quiero redimir y salvar; sal de ese cuerpo y de esa alma, para que, libre de tu esclavitud, me sirva a Mí con amor”.

A veces, hermanita amada, acostumbra el demonio a molestar a las almas recogidas con hablas que parecen de Dios, con ciertas inspiraciones íntimas, sugiriendo ideas, proponiendo resoluciones, proyectos, obras de celo, tales o cuales prácticas de religión o de piedad. Y dentro de esas sugerencias no faltarán halagadoras expresiones de alabanza, como lo hizo con Jesús: “Ya sé quién eres..., el Santo de Dios”.

¡Oh, hermanita! Es preciso poseer en alto grado el Don del Espíritu Santo para conocer las astucias y sofismas del terrible enemigo, para no dejarnos engañar y seducir por sus ocultas y disfrazadas marrullerías.

¡Cuántas almas infelices escuchan con agrado, y hasta con dulce piedad, el habla de Satanás, creyendo ser habla de Dios!

Es preciso velar con gran cautela y no creer tan fácilmente a todo espíritu, porque sabe mezclarse muy hábilmente, con apariencias de buen espíritu, el que sólo busca nuestra ruina y perdición.

Antes de la oración y en todos los actos del día y en todos los momentos, acostúmbrate a decir al Señor con Samuel: “Loquere Dómine” “Háblame, Tú, Señor, y manda callar al espíritu tentador; pon mordaza en su boca para que no sea yo engañada. Salga lejos de mí el enemigo de mi salvación, salga de mi memoria y de mi fantasía; déjeme en paz y libre de sus engañosas sugerencias.

Háblame tú solo, Señor, porque Tú solo hablas la verdad, porque Tú eres la palabra del Padre, Tú eres la verdad”.

Cuida, pues, hermanita; no creas vanamente a toda inspiración, aunque parezca buena y santa.

PUNTO III.- “Y, dando un gran alarido, salió de él...” No caben pactos

Forzoso le fue al demonio obedecer al punto. Era más fuerte la voz de Aquél, que un día le precipitó de la gloria al abismo.

Mas en su impotencia no soltó la víctima, sin intentar atormentarle por última vez y manifestar en ella su odio al Creador. Sacudiéndole, pues, con terrible violencia, arrojó al poseso en tierra, en medio de la Sinagoga y, lanzando un grito de rabia, salió de él.

La muchedumbre se conmovió profundamente, y una mezcla de terror y de respeto y de admiración se apoderó de ellos: “¿Qué es esto?, decían aquellas gentes; Él manda con imperio a los espíritus inmundos y luego se van afuera”.

En efecto, se comprende muy bien el estupor de los habitantes de Cafarnaún en aquel suceso. Nada demuestra tanto la fuerza y la autoridad del Hombre-Dios, como la conducta del demonio en su presencia; aquel temblar y quejarse, esos testimonios que da, de la dignidad, grandeza y santidad de Aquél cuya presencia le aterra.

—

Mira ahí, hermanita amada, lo que es el demonio, tan poderoso por un lado y tan débil por otro. Fíjate lo que haría y a lo que se atreve, cuando Dios, en sus designios admirables, se permite, y lo poco o nada que puede, cuando Él lo encadena y lo amordaza.

¡Qué desgraciado es el que se hace esclavo de su furor y queda lejos de la tutela divina! ¡Qué seguro, en cambio, vive aquél, que descansa en el regazo del Rey poderoso de Amor!

¡Qué temeridad la de aquellas almas, que tan fácilmente condescienden con las engañosas sugerencias del astuto enemigo...!, ¡qué prudente, es, en cambio, el que vigila, como centinela en la avanzadilla, los más disimulados movimientos de su rival!

Además, hermanita amada, aprende aquí otra lección que te da Jesús.

Él, que es la bondad y la misericordia por excelencia hacia todos los hombres, para con el demonio es terriblemente severo; su rigor con él es implacable, su voz es como clarín de guerra; no admite condescendencias, no hay paz; es su enemigo jurado e irreconciliable.

Eso te enseña que para ti no debe haber componendas entre él y tu amado Jesús; no puedes dividir tu corazón entre ambos. Si eres de Jesús, por el mero hecho de serlo, eres ya terrible enemigo de Satanás. Ni poco ni mucho, ninguna condescendencia cabe con él; existe un frente infranqueable entre ambos rivales.

Las almas piadoso-mundanas (permíteme la expresión) no proceden así, es contraria en esto su conducta; creen compatibles ciertas transigencias y casi relaciones amistosas; con todos bien... Éstas no aplican la “mordaza al demonio”... ¡infelices!

¡Oh! La hermanita no debe, no puede ser así. Su odio a Satán es implacable, desde que libre y generosamente se consagró a su divino Esposo; su enemistad es irrevocable, su guerra eterna, su separación total y absoluta.

¿Es así como tú procedes, hermanita, en lo mucho y en lo poco, en todo y siempre... *enemiga* del gran enemigo?

23. Prodigios en casa de Simón Pedro

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Y saliendo Jesús de la sinagoga, entró en casa de Simón. Hallábase la suegra de éste con una fuerte calentura: y suplicáronle por su alivio. Y Él, arrimándose a la enferma, mandó a la calentura la dejase, y la dejó libre. Y levantándose entonces mismo de la cama, se puso a servirles. Puesto el sol, todos los que tenían enfermos de varias dolencias, se los traían. Y Él los curaba con poner sobre cada uno las manos. De muchos salían los demonios gritando y diciendo: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios”. Y con amenazas les prohibía decir que sabían que Él era el Cristo. (*Luc. IV, 38-41*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor! Si no me oyes, es porque no te hospedo bien en mi casa... La Alianza es tu casa; aquí se te ha ganado el Corazón... Vives tan querido, como en casa de Simón... Esto nos da derecho para abusar de tu cariño y de tu poder... Algunas hermanitas padecen fiebres altas, fiebre de aficiones terrenas, fiebre de vanos contentos, fiebre de caprichos inútiles, fiebre, tal vez, de malas pasiones... No consientas, Señor, que en tu Casa las almas buenas y serviciales queden inutilizadas por estas malas fiebres...*

Inclínate, Señor, bondadosamente sobre estas enfermitas, pon tu mano sobre ellas, y manda a la fiebre y ésta desaparecerá...

Yo soy, Señor, una de estas pobres enfermitas...

Reconozco en mi espíritu algunas décimas de esta molesta fiebre... Es que, Jesús mío, esta epidemia en el mundo es una verdadera peste, y, como yo vivo en contacto con el mundo...

¡Ay, Señor! Siempre con decimillas... ¡fiebre, fiebre...! Dame, Señor, fiebre ardiente de celo, fiebre de santidad, fiebre por el triunfo de la pureza, fiebre y fuego de amor...; fiebre divina, de Dios...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- “Le rogaron por ella”

Desde la Sinagoga, donde las turbas conmovidas acaban de admirar el poder que tenía sobre los espíritus inmundos, dirigióse Jesús, en compañía de Santiago y de Juan, a casa de Simón y de Andrés, su acogedora y familiarísima morada, con el fin, regularmente, de pasar en interior recogimiento el resto de aquel día de sábado, consagrado al culto divino.

Pero un serio contratiempo vino a interrumpir y entristecer la dulce paz de aquel afortunado hogar; la suegra de Simón Pedro se había retirado de cama con altas fiebres.

Jesús ya casi era de la familia; tal era la intimidad y confianza que se había granjeado entre aquellas buenas gentes, y, éstas, respondiendo a esa misma confianza, no tuvieron reparo en rogarle interesadamente por la salud de la pobre enferma.

Es de creer que Simón iría a la cabeza y con él su hermano Andrés; apoyarían el ruego los hijos del Cebedeo, que le acompañaban, y tal vez los demás familiares.

A todos interesaba la salud de la que era ama de casa, de aquella casa, donde con tanta solicitud y cariño era atendido el dulcísimo Maestro Jesús.

¡Cuántos títulos, hermanita amada, para que Jesús atendiese con solicitud el ruego de aquellos buenos amigos!

Con desinterés y lealtad habíanle ellos manifestado su grande amor, hospedándole en casa con verdadera satisfacción y

generosidad, dentro de su modesta posición; después de lo cual no podía menos de ser confiada su petición a favor de la dueña de la casa.

¡Qué eficaz es, hermanita amada, la petición precedida de buenas obras! Ganado primero su Corazón con un amor probado en el sacrificio y buenas obras, es seguro el despacho del beneficio, que en confianza y humildad se pide a Jesús.

Si tan bien se cotiza, aun en este mundo, el título de amistad verdadera, para interesarla a favor de una necesidad, incomparablemente mayor es la eficacia de la amistad de un alma con Dios, para hacerle violencia a favor de sí misma o de otras almas.

¡Oh, hermanita! Si Jesús vive en tu “casa”, en tu corazón, tan bien regalado y amado como en la del discípulo de Cafarnaún; si, como esposa fiel, es bien probado con obras tu amor al Amado en la Alianza, tus peticiones irán acompañadas de poderosa recomendación, para ser despachadas favorablemente.

“Jesús no me oye”, dices tal vez. ¿Será que no le has ganado primero el Corazón con amor probado?

PUNTO II.- Delicada caridad de Jesús

Jesús no tardó en escuchar la petición de sus amigos y, deseoso de darles una especial prueba de su gran afecto, accedió al punto al deseo manifestado.

Él permite muchas veces ciertas desgracias y contrariedades, a fin de tener después ocasión de mostrarnos más admirable su compasión.

Admiremos aquí la gran condescendencia y bondad de su inmenso Corazón.

Acercóse, pues, al lecho donde yacía la enferma, se inclinó cariñosamente hacia ella, tomóla de la mano y la levantó suavemente, al mismo tiempo que mandaba a la fiebre que la dejara.

Reaccionó instantáneamente la enferma, desapareciendo por completo la alta fiebre que la devoraba, y dejándole radicalmente curada.

Es muy digna de recordarse la gratitud de la enferma, que luego, levantándose de su cama, se apresura a servir, con todo reconocimiento y afecto, la comida al divino Médico y a los discípulos convidados.

Si Dios le había generosamente devuelto la salud, era justo la empleara en su mayor servicio, y, en efecto, con doblada solicitud y alegría lo hizo en adelante.

—

A tal ruego y petición, hermanita amada, tal correspondencia.

No te extrañe tan señalada condescendencia y bondad en Jesús, infinitamente bondadoso y condescendiente. Quien un poco a fondo conoce a Jesús, encuentra muy natural y llano este su proceder magnífico; no era posible que Jesús se negara en aquel trance, sin hacer casi una traición a los impulsos de su compasivo Corazón.

¡Oh! Y así sería Él siempre con nosotros, si nosotros supiéramos ganar con confianza casi audaz las ternuras y las “debilidades” amorosas de su Corazón.

Si nosotros no le atáramos las manos con nuestras ingratitudes y mezquinas ruindades, Él se adelantaría a decirnos: “Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis...”

¿Cómo es posible que a una hermanita, esposa suya, niegue nada Jesús, si ella sabe ser verdadera hermanita y esposa fiel y amante?

Nuestra desconfianza no nace de Él; nace de nosotros mismos; es que no somos para Él lo que Él es para nosotros.

Hermanita, ¡gánale el Corazón, como Teresita, y sé agradecida, como la suegra de Simón Pedro, y su bondad será prodigiosa para ti y para las almas que te interesan!

PUNTO III.- “Toda la ciudad se juntó ante la puerta...”

Una vez puesto el sol y venida la noche, los cafarnaítas diéronse prisa para aprovechar la presencia del Taumaturgo, tan bueno y tan poderoso.

Una verdadera procesión de enfermos, de necesitados, dolientes y endemoniados, que iban o eran llevados a Jesús, ocupaba las calles de la ciudad. “Toda la ciudad, dice San Marcos, se había juntado a la puerta de la casa de Simón”, demandando un favor de aquel Hombre, tan extraordinariamente misericordioso y compasivo.

Nadie, y menos el buenísimo Jesús, pudo hacerse insensible a aquel cuadro de lágrimas y de dolores. ¡Era aquella la noche del dolor y de la desgracia!

Bajó, pues, al portal y, con caridad infinita y condescendencia compasiva, comenzó Jesús a curarlos, no a todos de una vez (como pudo hacerlo), sino uno a uno, según describe San Lucas, “poniendo las manos sobre cada uno”. Así curó a todos. ¡A todos! A nadie dijo: “vendrás mañana”; a todos recibió con la misma solicitud, piedad y amor; para todos tiene palabras de aliento, de confianza, de enseñanza: “Confía, hijo”, “no temas, soy yo...”; “¿qué quieres que te haga?”; “levántate y anda”; “tu fe te ha salvado...”; “no quieras pecar”.

¡Oh, hermanita de la Alianza!, ¿quieres conocer hasta qué extremo llega la caridad del divino Corazón de Jesús? Ven conmigo; acércate a la puerta de la casita de Pedro... Ve allí la muchedumbre, estrujándose con violencia por acercarse al divino Jesús Nazareno. Es la humanidad, en la noche oscura del dolor y de la enfermedad, que se acerca a su Salvador, buscando con terrible anhelo el remedio que el mundo no puede dar.

Y ve allí, en la puerta, a Jesús mansísimo, de pie, con su mirada dulce y las manos extendidas, que va recibiendo uno por uno, sin distinción de clases ni de méritos, a todos aquellos necesitados de su caridad y de su poder: “la virtud, la gracia, la misericordia sobreabundante salía de Él y sanaba a todos”.

La noche avanza Jesús está cansado... ¡No importa!, su caridad es grande, su amor le vence.

Tu Cristo de brazos abiertos y clavados, hermanita amada, es Él, y de su costado abierto y de sus llagas sale una “virtud”...

Es Él mismo quien a la puerta del Sagrario, con los brazos extendidos y el Corazón abierto, llama y espera a las almas enfermas, heridas, necesitadas; del solitario tabernáculo sale una “virtud”.

¡Oh!, ¿por qué la humanidad doliente no besa con amor y confianza las llagas divinas?, ¿por qué las almas necesitadas no pasan por las puertas del Sagrario en busca de su curación?

Hermanita, ¿crees tú en Jesús?, ¿crees en su caridad?, ¿crees en su poder?, ¿crees en su amor?

Entonces... ¿por qué desconfías?

24. Jesús se retira a la oración

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Y partiendo luego que fue de día, se iba a un lugar desierto, y las gentes le anduvieron buscando, y no pararon hasta encontrarle; y hacían por detenerle, no queriendo que se apartase de ellos, Mas Él les dijo: “Es necesario que yo predique el Evangelio a otras ciudades del reino de Dios, pues para eso he sido enviado”. Y así andaba predicando en las sinagogas de Galilea.

(Luc. IV, 42-44)

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Maestro Divino!, ¡qué lección me das en este pasaje evangélico! Mucho trabajo..., pocas horas de descanso... Más me dice el Evangelio, que te levantas “muy de mañana”. Cuando las calles de Cafarnaún aún están solitarias y sus moradores duermen tranquilamente, ahí, envuelto en tu manto, cruzas las calles silencioso, y recogido caminas hacia las afueras... Ni siquiera Juan, ni Simón; solo... ¡Oh, Jesús! ¿A dónde vas solo y tan de mañana?...*

¡Oh, qué lección...! ¡Y cuánto me cuesta aprenderla, Señor!... Madrugar, castigando el sueño, venciendo la pereza...; madrugar, cuando todo está en silencio y en paz...; madrugar, buscando un lugar solitario y allí a Dios...

¡Oh, Señor! ¿Cómo oraré, si no te busco? ¿Cómo te hallaré, si no voy al lugar solitario? ¿Cómo hallaré soledad, si no madrugo? ¡Oh, Señor! Soy hermanita, vivo en medio del mundo, y éste deja de ser mundo por las mañanitas... Entonces todo el mundo es mío... Señor, madrugar..., orar... ¡Ayúdame...!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús madrugó

Muy tarde debió de ser, cuando Jesús terminó la jornada laboriosa que hemos considerado en la meditación anterior.

Bien necesitado de descanso hubo de retirarse en aquella avanzada noche y, como ÉL, los discípulos y amigos de la hospitalaria casa de Simón.

Cafarnaún, entre tanto, seguía comentando con alborozo, estupor y admiración el poder del gran Taumaturgo, y cada enfermo curado y cada poseso liberado eran pregoneros que glorificaban al divino Médico.

Pero Jesús no quiso descansar demasiado sobre sus laureles y, para huir de los aplausos, madrugó, y “muy de mañana”, según expresión de San Marcos, ya estaba en pie; antes que nadie pudiese notarlo, todavía todos acostados, abandonó en silencio la dulce morada de Simón.

Existen, hermanita amada, jornadas duras y gloriosas en nuestra vida; algunas de las cuales suelen ser, a veces, coronadas por Jesús con éxitos brillantes.

La acción del apostolado casi siempre supone intenso sacrificio, y este sacrificio lleva unas veces la recompensa de una consoladora conquista; otras, en cambio, “habiendo trabajado toda la noche, nada hemos pescado”.

El día que sigue a esta labor, ofrece dos peligros, que has de advertir y evitar, si quieres ser apóstol como Jesús.

Si no tuviste éxito en tu trabajo, el desaliento asoma con sus sombras, y viene a aflojarse tu celo. ¡Tanto esfuerzo completamente inútil...! ¡No merece la pena madrugar y desgastarse la vida...! ¡He ahí la desconfianza y el desaliento!

Si tuviste éxito..., ¡ah!, el éxito merece una tregua en la jornada, un poco de descanso está bien ganado; eso dispone admirablemente para nuevas empresas. ¡Bien está!

Pero... aprovechando este descanso, hay que asomarse al público, hay que escuchar los comentarios hermosos que se nos dedican; se mendiga entre los admiradores el aplauso, por las conquistas que se atribuyen a nuestra pericia, al buen tacto, al talento, al celo, a la virtud, y, acaso, a la santidad.

He ahí, hermanita, dos escollos que evitar. Nuestro apostolado no ha de aflojar, porque no tenga el éxito apetecido. Débese echar la red por segunda vez y por centésima vez, como si fuese la primera; es deber de todo gran apóstol; el éxito es cosa de Dios, a Él le toca. Los inconstantes nunca tienen éxitos en su jornada truncada. Si nuestro apostolado es brillante y fecundo, ¡ah!, entonces no mendiguemos los aplausos de los aduladores, asomándonos al balcón. Y en ambos casos ¡madruguemos como Jesús!

PUNTO II.- Oración recogida de Jesús

“Particularidad notable, dice un autor, del mar de Tiberíades es, estar cercado de soledades desiertas. Estos solitarios lugares, ya situados en las mesetas, ya escondidos en los barrancos que abundan cerca de la playa, ofrecen adecuados refugios para el reposo y la oración”.

Madrugó, pues, Jesús, hurtóse a los aplausos de las gentes y a las tareas de nuevos prodigios que ya no eran necesarios por entonces, puesto que los milagros no constituían su primordial objeto

en aquella misión; y, cuando todavía la ciudad reposaba en silencio, la atravesó y se refugió en una de aquellas grutas solitarias... Muy pronto su alma quedó sumida en oración, íntimamente unida con su eterno Padre.

De esta manera daba el indispensable descanso al cuerpo, fatigado por el continuo esfuerzo de su apostolado, y daba al mismo tiempo rienda suelta a su espíritu para elevarse, sin distracciones inoportunas ni excesivas preocupaciones, al coloquio divino, huyendo a su vez de las vanas aclamaciones populares, fruto consiguiente de sus portentosos milagros.

—

Esta lección, hermanita amada, debes grabarla bien en tu corazón. Un apostolado, sin la tregua de un recogido descanso en la soledad de la oración, tiene dos grandes peligros: 1.º) el desgaste prematuro de las fuerzas y de la salud, porque el cuerpo no es una máquina; 2.º) la probable esterilidad de la labor material de tu apostolado, que carece del indispensable elemento *vital* de recurso a Dios y de unión con Él por la oración.

¡Acción, acción!, te dirán al oído; ¡acción, acción!, te repetirá hasta el mismo demonio; pero acción sin su proporcionada oración es bronce que suena y campana que retiñe.

La labor apostólica es el cuerpo, la oración piadosa y recogida en la soledad es el alma; el cuerpo sin alma es un cadáver, y el apostolado sin vida interior es otro cadáver.

La hermanita en la Alianza es, sí, un apóstol; pero es apóstol de alma interior, que trunca y corta la acción, cuando conviene, para esconderse en la gruta del retiro, elevarse a Dios y beber en su Corazón la vida divina.

La hermanita es Marta y María en una pieza; y más y primero María que Marta, porque antes es la vida que la acción.

PUNTO III.- Buscando a Jesús

No hubieran dejado en paz al bondadoso y compasivo Jesús...

Todo el mundo aprendió el camino de la casa de Simón, y allá hubieran llevado otros tantos y más enfermos endemoniados, para que los curase. Y, en efecto, pronto las turbas asediaron la modesta morada de Jesús, preguntando por Él. Y fueron tantos los que venían y preguntaban, que Simón y los otros discípulos salieron en su busca.

No era, por lo visto, la primera vez que Jesús hacía esta salida mañanera, pues pronto pudieron dar con Él, guiados por Simón que conocía, tal vez mejor que otros, el lugar de su soledad. “Señor, le dijo ésta, todos te están buscando”. Y todos, también las turbas, le descubrieron y corrieron a Él, y le retenían, viendo que se quería ir a otra parte.

Mas Jesús, a pesar del afán con que ellos le buscaban, no quiso por entonces acceder a sus deseos y resolvió retirarse a otras poblaciones. El empeño de aquellas gentes llevaba miras terrenas, humanas y materiales: no iban por Jesús, sino por sus prodigiosas curaciones.

—

¡En busca de Jesús...! ¡Oh, hermanita amada! ¡Cuán pocos madrugan por buscar a Jesús! Allí, en Cafarnaún, muy de mañana, las turbas se echan a la calle en busca del Maestro. Ahora, las turbas no madrugan ni se molestan gran cosa para buscarle; el regalo y la comodidad de una blanda cama pueden más.

Y aun entre las almas mañaneras..., ¡cuántas se acercan al Sagrario con miras mezquinas, terrenas y temporales! ¡Cuán pocas son las que se sacrifican por buscar a Jesús por Jesús!

Cuando tú, hermanita devota, cruzas las calles en busca de tu Amado, topará con gente a quien no interesa un encuentro amistoso

con Jesús; sus diarias ocupaciones comienzan a llenar muy de mañana su mente y su corazón.

Tú, en cambio, oh hermanita, debes madrugar puntualmente, a la hora fijada en tu plan, y en ti debe madrugar, antes que ninguna otra ocupación o preocupación, el pensamiento y el afecto hacia Aquél que siempre madruga en espera de las almas mañaneras. En su busca has de dar tú los primeros pasos del día, con gran pureza de intención, con miras altas y elevadas.

¿Madrugas, hermanita, madrugas por Jesús?, ¿buscas a Jesús por Jesús? ¡Oh, hermanita!, no te entretengan ni te ocupen demasiado tus *cosas*. Suspéndelas, trúncalas de cuando en cuando, y huye al silencio y a la soledad del “retiro”; busca a Dios, descansa en Dios.

25. Curación de un leproso

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Estando en una de aquellas ciudades de Galilea, he aquí un hombre todo cubierto de lepra, el cual así que vio a Jesús, postróse rostro por tierra, y le rogaba diciendo: “Señor, si tú quieres, puedes curarme”. Y Jesús, extendiendo la mano, le tocó diciendo: “Quiero: sé curado”. Y de repente desapareció de él la lepra.

Y le mandó que a nadie lo contase. “Pero anda, le dijo, preséntate al sacerdote, y lleva la ofrenda por tu curación, según lo ordenado por Moisés, a fin de que les sirva de testimonio”. Sin embargo, su fama se extendía cada día más: por manera que los pueblos acudían en tropas a oírle, y a ser curados de sus enfermedades. Mas no por eso dejaba Él de retirarse a la soledad, y de hacer allí oración. (*Luc. V, 12-16*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor! Un leproso me da una lección magnífica de oración... La desgracia le arroja a la soledad..., vive en el desierto y su mal le hace madrugar y vigilar... Allí Dios le sale al encuentro... ¡Oh! ¡Cuántas ganas tienes, Jesús, de encontrar al hombre solo y recogido...!*

¡Si yo madrugase más y entrase en mi soledad interior...!, ¡qué fácil me sería encontrarme contigo...!

El leproso se acerca a Ti, porque Tú primero te has acercado a él... Buscando su bien viene él a Ti...; buscando su bien, Señor, Tú vas a él... Mi oración me lleva a Ti; mi oración con violencia te arrastra hacia mí...; la oración nos une a los dos... Señor, “si quieres...” no hace falta más... La oración nos ha unido...; a Ti, el sumo bien; a mí, la suma miseria... La suma bondad y la suma miseria juntas...; no tardará aquélla en derramarse y ésta en remediarse.

Señor, yo soy la miseria... Tú eres la suma bondad... ¡”Si Tú quieres”...!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Actitud del leproso

Como queda dicho en la meditación anterior, Jesús dejó algún tiempo Cafarnaún y fue recorriendo la Galilea, muy poblada en aquellos tiempos, con más de doscientas poblaciones y unos tres millones de habitantes.

Derramando por todas partes sus inagotables bondades, enseñando a unos y haciendo bien a otros, llegó a ser estimado, admirado y amado de todos.

En las cercanías de una de aquellas ciudades (probablemente Cafarnaún) salióle de repente al camino un infeliz leproso y, olvidando, o violando tal vez, la ley que le mandaba mantenerse a distancia de los pasajeros, se aproximó a Jesús. Las gentes que acompañaban al Maestro, instintivamente se retiraron asustadas, y el desgraciado enfermo cayó de rodillas a los pies de Jesús y, ocultando su vergonzosa deformidad, postróse rostro en tierra, en actitud de profunda humildad y respeto al gran Taumaturgo.

¡Edificante e impresionante cuadro aquél...!

¡Oh, hermanita amada! Contempla atentamente. El desterrado leproso ha aprovechado el paso del divino Nazareno; resueltamente, pisando el respeto humano y la vergüenza que su estado le provoca, se abre paso entre la gente, avanza con firmeza y se echa a los pies del buenísimo Jesús.

Mira, hermanita, cómo este hombre reconoce su triste estado, cómo se humilla...

Fíjate cómo Jesús le *mira* con mirada de piedad, con mirada de compasión, con entrañas de misericordia y de gran caridad.

Fíjate, hermanita; antes que el desgraciado dirija la primera palabra, el Corazón del Señor se ha conmovido, se ha abierto y se dispone a derramar sobre él el tesoro de sus misericordias inefables.

¡Oh! ¡Si ante mi Cristo, ante mi Sagrario, fuese esta mi actitud y disposición de hermanita! ¡Oh, no, no hubiera entonces necesidad de que yo formulase discursos para conmover a interesar el Corazón de mi buen Dios! ¡Bastaría con que, descubriendo bien mi repugnante lepra, supiera yo dar humildemente con mi rostro, con mi corazón en tierra...!

PUNTO II.- Oración del leproso

El leproso no se atreve a levantar los ojos a Jesús; es que los ojos de un leproso, de los cuales fluye un humor pestilente, no tienen expresión y casi quedan eclipsados.

Postrado sigue, y, en tan humilde actitud, con el rostro pegado al suelo, sale de aquellos labios gastados y corroídos una voz ronca y cavernosa, cuyo solo sonido es capaz de mover al más duro corazón: “Señor, si tú quieres, puedes purificarme”.

Conmovedora era la actitud del desgraciado enfermo; pero no fueron menos las palabras de su brevísima oración.

Reconociendo, en primer lugar, su propia indignidad que le hace caer en tierra, confiesa inmediatamente la grandeza del Señor, cuya misericordia implora, llamándole con respeto “Señor”. Cree con fe firme en su extraordinario poder...: “puedes purificarme”; “basta que lo quieras”; “querer es obrar”; “quíerelo y estaré curado”. Y dicho esto, calla; se abandona completamente a su poder y a su clemencia, inmóvil a los pies del Todopoderoso.

Hay bellas oraciones, hermanita amada, en los libros y en la liturgia de la Iglesia. Mas su eficacia no depende de su forma y de sus letras, sino del espíritu y fervor y modo con que el alma las dirige a Dios.

Ora sea en los brazos de tu Cristo, ora delante del Sagrario o a los pies del confesor, comienza siempre por reconocer tu grande enfermedad y el triste estado a que te redujeron tus pecados y te llevan los que a diario cometes. Mira ante todo tu propia miseria, ruindad y pequeñez y, humillada ante la verdad de tu propio ser, confiesa y descubre a Jesús toda esa lepra que te cubre y afea. Con gran reverencia y respeto reconoce luego el contraste de la grandeza y majestad de tu Dios, en cuya presencia eres indigna de comparecer. Y vistos con gran fe estos dos extremos: “Quién es Él y quién eres tú”, pocas palabras bastarán para que puedas formular una fervorosa y eficaz oración. Bastarán las palabras del afortunado leproso: “Señor, si Tú quieres, puedes...”; puedes curarme de esta lepra espiritual; puedes levantarme de este estado miserable y humillante; puedes darme salud, vida, fervor, energía, voluntad; puedes hacerme pura, humilde, mortificada, piadosa; puedes darme recogimiento, devoción, oración, unión, caridad, amor...

No mires, Señor, lo que yo en justicia merezco, sino lo que quiere tu Corazón; deja querer a tu Corazón y lo hará; quiere lo que yo necesito; si Tú quieres, se hará, porque tu poder está al servicio de tu querer, de tu amor; quiérello, Señor, y tu poder hará lo que tu amor quiera.

¿Es así, hermanita amada, tu oración?

PUNTO III.- Jesús quiere...

Sigamos contemplando el cuadro.

Encorvado, con la frente en el polvo, ha elevado el leproso su oración al Señor... Jesús, con la cabeza inclinada hacia él, guarda un momento de silencio, mientras las turbas con respetuosa emoción sirven de marco al cuadro...

Si el nuestro, hermanita amada, frío e insensible como es, con sólo recordarlo se enternece y conmueve, ¡¡cómo estará el Corazón tiernísimo y dulcísimo de Jesús...!!

Tal vez el pobre leproso vuelve a insistir: “Si Tú quieres, Señor...”

Jesús ya no puede escuchar aquellas palabras sin sentirse enternecido hondamente y, llevado de su inagotable caridad y bondad, se inclina, extiende su brazo y pone cariñosamente la mano sobre él, diciendo: “Quiero”.

—

¡Oh, hermanita! Recógete aquí, mira bien y ve ¡a Jesús bueno, bueno por excelencia, inclinado hacia el mísero leproso, con la mano puesta sobre su cabeza y diciendo dulcemente: “quiero”!

¿Quieres, ante todo, saber por centésima vez quién es Jesús? ¡Helo ahí! ¡Ése es Jesús...! ¡No hay otro Jesús ni en el Evangelio, ni en la tierra, ni en el cielo! ¡El auténtico Jesús es ese!

Y su voz es: “quiero”. La voz del Verbo en el seno del Padre, en la eternidad, es “quiero”; su voz en el seno de María Inmaculada, en el tiempo, es también “quiero”. “Quiero” dijo entre sollozos sobre las pajas del portal; “quiero” escucharon mil veces los viejos muros del taller y de la casita de Nazaret; “quiero” que el pecador se convierta y viva, dirá sudando y fatigado por los caminos de Galilea; “quiero” la voluntad de mi Padre, dirá entre agonías de muerte en el Huerto santo...; “quiero” el perdón para todos, dirá por fin, como grito de amor, en las torturas de su muerte de cruz.

Y “quiero” resuena todavía en la soledad de los templos y en el silencio de los Sagrarios; “quiero” misericordia para el pobre corazón humano.

¡Oh, hermanita! ¿No has escuchado alguna vez sobre ti esta dulcísima voz de tu Jesús...? ¡Oh, sí! “Quiero” te dice Jesús; quiero curarte, quiero purificarte, quiero encenderte, quiero santificarte, quiero salvarte, quiero regalarte en el festín de mis bodas eternas en el cielo...

Jesús “quiere”. ¡Oh, y cuántas cosas quiere! Y tú... ¿no lo quieres?

PUNTO IV.- “Quédate limpio...”

Y Jesús inmediatamente añadió: “Quédate limpio”. Y el leproso sintió en todo su ser los efectos del poder omnipotente de Jesús. Por sus entumecidos y corroídos miembros comenzó a circular la vida; cerrándose las repugnantes llagas, restituyéronsele las carnes antes gastadas y mutiladas y, curado del todo, sano y ágil, se puso en pie para bendecir, alabar, aclamar a su Dios bienhechor, y para publicar las maravillas que su poder obró en él.

Jesús, modestísimo y humilde, le impuso silencio y, juntándose con los discípulos que se le acercaban en aquel momento, se escabulló y alejó de allí.

De rodillas en el silencio de un confesionario has oído, hermanita amada, una y cien veces, esta voz amorosa y omnipotente: “Quédate limpia”. “Yo te absuelvo...”. Y la que, al ponerte allí postrada, eras una inmundada leprosa, has sentido una transformación súbita, verdadera y maravillosa en tu alma; en ella se ha infundido la *vida*, vida divina y sobrenatural; se han curado y cerrado las pestilentes llagas de tus pecados; se te ha restituido todo lo que

perdiste y, curada perfectamente, has salido sana y hermosa con belleza sobrenatural.

Y te diré más: este prodigio y esta sublime escena se han repetido en ti una, cien, mil veces, allí, a los pies del confesor, a la puerta del Sagrario, en las rejas del comulgatorio, en el abrazo de tu Cristo amado, compasivo y misericordioso...; debes recordarla conmovida, si tienes corazón. Jesús humilde, que nunca se buscó a sí, se aleja en silencio, y tú... ¡oh, ingrata!, tú no has sabido agradecerlo debidamente.

¡Oh, hermanita! ¿Sabes que eres una miserable *leprosa curada* por prodigio de amor?, ¿lo reconoces?... Y ¿cómo se lo has agradecido...?

26. Curación del paralítico

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Estaba un día Jesús sentado y enseñando, y estaban asimismo sentados varios fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todos los lugares de Galilea y de la Judea, y de la ciudad de Jerusalén para espiarle: y la virtud del Señor se manifestaba en sanar a los enfermos. Cuando he aquí que llegan unos hombres que traían tendido en una camilla a un paralítico y hacían diligencias para meterle dentro de la casa en que estaba Jesús y ponérsele delante. Y no hallando por dónde introducirle a causa del gentío, subieron sobre el terrado, y, abriendo el techo, le descolgaron con la camilla en medio delante de Jesús. El cual viendo su fe, le dijo: “¡Hombre: tus pecados te son perdonados”! Entonces los escribas y fariseos empezaron a pensar mal, diciendo para consigo: “¿Quién es éste, que así blasfema? ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? “Mas Jesús que conoció sus pensamientos, respondiendo les dijo: ¿Qué es lo que andáis revolviendo en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados te son perdonados, o levántate y anda?: Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados: Levántate (dijo al paralítico), yo te lo mando; carga con tu camilla, y vete a tu casa”. Y levantándose al punto a vista de todos, cargó con la camilla en que yacía; y marchóse a su casa dando gloria a Dios. (*Luc. V., 17-25*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Señor! También es eficaz la oración por el prójimo, cuando a la oración acompaña una obra de caridad.*

Cuatro o cinco hombres hacen el sacrificio costoso de poner a tus pies a un desgraciado paralítico... La súplica para que lo cures no puede ser más interesante y eficaz...; nada dicen los labios..., bastan las obras...

Ahí lo tienes... De nuevo la miseria junto a la suma bondad...; la miseria calla, los que la han acercado te miran... ¿Qué hará tu Corazón?... El rasgo de caridad de ellos te conmueve...

Dos grandes miserias llaman a tu misericordia... Miseria moral, miseria corporal... “Confía, hijo mío, tus pecados se te perdonan”... La mayor miseria queda remediada... ¡Oh, Señor!, si estas miserias se vieses, como se ven las corporales, ¡qué maravillas de tu Corazón veríamos todos los días!...

“¡Levántate, toma tu lecho y vete!”... Queda remediada la otra miseria... ¡Qué bueno eres, Señor!, ¡qué completas y perfectas son tus obras!... Y todavía desconfío... ¡Sí! ¡Creo en tu bondad!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Presentación del parálítico a Jesús

Después de sus correrías por los pueblos de Galilea, regresó Jesús a Cafarnaún, con el fin, tal vez, de dar un poco de descanso a las fatigas de su larga misión por la provincia.

La casa de Simón fue, probablemente, su tranquila morada, como en las estancias anteriores...

Pero poco duró la paz de su soledad; la casa volvió a ser de nuevo asediada por las turbas, que se enteraron de la presencia del divino Maestro, y tal fue la aglomeración de gente, que desbordaba por los alrededores y obstruía por completo el paso al interior de la casa, ávidos todos de oírle y de ser testigos de nuevos prodigios, que esperaban de su inagotable bondad.

Entre los asistentes, sentados cerca de Él, estaban los doctores de la Ley, que, enviados desde Jerusalén por el Sanedrín, espían su conducta y la doctrina que predicaba Jesús, cuya fama, llegaba a través de las fronteras, había poderosamente movido las conciencias e irritado sus mezquinos celos.

Y he aquí que, inopinadamente, un suceso extraordinario vino a interrumpir la instrucción del Maestro.

Cuatro hombres, cuentan San Marcos y San Lucas, traían a un paralítico en un incómodo camastro y, no siéndoles posible abrirse paso por entre la muchedumbre que cerraba la entrada, llevados por su ardiente empeño de acercarse de un modo u otro a Jesús, determinaron subirse con el enfermo y su camilla a la terraza de la casa, por alguna escalera exterior, y, abriendo una boca suficiente en el tejado, deslizarle por medio de cuerdas, viniendo a quedar delante del Señor que, sentado en medio del patio, hablaba a la gente.

Atrevida y arriesgada escena fue aquella, que impresionó poderosamente a toda la asamblea y al bondadoso Maestro Jesús.

—

¡Qué hermoso ejemplo para ti, hermanita amada! Aunque algunas veces no lo parece, siempre es posible el acceso a Jesús, para quien de veras le busca y le ama.

Es cierto...; los acontecimientos inesperados, o los simples e imprevistos contratiempos que a menudo nos truncan el plan de nuestra vida diaria, dificultan seriamente nuestras continuas intimidades con Él. Pero... ¡oh!, cuando de veras buscamos y amamos a Jesús, hallamos modo, sin necesidad de tocar extremos de heroísmo, de colocarnos cerca de Él.

A un alma vulgar le es bastante, para darse por excusada, un poco de sueño, una molesta pesadez, una ligera indisposición. Son obstáculo casi insuperable una ocupación, una fatiga mayor en el trabajo del día, una visita importuna o tal vez un simple encuentro en la encrucijada con una persona afecta. Tan sin razón y fundamento se deja la cita de Dios.

¡Hermanita!, lo que al tibio le es imposible, le es fácil y agradable al fervoroso que ama. Ama; ama de veras, como corresponde a la hermanita de la Alianza, y verás cómo no hay cosa

imposible en la vida; porque Aquél que es Todopoderoso, lo hace todo posible y fácil.

PUNTO II.- Confía, hijo, tus pecados se te perdonan

Sorpresa agradable fue aquella para el amoroso Corazón de Jesús.

Rasgos de un verdadero heroísmo quedaban a la vista de aquel magnífico acto de caridad por parte de los camilleros, y de una fe y resignación sublime por parte del paralítico.

No hubo necesidad de que el enfermo formulase ninguna petición; más eficaz que las palabras con que pudiera hacerla era la obra, era la acción arriesgada que acababan de realizar a la vista de todos los circunstantes.

Por eso, Jesús no esperó a que el paralítico hablase, pidiendo su curación; se adelantó con infinita ternura y caridad su compasivo Corazón y, merced a la fe de los portadores, “viendo la fe de aquellos hombres” (dice así San Marcos), se dirigió al paralítico, que, si enfermo era de cuerpo, éralo más del alma, puesto que la enfermedad del cuerpo era afecto de la del alma. Por lo cual quizás el pobrecito estuviera turbado, avergonzado, temeroso y arrepentido.

Quiso, pues, Jesús mostrarle primero la bondad de su Corazón amante y dirigirle esta suavísima palabra: “Confía, hijo...”

¡Oh, qué dulce impresión en el alma del paralítico!, ¡cómo se ensancharía su corazón!

Y añadió inmediatamente: “tus pecados te son perdonados”.

Gózase Jesús en aquel rasgo de caridad y amor, y de ello hace participar abundantemente al arrepentido paralítico.

Dos bellas lecciones aprenderás aquí, amada hermanita: a) la una sobre el valor de una buena obra a favor del prójimo. Expresamente quiso Jesús dejar consignado en su Santo Evangelio, que la fe y la buena acción de aquellos hombres le movieron a realizar aquel doble prodigio tan estupendo.

¡Cuántas almas paralíticas y sin movimiento espiritual yacen en el inmundo camastro de sus pecados, porque falta a su lado la caridad de unos camilleros compasivos!

¡Oh, hermanita! Tú que tienes la suerte de estar sana de la misericordia de Dios, no olvides a esas amiguitas paralíticas, que, quizás todos los días, se sientan a tu lado en la fábrica, taller, oficina... o simple tertulia. Convídalas, ayúdalas, empújalas al regazo del bondadoso Taumaturgo.

b) La segunda lección es en especial para ti, directora, delegada o simple encargada: aprende aquí a recibir con caridad, dulzura, benevolencia y amor a tus hermanitas subordinadas, aunque éstas lleguen a ti cargadas de miserias.

No esperes a que ellas, temblando, tartamudeen sus penas, sus quejas, sus justas peticiones, sus agobios... Adelántate cariñosa, ábreles el corazón y los brazos, y salga con suavidad de tus labios y del fondo de tu alma una palabra de confianza.

Jamás fue duro el primer saludo de Jesús; al mismo Judas en el Huerto le llamó “amigo”.

Nunca sea dura, seca y desabrida tu primera palabra a tus hermanitas.

¡Oh!, no cierres, no ahogues de espanto y de temor el corazón, a quien tal vez viene a abrírtele en íntima y confiada expansión. “¡Confía, hija!...” ¡No lo olvides!

PUNTO III.- “Levántate, toma tu lecho y vete”

En odioso acecho está cerca de Jesús el grupo de fariseos y doctores de la Ley, que, ojo avizor, observa lo que hace y lo que dice aquel Maestro de Galilea, no para aprovecharse, creyendo su doctrina, sino para acusarle al Sanedrín.

Al ver que Jesús perdonaba los pecados al paralítico, comenzaron a murmurar y a juzgar mal de Él en sus corazones. Y Jesús, que conocía sus pensamientos, en su presencia de la prueba soberana de su poder, como Dios.

“¿Qué os parece, les dice, qué os parece más fácil, perdonar los pecados o curar este enfermo...? Pues, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad de perdonar los pecados, dícele al paralítico, Yo te digo: levántate, carga con tu camilla y veta a tu casa”. “Y levantándose a la vista de todos, cargó éste con la camilla en que yacía, y marchóse a su casa, dando gloria a Dios”. Con lo cual los desgraciados emisarios del Sanedrín quedaron confundidos y humillados; pero arrepentidos ni convertidos.

—

¡Hermanita amada! Cuatro afectos distintos observaremos en este estupendo prodigio: a) un grupo de fariseos, intérpretes de la Ley, los llamados a conocer a Jesús, por su reprobable disposición quedan más endurecidos y empedernidos en su odio al Señor.

b) Entre la muchedumbre que es testigo del prodigio, “muchos curiosos” sintieron una especie de espanto y estupor, admirando en Jesús el poder de perdonar y de curar, que Dios le había dado.

c) Los Apóstoles, fieles en la fe y en el amor, reconocieron la grandeza divina de su Maestro y recordarían, quizás, las palabras que en un día histórico les dijo en el Jordán San Juan Bautista: “He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo”.

c) Y, por fin, el afortunado parálítico que, por su admirable disposición y la de sus camilleros, se levantó de su mísero camastro, carga con él y se va a su casa.

Jesús sigue haciendo prodigios de gracia; su mano no se ha acortado.

En este misterioso portal del Sagrario se reúnen turbas de “curiosos egoístas”, de discípulos amantes, de solapados fariseos y de arrepentidos parálíticos.

Los unos salen de su presencia endurecidos en el pecado, ¡oh desgraciados impenitentes! Los otros, heridos de cierto estupor de admiración y de remordimiento. Aquéllos, confirmados en su fe y amor al divino Maestro. Y no pocos, levantados de ánimo, vigorizados, dispuestos a tomar sobre sus hombros el peso de su *cruz* y de su *deber*.

Hermanita ¿entre quiénes te pondré?, ¿dónde está tu puesto? ¿Sales de la presencia de Jesús confirmada en el amor, como los Apóstoles; sana, resuelta, levantada, como el parálítico, con pie firme para caminar por la senda de la “Alianza”, con todo el peso que ella te exige?

27. El alma parálitica

TEXTO BÍBLICO RESUMIDO.- Esto dice la misma verdad, el testigo fiel y verdadero, el principio o causa, de las criaturas de Dios:

Conozco bien tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!

Mas, por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca.

Porque estás diciendo: “Yo soy rico y hacendado, y de nada tengo falta”; y no conoces que eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo... (Apoc. III, 14-17)

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor! ¡Qué poco puede por sí un parálitico! Para todo necesita el auxilio del prójimo... A no ser por aquellos buenos vecinos, el desgraciado hubiera permanecido en su mal...*

Y ¿no era todavía peor su parálisis espiritual, de la que ni él ni sus vecinos se daban cuenta?

Mayor compasión te debió de dar esta parálisis que la de sus miembros y fue ésta a la que primero pusiste el remedio... ¡Y cuántas almas hay en tu Iglesia que padecen esta terrible enfermedad!... Almas inmóviles que duermen en culpable modorra progresiva, sin movimiento hacia las cumbres de la santidad..., en el camastro de la vida de comodidad, regalo, rutina..., tumbadas en la tibieza..., incapaces de ayudarse para nada...

¡Oh, Señor! ¡Que la Alianza no consienta en tu seno almas de esta condición!... Si alguna hubiere, suscita, Señor, alguna buena y caritativa hermanita, que la conduzca a tus pies para que la cures... ¡Librame a mí y a todas mis hermanitas de este funesto mal...! Queremos vivir, Señor, vivir vida ferviente..., queremos avanzar... y ganar las alturas...

¡Tú no has hecho una Alianza de almas tibias...!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Parálisis espiritual

Si quieres, hermanita amada, vamos a insistir en este hermoso e interesante pasaje del Santo Evangelio.

Ese pobre paralítico, enfermo y pecador, perdonado y curado misericordiosamente, nos da ocasión para pensar en un alma espiritualmente paralítica, cuya curación a la *vida divina* nos debe interesar tanto más.

Los malos humores, disolviendo los nervios, dejaron inválido e inmóvil, en parte o totalmente, a un hombre robusto. Tendido en un camastro, su vida era de absoluta inercia; imposibilitado para obrar, completamente inútil, fastidioso para sí y gravoso para los suyos; que nada hace, pero da qué hacer a los demás; que sufre y da qué sufrir a los que le rodean.

¡Qué triste es el estado de un paralítico, que, días, meses y años quizás, postrado en su lecho, llora su infeliz situación!

Mucho se parece a este estado el de un alma, cuya vida espiritual está en parte o en todo paralizada.

Los malos humores, contraídos en el ambiente envenenado que respira en un mundo corrompido, le entorpecen primero y luego le impiden toda actividad y ejercicio sobrenatural; se emperezan las potencias del alma, lo mismo que los miembros de ese enfermo; invádele la modorra y el sopor; su inteligencia no discurre, no hay energía ni decisión en su voluntad, se afloja todo su espíritu, cae en una morbosa inercia y busca (y ésta es su única actividad), busca un camastro para tumbarse en una vida regalada y cómoda; y en la falsa

paz de la tibieza queda inhábil, dormida en una lastimosa parálisis espiritual.

¡Qué triste es, hermanita amada, la situación de un alma, que ha llegado a esta mortal postración!

La rutina, con que, por no aburrirse, practica ciertos actos de piedad, será suficiente para creer que no está muerta para Dios, y la *insensibilidad* de su conciencia culpable pensará que es la paz amistosa de su Dios. Cuando, en verdad, ni sus actos rutinarios son indicio de *vida viva*, ni la insensibilidad de su conciencia podrá ser nunca verdadera señal de amistad divina.

Engañada está la infeliz; se cree sana, porque no sufre, y es una desgraciada paralítica, en un letargo peor que la muerte.

¿Serás tú, quizás, hermanita amada, una de esas ilusas, que no creen en su propia enfermedad? Mira que las hay...

No te fíes, ni de ti ni de tu propio diagnóstico; deja que un alma caritativa te examine y te avise con franqueza y libertad el estado, tal vez deplorable, de tu pobre alma.

PUNTO II.- Oficio de un buen camillero

El infeliz paralítico, paralítico hubiera seguido hasta la muerte, si unos caritativos y desinteresados vecinos no hubieran tomado sobre sí la difícil y heroica tarea de acercarle al divino Médico Jesús.

El rasgo de estos hombres es edificante en grado sublime; parecía en un principio insuperable la dificultad de poderlo introducir en el patio interior de la casa; sólo una fe que derriba los montes, pudo remover aquel obstáculo, arriesgándose para ello a una operación de verdadera aventura.

La caridad, cuando no es egoísta, ni ambiciosa, ni veleidosa, ni comodona, lo sufre todo, resiste a todo. El verdadero celo no mira las dificultades, no ve los obstáculos, supera toda resistencia. El verdadero apóstol de las almas agota todos los medios imaginables, antes de darse por vencido.

—

Hermanita amada; conoces tal vez alguna infeliz amiguita, aliada o no aliada, enferma de parálisis espiritual, tal como lo has meditado en el punto anterior.

¿Has intentado siquiera sacarle de ese estado, en el que su alma es como un cadáver?

¿Has puesto, como dice un Santo Padre, en juego los cuatro camilleros, que son las cuatro virtudes cardinales, para ayudarla en el camino hacia Dios?

Tú sabes que una hermanita de tu Centro, de tu calle, de tu taller..., influida por el ambiente, va aflojando, entibiándose, entorpeciendo en el camino de su “retiro”. Sabes que allí no aparece más que de tarde en tarde, habiendo sido antes tan asidua. ¿Qué será?, ¿parálisis tal vez?...

¡Oh!, ¡unos camilleros, que llegasen a tiempo, la salvarían...!
¿Te ofreces a esa labor de caridad fraterna?

Acaso hay un motivo, porque tú eres directora, delegada, instructora, encargada de un alma... ¿qué haces por ella?, ¿haces algo?, ¿haces mucho?, ¿haces lo que aquellos camilleros... un acto heroico?

¡Qué fácil es criticar la conducta de una hermanita!, ¡qué fácil es cambiar su ficha del fichero de las *sanas* al de las *paralíticas*, que son bajas en la Obra...! ¿No te tiembla la mano, al hacer esta lamentable operación?, ¿sabes la trascendencia de este cambio para un alma?

¿Has agotado antes todos los medios posibles para procurarle una curación? ¿Hiciste tanto cuanto Jesús hizo con Judas? ¿No te parece que muchas bajas en la Alianza lo serán quizás por nuestra culpa?

¡Oh, si fuéramos caritativos, celosos y desinteresados, como aquellos camilleros...!

PUNTO III.- La recompensa

Dulce y agradable sorpresa para Jesús fue aquel acto heroico de fe y de caridad, que unos vecinos realizaron a favor de un inválido. A su vista quedó Jesús sorprendido, edificado y admirado. Antes de mirar al enfermo, debió de fijarse en los portadores, cuyo sacrificio estaba patente. Vio su fe..., y por su fe miró con piedad al enfermo. No dejaría el bondadoso Jesús de pagar con largueza acto tan meritorio.

El mayor bien fue para el paralítico. Al incorporarse y cargar con aquel camastro, su corazón agradecido glorificó a Dios, y a fe que no dejaría de hacerlo también a sus bienhechores camilleros. ¡Qué gratitud guardaría toda su vida para aquellos hombres, a quienes, después del Señor, debía el beneficio de su salud! ¡Y qué satisfacción la de estos, al ver cumplidos sus deseos por medio de tan señalado prodigio!, ¡bien empleado darían todo cuanto por su bien acababan de realizar!

Gran recompensa fue para ellos el bien hecho y la gloria, que a Dios se dio por ello.

—

¡Oh, hermanita! La conquista de un alma obra grande es; por ella Jesús hizo, no uno, sino muchos y sublimes actos heroicos, que nadie en este mundo ha podido igualar.

¡Y cuántas satisfacciones proporciona esto al celoso apóstol, que trabajó con amor y sacrificio por ella!, ¡ver sana, ágil, alegre, piadosa, angelical en el “retiro” a quien mil veces quizás viste paralítica, inerte, fría, tumbada en el camastro de la comodidad...!

Pero Jesús es el primero que goza y ¡qué gozo! Sobre noventa y nueve justos está el gozo y la alegría, que un alma penitente proporciona a Dios en el cielo. ¿No quieres dar ese gusto a Jesús?

Goza después el alma sanada y curada de tan funesta enfermedad, la cual, al contacto de Jesús, se incorpora alegre y fervorosa, y no cesa de dar gloria a Dios y gratitud al apóstol.

¡Y este gozo de Jesús y del alma conquistada repercute poderosamente en el corazón de ese apóstol, a cuyo celo se debe tanto bien y tanta gloria!

¡Oh, hermanita! Aunque tú no los busques, hay grandes satisfacciones y consuelos, aun en este mundo, para los que se esfuerzan por la conquista de las almas. Pruébalo...

—

28. Vocación de San Mateo

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Después de esto, saliendo afuera hacia el lago de Genesaret, vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco o mesa de los tributos, y díjole: “Sígueme”. Y Leví, abandonándolo todo, se levantó y le siguió. (*Luc. V, 27-29*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor! Aquella mañana saliste en busca de una oveja distraída y enredada en un zarzal... Obra será exclusiva de tu Corazón misericordioso que hará una conquista sin haber sido solicitado por nadie, sino por pura compasión...*

¡Oh, misterio de las divinas predilecciones!.. ¡Oh, maravillas de la gracia divina!... ¡Oh, amor de Dios que se inclina piadoso hacia una criatura ruin e ingrata...!

¡Oh, Jesús!, ¡qué secretos quedan escondidos y qué sorpresas nos aguardan al otro lado de las fronteras de esta vida mortal...!

¡Qué estupendas son, Señor, las obras de la gracia!... Son admirables las transformaciones que ella obra en las almas...

¡Qué fuerza tiene, Señor, tu mirada, tras la cual se derrama la gracia en un alma!... Con ella has trocado el corazón de una Magdalena y de una Samaritana. Con ella Saulo, el perseguidor, es hecho el Apóstol de las gentes..., y Agustín, el escéptico y sensual, el santo Doctor de la Iglesia y el apologista de la virginidad...

¡Oh, Jesús! A tu mirada y a tu gracia lo debo yo todo. Distraída y quizás enredada en el zarzal, me miraste, me llamaste, me rehabilitaste, me santificaste, me hiciste hermanita...

¡Prodigios de tu gracia y de tu amor!

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús vio a Leví (Mateo)

Después del gran milagro de la curación del paralítico, que hemos considerado en la meditación anterior, dejó Jesús la dulce mansión donde este prodigio había tenido lugar, y se dirigió a la playa.

Las turbas, cada vez más entusiasmadas, seguían sus pisadas y le era difícil desprenderse de ellas. Sobre la limpia arena tuvo, pues, que improvisar su tribuna y hablarles del Reino de Dios.

Terminado que hubo el sermón, y continuando luego su camino hacia el Norte por la orilla del lago, llegó a una Agencia de Aduanas, de las que había muchas allí, por ser punto fronterizo y de mucho tráfico, de Damasco a Acco.

En uno de estos puestos, sentado en su garita, estaba un publicano, por nombre Leví (a quien después llamó Mateo), vigilando el paso y cobrando el portazgo o tributo a la gente, según lo que a cada cual correspondía.

Jesús, que de intento quizás quiso pasar junto a él, “le vio”... Esta mirada de Jesús la consignan todos los evangelistas. Mirada de especial alcance y significado debió de ser ésta; mirada, no corriente, no de paso, no de curiosidad, sino mirada majestuosa, reposada, amable, con algo de sublime; mirada conquistadora, atrayente, cautivadora; mirada que penetraba hasta el fondo del alma y descubría los secretos del corazón y venía acompañada de torrentes de gracias; mirada, en fin, que saca el ser da la nada.

Tras de aquellos ojos divinos y bondadosos, fue su voz suavísima y cariñosa, y le dijo: “sígueme”, invitándole a hacerse

discípulo suyo, de idéntica manera a como lo hizo con Pedro, Andrés, Juan y otros.

—

Ve ahí, hermanita amada, las predilecciones divinas. Jesús había salido aquel día en busca de una oveja descarriada, para hacer de ella un pastor de su rebaño. Y para conquistarle volcó sobre él todo su enamorado Corazón.

- a) Una vez más (pues lo has hecho otras veces en estas mismas meditaciones) debes recordar, con gratitud inmensa y con incesante acción de gracias, aquel otro paso de Jesús, parecido a este, junto a ti, cuando tú (como Leví) estabas embebida en tus negocios terrenos y quién sabe si culpables.

Recuérdalo, hermanita, recuerda bien aquella mirada..., aquella voz interior..., aquel toque nuevo y extraordinario en tu alma. Aquel no sé qué que un día sentiste y que fue ¡no lo dudes! la gracia incomparable de tu vocación a una vida nueva, a la santidad, a la virginidad, a la Eucaristía, a la oración, al amor, al sacrificio, al martirio..., a la Alianza.

Es ahí donde las delicadezas y finezas de Jesús se te han hecho manifiestas.

- b) Pero tampoco debes olvidar que aquella conquista es fruto de una *mirada* y de una *palabra*, que ha hecho sensible la fuerza de la gracia interior.

¡Oh, hermanita!, ¡cuántas almas han caído en las dulces redes de la gracia, por medio de una mirada *especial* y de una palabra insinuante y suave de un apóstol de Jesús!

Una mirada virginal, pura, atrayente, y una palabra suave, caritativa, cariñosa y prudente de una hermanita en la fábrica, taller, oficina, calle... ¡cuántas conquistas llegaría a realizar para el Amado!

Dime, hermanita ¿es hosca, ceñuda, brusca, airada, dura, seca y cortante tu mirada y tu palabra, o, al contrario, es suave, cariñosa, atrayente, simpática, graciosa y conquistadora...? ¿Atrae o repele tu mirada y tu palabra? Aprende de Jesús.

PUNTO II.- Quién era Leví

Aventura grande, dice un escritor, era meter a un publicano entre los discípulos.

¿Quién era, pues, este publicano?

Había en Palestina, en tiempo de Jesucristo, una clase de hombres que a los ojos de los judíos eran reputados como pecadores. Estos eran los publicanos, cuyo nombre venía del impuesto del Estado, que los Romanos imponían al pueblo, llamándose publicanos a los encargados de cobrarlos.

Y como esta gente, sobre todo la subalterna, en su gran mayoría era muy poco escrupulosa, codiciosa, usurera y de conducta sospechosa, con la particularidad de ser, como representación de la dominación romana, gente adicta a sus leyes y entregada a su yugo, con el nombre de publicano venía a significarse el hombre más vil, aborrecible y antipatriota, que entonces pudiese existir en la nación.

En Cafarnaún había muchos de estos empleados de toda la escala social, desde los avaros capitalistas hasta los más ruines ladronzuelos. Y uno de tantos, que tenía su puesto en las afueras de la ciudad, llamado Leví de Alfeo, que después trocó su nombre por el de Mateo, era este elegido del Señor.

Difícilmente podía ser bien visto entre los judíos, ni aún entre los mismos seguidores de Jesús, aquel hombre, complicado en negocio tan poco honroso y tan poco recomendable. Y no se le ocultaba al Señor este, al parecer, grave inconveniente, toda vez que

desde un principio sabía, con su omnisciencia, la condición del hombre que iba a juntar a su Colegio, con predilección divina.

Pero sus miras eran muy distintas de las de los hombres. Cabalmente, con su divino poder y gracia, iba a colocar, al lado del inocentísimo y purísimo Juan, a un miserable publicano de tan baja ralea, para providenciales contrastes que sólo arriba se explican.

—

¡Oh, hermanita amada! Si Jesús, para formar su Colegio apostólico, hubiera pedido y seguido el parecer de los hombres, jamás en él hubiera dado entrada a un publicano de tan terreno corazón y tan rastrosos ideales. Pero Jesús, en su evangelización, no venía a obrar según los planes humanos; otra era la línea de conducta que pensaba seguir. Y para su realización le venía bien ahora un publicano, luego un Saulo y más tarde un Agustín.

Y esta ha sido la línea de conducta y estos cabalmente los planes, con que ha procedido en el transcurso de los tiempos en el desarrollo y vida de su Santa Iglesia.

La vocación nunca fue patrimonio exclusivo de santo de *nacimiento*; es, al contrario, gracia que se ha derramado en almas pobres y ricas, enfermas y sanas, dignas y miserables, de mérito y sin mérito. Su eficacia y su poder ha hecho muchas veces la maravilla de convertir una piedra en hijo de Abrahán.

Esta conducta, recuérdalo bien, hermanita, estos amorosos planes caben también providencialmente en la Alianza.

En la Alianza existen, y existirán y deben existir, almas cándidas y virginales, como San Juan, y a su lado, en perfecta armonía, almas publicanas que recibieron la gracia extraordinaria de un llamamiento de predilección.

¿Fuiste tú publicana? No desmayes, hermanita, eres elegida de Dios con amor distinguido y especial. ¿Fuiste siempre Juan inocente? No desprecies jamás a la que vivió en humillación.

Hermanitas de la misma Alianza, y acaso en el mismo grado y con las mismas prerrogativas, sois ambas, como fueron del mismo Colegio apostólico y evangelistas Juan y Mateo.

PUNTO III.- Siguiendo el llamamiento

Brusco hubo de ser el cambio del afortunado cobrador de Aduanas. Lejos andaba por entonces de arreglar su vida en orden a Dios y a su alma. Las pilas de monedas y los talonarios de recibos sobre su mostrador, a la vista, le obligaron a pensar en asuntos de más baja categoría; esto era lo más interesante para su mezquino y terreno corazón.

El llamamiento repentino del Maestro divino era, pues, una terrible sorpresa. Sólo Aquel que es dueño del corazón del hombre, pudo hacerle virar tan bruscamente. Y lo hizo.

Oído el dulce llamamiento, el futuro apóstol no vaciló un instante, sino que inmediatamente, como impulsado por un resorte interior irresistible, se puso a su disposición y, juntándose con los discípulos que acompañaban al buen Maestro, le siguió.

Fue, pues, pronto su seguimiento; fue además, generoso y radical; lo dejó todo: su casa, su familia, su porvenir, su negocio, al que tan apegado estaba su corazón, su acomodado bienestar; lo dejó todo, todo lo que hasta entonces había sido como el ídolo de su vida. Y aquel corazón terreno y esclavo del vil metal, trocose repentinamente en desprendido y generoso, atraído hacia ideales altos y sobrehumanos.

Y tal fue la transformación que se verificó en él y tal la íntima satisfacción y alegría santa de su alma, que quiso rubricar la memoria de aquel suceso con un banquete en honor del Maestro y de despedida de sus amigos.

¡Qué grande es, hermanita amada, el poder de la gracia en un alma, por miserable y mezquina que sea! Corazón pegado a la tierra era el de este publicano, y en un momento lo levanta hacia el cielo la dulce mirada de Jesús, su voz suavísima y el toque interior de la gracia que acompaña.

Ya lo dirá magistralmente un día otro apóstol converso: “Por la gracia de Dios soy lo que soy”. Y tú, hermanita, ¿a quién debes lo que eres? En la historia de tu vida sorprenderás una mirada, una voz, un toque misterioso. Allí está toda la razón de tu vida: “Por la gracia de Dios soy lo que soy”.

Y si, por desgracia, no te satisface hoy la reacción a fondo de tu espíritu, ni ves bien marcado y contrastado el cambio a que fuiste invitada, es tal vez porque tu seguimiento al llamamiento no ha sido tan pronto, tan rápido, tan generoso, tan radical, tan agradecido.

Si hoy vuelves a sentir, por pura misericordia del Señor, un repetido llamamiento a esta gracia que Jesús, con infinita ternura, quiere ensayar en ti, no te hagas la sorda...

Un “fiat” y levántate...

No venga un nuevo Leví y te deje atrás...

29. Jesús entre publicanos y pecadores

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Dióle Leví después un gran convite en su casa: al cual asistió un grandísimo número de publicanos, y de otros que le acompañaban a la mesa. De lo cual murmuraban los fariseos y los escribas de los judíos, diciendo a los discípulos de Jesús: “¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos, y con gentes de mala vida?”. Pero Jesús, tomando la palabra, les dijo: “Los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos. No son los justos sino los pecadores a los que he venido yo a llamar a penitencia”. (*Luc. V, 29-32*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Qué bueno, Señor, qué bueno!... ¡Aquí veo al auténtico Jesús del Evangelio!... Y no me harto de verte y mirarte y contemplarte, ahí entre publicanos, pecadores y gente de baja ralea...; sentado a la mesa, comiendo y regocijándote con los demás, atrayente, simpático y conquistador... Cuando te invitan, aceptas la invitación y, cuando no te invitan, te invitas..., para luego invitarles Tú a tu divina amistad...*

Señor, estas sublimes y humildes escenas abren mi corazón a la esperanza y a la confianza... ¿Quién no irá a Ti, Señor, si tú eres quien corre en busca del pobrecito descarriado?...

¡Infelices fariseos!... No entendieron el misterio de tu infinita misericordia... Pulsaron tu Corazón a través del propio, orgulloso, mezquino y egoísta...

Señor, Tú no viniste a llamar a los justos, que no necesitan penitencia, sino a los pecadores que se han alejado de la casa paterna... Vuelve a salir, Señor..., convídate Tú mismo a las casas de los publicanos y pecadores; porque hoy el mundo no te convida..., los malos prescinden de Ti, no les interesa tu amistad..., y los buenos rehúyen tu compañía..., les molestas..., los comprometes..., los atas...

¡Oh, Jesús!, la Alianza te convida... En las tristezas y en las alegrías, la Alianza te necesita... Nuestra vida toda contigo. Te convidamos... Ven...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Jesús convidado

Leví, que desde este momento es Mateo, como se ha dicho en la meditación anterior, quiso celebrar esta memorable fecha de su conversión y elección al Apostolado con un ágape íntimo en su casa, que había de presidir Jesús y al que habían sido invitados otros publicanos, compañeros suyos en un “oficio” tan poco recomendable.

Separando a él y a los discípulos que seguían al Maestro, el resto de los asistentes al banquete era gente mediana, de baja esfera, de conducta sospechosa, y conceptuada por el pueblo como enemiga de la patria...

No obstante, Jesús no vaciló en aceptar el convite, y fue uno de los comensales, honrado con distinción por el dueño de la casa y colocado por esta razón en lugar preferente.

Contemplemos, hermanita, este admirable y sublime cuadro: Recostado en su diván el Maestro humilde; a su lado, el nuevo discípulo y los demás apóstoles, que son su escolta de confianza; y alrededor, un grupo numeroso de todos aquellos aduaneros, gente poco fina y delicada para un banquete de etiqueta, tranquilo y de franca expansión.

Uno de tantos, confundido con todos, es el bondadoso Jesús; allí no admite distinciones y especiales consideraciones; a todos atiende, todos pueden dirigirse a Él, con todos conversa en amena charla; como todos y de todo se sirve y come, cumpliendo a la letra lo

que ha mandado después a sus apóstoles: “Comed lo que os pongan delante”, convertido, en una palabra (y permitid, oh Señor, que así os llame), en un simpático y ameno camarada, sin dejar de ser Jesús-Dios, infinitamente Santo.

¡Sublime espectáculo, que contempla con complacencia su Eterno Padre desde el cielo y llena de estupor la admiración a los ángeles, que, entre la algarabía de aquella gente, le adoran con veneración y acatamiento!

¡Oh, hermanita! Párate aquí y mira con fe y piedad este cuadro... Así se ve a Jesús a través del Evangelio; ese es “Jesús del Evangelio”, el auténtico Hijo del Hombre, muy distinto del que nos presentan algunos autores, demasiado “respetuosos” con Él, Él que descendió al último peldaño de la escala social entre los hombres, en todo hecho semejante a ellos, menos en el pecado.

Ponte, hermanita, y no te canses, ponto muy cerca de Él; mira y estudia bien su conducta y el comportamiento de tu amado Maestro en aquel difícil compromiso.

Nada verás en Él de extraordinario ni de raro; nada de austeridades, nada de manifiestas privaciones, nada de singularidades, ni de encogimientos. Prudente, sí, recatado, respetuoso, atento, fino, comedido, cortés, moderado, caritativo, expansivo, ameno, cariñoso, amable, simpático.

¡Oh, Jesús!, visto así ¿quién no te quiere?... Y así es Jesús...

Y así es la Alianza en el mundo. La Alianza, hermanita amada, no es una Cartuja; la Alianza es... “Jesús confundido y disfrazado en medio del mundo”. La Alianza no es de exterior *austero*, de aspecto duro, de conjunto raro, insociable con el mundo... ¡Oh, no!

La Alianza, y cada hermanita de la Alianza, es un alma transparente, sencilla y simple como la paloma, natural, franca;

prudente como la serpiente, recatada, modesta, comedida, expansiva, no acoquinada, amena, cariñosa, amable..., simpática.

La Alianza..., la hermanita... es copia de Jesús, y nada más.

PUNTO II.- Escándalo de los fariseos

Estos perversos e hipócritas maestros de Israel, cuya conducta en su orgullosa vida era un contraste con la de Jesús, al ver que éste y sus discípulos se reunían con los publicanos y pecadores en fraternal banquete, se escandalizaron y, no atreviéndose a llegar al Maestro directa y personalmente, se acercaron a los discípulos y les dijeron: ¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y con gente de mala vida?

Esta intencionada acusación de los fariseos dará buena ocasión a Jesús de dejar asentada con claridad una doctrina consoladora para los hombres.

Si Jesús hubiera tenido sentimientos tan ruines como los hipócritas fariseos, mala suerte hubiera tenido que correr el género humano. Pero no, Jesús no venía ahora, como vendrá al fin del mundo para juzgarlo. Ahora Jesús irá a los pecadores, cuando por ellos sea invitado, y, cuando no lo sea, Él se convidará, como lo hizo con Zaqueo en Jericó. Es más, Él preparará una gran Cena y convidará a todo el mundo, incluso a los cojos, ciegos y miserables de la calle. Y aún más, Él se convertirá en manjar delicioso, y se dará generosamente, y mandará que le coman, y todo el que quiera salvarse deberá asistir a este convite, donde Él es el manjar.

¡Oh, hermanita amada! Tú no debes escandalizarte con esto, sino que debes estudiar y profundizar este gran misterio. Lo mismo que le ves en casa de Mateo, obsequiado, honrado y amado por éste y sus discípulos, y admirado y respetado por los demás convidados, así

le verás en los templos y sobre los altares, a donde es convidado por almas buenas, en donde Él, a la vez, convida a las almas y en donde unos le honran y le aman, otros le respetan y le temen..., y otros le insultan y le desprecian.

Poco me parece el que Jesús haya asistido a ese banquete, cuando le veo que se introduce en la más miserable cueva del mendigo y del pastor.

A ninguno se niega Jesús, para todos está dispuesto, y, cuando no le convidan, manda que lo hagan.

¿Has visto, hermanita, cómo vino al rincón humilde de tu “retiro”? ¿crees tú, por ventura, con vana presunción, que tu “retiro” es digna morada para Él? ¿Qué hay allí Juanes inocentes que le aman? Bien, pero también hay Mateos conversos y... ¡ojalá no haya publicanos ruines, de corazón avaro y terreno!

Y, no obstante, allí está y acaso allí *vive*; y con todos vive, y a todos atiende, y a todos habla y llama y convida, y... a todos ama.

¡Oh, qué bueno es Jesús en casa de Mateo!, ¡qué horizontes se nos abren ahí...! ¡Oh, Jesús del Evangelio!, ¡cómo me ensanchas el corazón! ¡Pobres fariseos... pobres jansenistas, que nos han desfigurado al auténtico Jesús...!

No te escandalices, pues, como ellos, hermanita amada; cree en este mansísimo, humildísimo y familiarísimo Jesús.

PUNTO III.- “No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores

El hecho de haber Jesús asistido al convite de los publicanos, por lo que los fariseos tanto se escandalizaron, quedó magistralmente explicado y esclarecido, por la respuesta admirable que el Salvador dio a los infames espías del Sanedrín.

Díceles primero: “No son los sanos, sino los enfermos los que necesitan del médico”.

En verdad, la humanidad estaba gravemente enferma; repugnantes llagas se ocultaban en el corazón de los hombres, y Jesús, Médico celestial, vino a curarlas con divina medicina.

Añade luego: “Más estimo la misericordia que el sacrificio...”

Con el profeta Oseas les prueba que más estima Dios la misericordia que los sacrificios de pompa exterior y de aparato estéril y de ceremonias frías, que ofrecían en sus altares.

Y, confirmándolo todo, concluye: “No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores”. Mi vocación y toda la misión de mi vida será salvar lo que se había perdido, y recibir a los que vengan arrepentidos; soy, ante todo, el Mesías de los pecadores.

—

¡Oh, hermanita! ¡Qué dulce y consoladora es esta doctrina del divino Maestro! ¡Qué armonía tan perfecta se encuentra entre esta doctrina y aquel banquete con los publicanos y pecadores!... ¡Y qué bien responde a nuestra necesidad!...

Soy una enferma, una necesitada de la misericordia, una infeliz y pobre pecadora, y, cabalmente por eso mismo, tengo derecho de convidar al Maestro y ser convidada por Él; de acercarme a Él y esperar en su gran misericordia.

En efecto ¿no es ésta la obra de la Redención, la cual mira con preferencia a la salud y a la salvación de los pecadores?

¿Qué le motivó al Hijo de Dios a hacerse hombre? ¿No fue la culpa?

¡Oh, feliz culpa!

¿Por quién y para quién se sacrificó, dio su sangre y su vida, sino por los pecadores?

¿Para qué el Buen Padre celebra con un banquete la vuelta del hijo pródigo y no lo hace con el hijo que toda la vida le es fiel?

¡Oh, Jesús! ¡Las miserias del mundo te han hecho misericordioso! ¡Tú has amado a quien nunca pensó en amarte!

Ahora veo claro el misterio de un Sagrario, por abandonado que sea.

Si la Cruz del Gólgota revela la misericordia de un Dios por el pecador, el misterio del Sagrario revela el amor para aquél a quien la misericordia de la Cruz ha otorgado el perdón.

El mismo que desde la Cruz pidió perdón para mí, es el que en el banquete eucarístico me regala con amor infinito.

Hermanita, he ahí la línea de conducta, que debe seguir siempre la Alianza.

Si eres simple hermanita, con otras tus hermanitas; si eres directora y delegada, con todas tus súbditas..., sé propensa..., inclínate más a la misericordia.

No seas nunca de las que llevan la espada desenvainada y cortan lo dañado y también lo sano.

Busca, sí y con preferencia, almas inocentes para la Obra; pero no rechaces las almas sinceramente arrepentidas, que de la Cruz y del Sagrario recibieron el bautismo de su regeneración.

30. Nueva acusación contra Jesús

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Siendo también los discípulos de Juan y los fariseos muy dados al ayuno, vinieron a preguntarle: “¿No nos dirás por qué razón, ayunando los discípulos de Juan y los de los fariseos, no ayunan tus discípulos?”. Respondióles Jesús: “¿Cómo es posible que los compañeros del esposo en las bodas ayunen ínterin que el esposo está en su compañía? Mientras que tengan consigo al esposo, no pueden ellos ayunar. Tiempo vendrá en que les quitarán el esposo y entonces será cuando ayunarán. Nadie cose un retazo de paño nuevo o recio en un vestido viejo: de otra suerte el remiendo nuevo rasga lo viejo y se hace mayor la rotura. Tampoco echa nadie vino nuevo en cueros viejos: porque romperá el vino los cueros, y se derramará el vino, y los cueros se perderán. Por tanto, el vino nuevo en pellejo nuevo debe meterse”. (*Marc. II, 18-22*).

AFECTOS, SÚPLICAS.- *¡Oh, Señor! Líbranos en la Alianza del espíritu farisaico... Obrar sólo para ser vistos de los hombres... ¡cuán poco aprovecha, cuán mucho desagrada a tu Corazón! Tú que miras el fondo el corazón humano, no reparas sólo en lo que exteriormente practican los hombres, sino más bien en la disposición interior, la voluntad, la intención, el amor con que proceden...*

Señor, no queremos obrar a la vista de los hombres que no juzgan más que de lo externo; queremos obrar ante la mirada de tu santidad infinita. ¡Oh, Señor!, que no nos arrastre el brillo de lo externo, el aplauso y la vana estimación de las gentes... No son ellas, sino Tú quien un día ha de juzgar nuestras obras... Cuando ayunemos, nos lavaremos la cara, para que no lo noten... Cuando demos limosna, ocultaremos a la izquierda lo que hace la mano derecha... Cuando hagamos oración, evitaremos toda singularidad... Si con nuestras obras hemos de dar ejemplo al mundo, que la intención de agradar a Ti permanezca en oculto.

¡Oh, Señor!, la Alianza, en su humildad y sencillez, quiere tu gloria...; no se busca a sí, busca tu agrado y el bien de las almas.

Señor, rectifica mis intenciones...

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- Los discípulos de San Juan

A la acusación que, en el convite de Mateo, lanzaron los judíos, siguió después otra más astuta.

Y esta vez los acusadores, no eran sólo los fariseos, sino que éstos, para mejor encubrir su malicia, buscaron apoyo en otros de no menor valía para lo que tramaban.

Los discípulos de Juan Bautista, al menos en parte, no veían con buenos ojos el apostolado de Jesús. El amor propio despertó en sus corazones una gran envidia contra el Maestro.

De estos, los que sentían más entusiasmo por la misma persona del Precursor que por la doctrina que enseñaba, al ser éste encarcelado por Herodes, se fueron dispersando desilusionados, olvidaron luego sus enseñanzas y llegaron pronto a contagiarse con los prejuicios judíos y las prácticas ceremoniales y exageradas de los fariseos, viniendo a unirse a ellos contra Jesús.

Partidarios exagerados y celosos de la persona de Juan Bautista, al perder a éste, lo perdieron todo; cególos la envidia, y el enemigo aprovechó el momento propicio para desviarlos por completo de su antiguo Maestro y prevenirlos contra Jesús; y a tal extremo llegaron que, haciendo causa común con los fariseos, se atrevieron a presentar, yendo ellos a la cabeza, una acusación contra Jesús y sus discípulos.

Una lección de sumo interés se desprende, hermanita amada, de este desagradable suceso.

El corazón humano es alguna vez excesivamente pegajoso y ciegamente se extralimita. Juan Bautista, hombre extraordinariamente santo, por la fuerza de su enorme prestigio y santidad, atrajo hacia sí muchos corazones ingenuos y sensibles.

Para muchos de estos más fuerza de atracción tenía la persona que la doctrina que enseñaba; más influía la persona que las enseñanzas que salían de sus labios. Y esto dio lugar a que muchos de sus discípulos no quisieran separarse de él, cuando otros compañeros pasaron a la escuela de Jesús.

Para ellos todo lo era su maestro Juan; amaban al maestro con entusiasmo, seguían al maestro sólo por lo que era y no por lo que enseñaba, no era su doctrina lo que más importaba, lo interesante y lo que se amaba con locura era Juan, era la persona. Faltó la persona y todo quedó defraudado.

Por eso, hermanita amada, Dios se sirve muchísimas veces de toscos instrumentos, de medios muy pobres, de agentes poco lucidos, de apóstoles desconocidos, oscuros, sin brillo ni atracción, para realizar obras de su gloria, para revelar secretos de una doctrina celestial; a fin de que brille su doctrina, arrastre y cautive lo que es suyo y desaparezca el instrumento que lo descubrió.

Juan vino a revelar a Cristo, y, cuando Cristo comenzó a revelarse, Juan llegó a eclipsarse. “Creció Jesús y disminuyó Juan”.

La Alianza es buena obra, es buena doctrina, su revelación debe interesar. Mas la hermanita debe sus preferencias, debe amar, abrazar y seguir, ante todo y sobre todo, la doctrina, la Obra, y no a las personas que la revelan o enseñan.

Sea Pedro, Juan o Santiago el maestro que la enseñe y la dirija, la Alianza y su doctrina será siempre única y la misma.

Quien ame la Alianza por ser de Pedro o de Juan, se quedará sin Pedro, sin Juan y sin Alianza. Las personas pasarán, pero la Obra debe perdurar; y lo que perdura, debe amarse, y no lo que pasa.

PUNTO II.- La acusación contra Jesús

Acercáronse, pues, los discípulos de San Juan y con ellos los fariseos, y formularon la siguiente acusación: “¿No nos dirás por qué razón, ayunando los discípulos de Juan y los de los fariseos, no ayunan tus discípulos?”. Reprochan ellos a Jesús el que no obligaba a sus discípulos a los ayunos que había practicado Juan Bautista, antes les dejaba seguir la corriente ordinaria.

Estos infelices, imbuidos en la secta farisaica, no concedían mérito sino a los ejercicios externos y vistosos. Oraciones públicas sin espíritu, ayunos y limosnas a son de clarines, era toda su religión; aspecto propio de sectas, cuya vida espiritual es vida sin espíritu.

Un ejemplar de éstos presentó Jesús en una parábola: Al lado de un infeliz publicano, que, en el rincón del templo, recogido, con los ojos bajos e hiriendo su pecho, clama en oración fervorosa y humilde a Dios, aparece un arrogante fariseo, en pie y muy erguido, en medio de las gradas del templo, el cual confiesa con vanidad presumida, que él no es como los demás, que ayuna dos veces a la semana, hace limosnas, guarda los sábados, etc. He ahí lo que eran.

Lamentable conducta la de estos pobres ex-discípulos de Juan Bautista, que cayeron en las redes de los doctores de la Ley, perdiendo por completo el espíritu de su santo maestro Juan, y quedándose sólo con la superficialidad y el barniz vistoso de una religión sin alma.

¡Oh, hermanita amada! Mucho de este falso fariseísmo observamos también, en nuestros días, en la piedad de las almas. Dejemos a un lado la piedad de reclinatorio elegante, de

solemnidades y funciones de etiqueta, de Misas perfumadas y de aristocracia, y hasta de comuniones de tarjeta con asiento reservado.

Existe todavía piedad farisaica en otras almas, que llevan una vida espiritual a su antojo, con un plan muy personal y conforme a su particular gusto.

Almas devotas, porque rezan; nada espirituales, porque no son interiores; labios que alaban a Dios con el alma distraída y engolfada en las preocupaciones de la vida y con el corazón esclavizado por las vanidades y atracciones de un mundo alegre.

Almas que, trocando en fin los medios, viven consagradas a los actos vistosos del culto, sin acordarse de entrar en el santuario de su corazón, a solas con Dios.

¡Oh, no! Eso no es más que un cuerpo sin alma; es un maniquí de cartón, vestido de seda. Sus actos externos deben ir acompañados de una intensa vida interior de recogimiento y de vencimiento.

La Alianza, en su aspecto externo, no tiene el sello de las austeridades y de maceraciones asustadizas; en su Reglamento no se determinan duras penitencias: de eso tal vez podrán acusarnos los discípulos de los fariseos...; pero, en cambio, en una vida aparentemente corriente y ordinaria se obliga a las almas a vivir crucificadas, en continuo vencimiento, con el “fiat” generoso de su entrega y consagración y en la más estrecha unión interior con su Dios por la oración y el sacrificio.

PUNTO III.- Respuesta adecuada

No va Jesús a condenar ni a censurar la práctica del ayuno. Por el contrario, Jesús mismo ha ayunado con gran rigor, antes de dar comienzo a su obra apostólica, y ayunará en el transcurso de su vida pública, y ayunarán a su ejemplo los apóstoles que ahora son acusados.

Pero advierte el divino Maestro, que el ayuno y las públicas oraciones no son fin, sino medios solamente de la vida espiritual, y los medios no deben emplearse indistintamente en todas las personas y en cualquier tiempo y circunstancia de la vida, sino atendiendo bien a ellas y a estos.

“No se puede mandar, dice Jesús, a los compañeros del esposo a que ayunen, mientras Él está con ellos”. ¿Cómo va a ponerse a ayunar una persona, que ha sido invitada a las alegrías y expansiones de una boda?

Ni es oportuno ni tampoco necesario que los discípulos de Jesús ayunen, mientras en sus correrías apostólicas le acompañan de pueblo en pueblo.

Vendrá tiempo, en que ellos, ante el espectáculo de los sacrificios cruentos del Maestro, aprenderán y se esforzarán por ayunar.

Y ayunarán, al modo que ayunó su divino Maestro, en secreto y con espíritu de penitencia, con recta y elevada intención, y no con rostro demacrado y expresión triste, para aparecer ante los hombres como gente mortificada y austera y penitente.

—

¡Hermanita!, advierte con cuidado. Es corriente ver a ciertas almas con grandes ansias de practicar austeridades y penitencias en tiempos de fervor y gran devoción, y no escasean casos de verdaderas indiscreciones. El ayuno, y también el cilicio, la disciplina, la cama dura y otros rigores, son medios para establecer necesario equilibrio entre el espíritu y la carne.

De ellos no debe hacerse uso, más que cuando uno siente fervor y devoción, cuando haya necesidad de practicarlos para dichos fines, y también cuando la gloria de Dios ultrajado pida reparaciones, y los pecados públicos y privados exijan satisfacciones; usándolos con gran prudencia y discreción, nunca por propio impulso y propia autoridad, sino siempre con el consejo y consentimiento de los

directores, disimulando toda manifestación de exterior austeridad, con espíritu sobrenatural, con gran rectitud de intención y humildad interior, puesto que es fácil dejarse llevar en esto de vanas ilusiones de santidad, cuando de hecho ni aún en sombra la tenemos.

La Alianza debe siempre usar aquellas penitencias, que puedan practicar las hermanitas, sin ser notadas en sus casas ni en público, y aun de ellas no se debe cargar excesivamente; amen y practiquen con preferencia la mortificación interior.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo de la 1. ^a edición	3
Id. De la 2. ^a edición	5
1. Jesús bautizado por San Juan	8
2. Jesús en el desierto	15
3. Jesús tentado en el desierto	22
4. “Agnus Dei”	29
5. Los primeros discípulos	35
6. Nuevos discípulos	41
7. Bodas de Caná	47
8. El primer milagro	53
9. En Cafarnaún	60
10. Los profanadores del Templo	67
11. Renacimiento espiritual	74
12. Apostolado de la Judea	81
13. Prisión de Juan Bautista	88
14. Jesús junto al pozo de Jacob	94

	<u>Páginas</u>
15. “Agua viva”	100
16. “Yo soy el Mesías”	106
17. Entrada en Galilea.- El Reino de Dios	112
18. Curación del hijo del régulo	118
19. Jesús de Nazaret	124
20. Cafarnaún	130
21. La pesca milagrosa	136
22. Jesús libra a un endemoniado	142
23. Prodigios en casa de Simón Pedro	148
24. Jesús se retira a la oración	154
25. Curación de un leproso	160
26. Curación de un paralítico	167
27. El alma paralítica	174
28. Vocación de San Mateo	180
29. Jesús entre publicanos y pecadores	187
30. Nueva acusación contra Jesús	194

